

MARIANNE
KAURIN
Sur
VACACIONES
DE LUJO
Vegueta
Traducción de
Ana Flecha Marco



MARIANNE KAURIN

Mariane Kaurin nació en la ciudad noruega de Tørnsberg en 1974 y actualmente reside a las afueras de Oslo con su familia. Estudió literatura y escritura creativa en el Instituto Noruego del Libro Infantil. Es escritora y editora de libros infantiles.

Su novela juvenil *Sur. Vacaciones de lujo*, publicada en 2023 por Vegueta, fue galardonada en 2021 con uno de los premios literarios más prestigiosos del mundo, el Premio Alemán de Literatura Juvenil, y el audiolibro figuró en la lista de los mejores libros del año en la cadena alemana H2 Radio. Su libro debut, Nњrmere hшst (2009), recibió dos de los principales premios de literatura juvenil en Noruega y la traducción al inglés (Almost Autumn) ganó el premio literario estadounidense The 2018 Sydney Taylor Book Award.

Marianne Kaurin

SUR

VACACIONES DE LUJO

Traducción del noruego de
Ana Flecha Marco

Vegueta Juvenil

Vegueta Juvenil

Título original: *Syden*

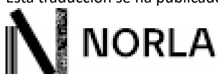
Roger de Llúria, 82, principal 1ª
08009 Barcelona
www.veguetaediciones.com

Colección dirigida por **Eva Moll de Alba**

Traducción del noruego: **Ana Flecha Marco**
Diseño de la colección: **Sònia Estévez**
Ilustración de la cubierta: **Angelika Schneider**
Fotografía de la autora: **Studio Vest for Aschehoug**

Primera edición: junio de 2023
ISBN: 978-84-18449-93-2

Los derechos de este libro se negociaron a través de Oslo Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency.

Esta traducción se ha publicado con el apoyo financiero de NORLA.




Hoy es el último día. Unas horas más y se acabó.

No es un final de los de llorar. No va a venir ningún asesino con un hacha ni ningún meteorito ni ninguna epidemia. Es un buen final. La mayoría de mis compañeros están muy contentos. Han contado las semanas en el calendario, han hecho las maletas y han comprado sandalias. Se han hecho un corte de pelo veraniego. Yo también he dicho que estoy contenta. Va a ser una pasada, he dicho, y he calculado el tiempo del que estábamos hablando.

Siempre me ha gustado contar cosas. Días y minutos. Gomas del pelo, rotuladores, amigos. Lo hago sin pensar, eso de ponerme a contar cosas. Tengo catorce lápices morados en el estuche, aunque mi color preferido es el azul. Hay sesenta y ocho escalones desde el tercer piso hasta el patio y cuarenta y dos pasos hasta el cartel tan feo que da la bienvenida a Titten, el barrio de viviendas de protección oficial. Llevo viva más de cuatro mil días. He vivido en seis pisos distintos. En tres ciudades. He ido a cinco clases diferentes. He tenido tres amigos cuyo nombre empieza por eme. Ya no tengo contacto con ninguno de ellos, pero la eme es mi letra preferida. Por eso me llevo tan bien con María.

Si alguien me preguntara cuántos pasos hay del gimnasio a clase, me habría sabido la respuesta. Y ahora estoy justo allí, justo afuera del gimnasio, de camino a clase. El asfalto arde, la bandera está izada. Mathilde y Regine se apoyan contra la valla del instituto, como si se murieran por empezar la secundaria. Están en el grupito en el que quiere estar todo el mundo. Son el grupito por excelencia. Todas llevan camisetas ajustadas y el pelo largo. Regine saca el móvil e intenta hacer una foto de toda la pandilla. Se ríen, se lo pasan bien.

Paso por delante con la boca cerrada. Es mejor contar para mis adentros, pienso, y veo que Mathilde pone morritos antes de volverse de nuevo hacia las demás.

Markus está en el grupito de los chicos, junto al mástil de la bandera. Lleva una camiseta roja y ya está moreno. Tiene los brazos y la cara bronceados. Le oigo reírse desde aquí, a pesar de que estoy a más de sesenta pasos de distancia de ese sonido tan bonito e intenso. Debería contar en voz alta cuando pase por su lado, solo para que vea que existo, pero entonces me convertiría en la rara, y ya tengo bastante con ser la nueva.

Arriba, junto a la entrada, están Johanne y otras chicas de la clase, mirando los columpios con anhelo. Johanne lleva un chubasquero, aunque estamos a cuarenta grados, y aún no se ha quitado el casco de la bici. Hablan de un campamento al que van a ir después de las vacaciones y que va a ser muy divertido. Yo podría formar parte de esa pandilla. Podría haberme apuntado al campamento. Pero sueño con los que están junto al mástil de la bandera y junto a la verja del instituto, los que de verdad son el tipo de amigos que suman.

Así que hago lo de siempre: saludo y voy corriendo a la puerta. Subo las escaleras al primer piso y entro en el aula con ventanas que dan al patio. El aula que siempre está en silencio, esperando.

Acabo de ponerme junto a la ventana para tener una buena vista del mástil de la bandera cuando se abre la puerta. Una cabeza llena de rizos se asoma. Es un chico.

—Hola. —Está en el quicio de la puerta, mirándome con los ojos como platos. Solo asoma la cabeza. Es la primera vez que lo veo, así que me quedo quieta y titubeo. Me sonríe. Tiene unos ojos enormes—. Esta es la clase de 6º A, ¿no?

Da un paso atrás, cierra la puerta y la vuelve a abrir. Lo más seguro es que haya mirado el horario que está en la puerta. Asiento. Me alejo de la ventana y me siento en mi sitio. Hago como si tuviera algo importante entre manos, rebusco en el estuche.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el chico, y entra en el aula.

Mira a su alrededor y sonríe, como si nunca hubiera estado en un aula, como si la nuestra fuera muy distinta a cualquier aula normal, y mucho más bonita. Lleva una mano en el bolsillo y con la otra sujeta una gorra. Va vestido con una camiseta del zoológico y unas bermudas marrón caca que le quedan grandes, y no de una manera guay. También lleva unas zapatillas de lona que seguro que hace cien años eran blancas. Tiene los brazos y las piernas delgados y pálidos, y unos rizos que le brincan en la cabeza hasta cuando está quieto.

—Ina —respondo.

—Qué bien —dice, y sonríe aún más. Tiene un diente torcido—. Yo soy Vilmer.

No dice nada más. Solo se me queda mirando, como si estuviera esperando a que le diera conversación, como si esa fuera mi responsabilidad. Podría preguntarle de dónde es y qué hace en nuestra clase, o si le gustan el zoo y las bermudas demasiado grandes, pero no me da tiempo, porque justo entonces suena la alarma y cuatro segundos más tarde el nivel de ruido en la clase resulta demencial. Vilmer se apoya contra la pared del fondo. No parece que nadie se fije en él. Todos están ocupados hablando y riéndose y haciendo el tonto. Porque es el último

día. Enseguida se acabará el curso. Tres horas más con Vigdis, nuestra profe, y estaremos de vacaciones.

Las vacaciones de verano duran cincuenta y cuatro días. Los he contado en el calendario de la nevera. Cincuenta y cuatro días son mil doscientas noventa y seis horas, que a su vez son setenta y siete mil setecientos sesenta minutos. Aún no he calculado los segundos, pero fijo que son muchos. Varios millones, igual.

Vigdis está frente a nosotros el último día de 6º A. Se ha puesto un vestido amarillo pálido y se ha maquillado muchísimo para la ocasión. Los labios le brillan, pintados de rosa, y lleva el pelo recogido en un moño que parece un champiñón en mitad de la cabeza.

—Bienvenidos, queridos alumnos, a vuestro último día en sexto de primaria —dice, muy formal, y barre la clase con la mirada, como una reina que se dirige a sus súbditos.

Se quita las gafas redondas y se mete la patilla en la boca, algo que hace aproximadamente una vez cada dos minutos. Y como chupa tanto la patilla de las gafas y lleva tan pintados los labios, a menudo tiene la parte de atrás de las orejas de color rosa. A muchos compañeros de clase les cae mal Vigdis. Imitan cómo camina y critican la ropa que lleva porque dicen que es cutre. A Vigdis no parece importarle. Una vez pilló a Markus con las manos en la masa mientras la imitaba. Se paseaba por la case cacareando como una gallina, mientras Vigdis lo miraba desde la puerta. Markus casi se muere de la vergüenza, pero a ella le hizo mucha gracia.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Un monito de imitación! —dijo, y salió a inspeccionar el pasillo con el chaleco reflectante que le marcaba el flácido pecho.

Ahora señala la pared del fondo del aula y todo el mundo se da la vuelta. Se oye un murmullo cuando mis compañeros ven al chico desconocido que lleva una ropa cutrísima. La gente de esta clase se fija mucho en la ropa.

—¡Bienvenido! —le dice Vigdis al tal Vilmer—. Qué bien que hayas podido venir. —Vigdis va hacia al fondo de la clase y lo saluda. Se lleva al nuevo a la pizarra y extiende los brazos—. Tenemos visita —anuncia, y apoya las manos en los hombros de Vilmer. Parece orgullosa, como si estuviera presentando un recién nacido a su familia por primera vez—. Y este chico, señoras y señores, va a incorporarse a nuestra clase después de las vacaciones de verano. Hoy solo ha venido a saludar —añade, y se inclina hacia Vilmer—. Puedes presentarte tú mismo —prosigue.

—Soy Vilmer —dice Vilmer, en voz alta y clara.

Alguien se ríe.

—Exacto —dice Vigdis—. Vilmer acaba de mudarse. ¿Nos cuentas dónde vives?

—En Trosteveien, 30 —dice Vilmer—. En el edificio F.

Parece un niño pequeño que acaba de aprenderse de memoria su dirección.

—Exacto —repite Vigdis—. ¡En el barrio de Titten!

Ahora se ríe más gente. No sé qué les hace tanta gracia, aparte de que hay gente que llama al barrio con un mote que rima con el nombre original, y que si hubiera un concurso del sitio más feo en el que se puede vivir, Titten ganaría el primer premio.

—Ina también vive en el barrio —dice Vigdis, y me señala—. Así que podréis venir juntos a clase después de las vacaciones.

Me cae bien Vigdis, es simpática, pero justo ahora me está poniendo de los nervios. ¿Solo porque vivamos en el mismo sitio tiene que decidir que yo vaya a clase con un tipo que lleva unas bermudas que le quedan grandes y una camiseta del zoo? ¿Por qué tiene que hablar del barrio en el que vivimos? Está bien que quiera ayudarme a hacer amigos, lleva todo el curso intentándolo, pero necesito amigos que sumen, no que resten, y Vilmer parece de los del segundo grupo.

Por fin da permiso a Vilmer para que se retire de la pizarra y vuelva a su sitio, al fondo del aula. Intenta mirarme a los ojos cuando pasa junto a mi pupitre, como si ya fuéramos mejores amigos solo porque somos vecinos y nos hayamos conocido diez segundos antes de que entraran los demás, pero yo me apresuro a mirar hacia otro lado.

—¡Vigdis! ¡Vigdis! —Mathilde levanta y agita la mano y se pone a hablar, aunque Vigdis aún siga ocupada con Vilmer—. ¿Podemos hacer una ronda para que todo el mundo cuente lo que va a hacer estas vacaciones?

Parece que a mucha gente le encanta la idea. «¡Mallorca!», «¡Estados Unidos!», «¡Francia!», se oye decir a gritos. Mathilde se ha medio levantado de la silla y sacude los brazos para organizar esa ronda en la que tanta gente quiere participar. Vigdis propone que participe solo quien quiera, pero Mathilde está tan nerviosa que no escucha.

—Empieza Tuva —exclama Vigdis, y señala al pupitre que está junto a la ventana en la primera fila.

Me tiembla una pierna, tengo la boca seca. Y entonces empieza Tuva, que va a pasar tres semanas en el sur de Italia. Mathilde señala a Teodor, para que todo el mundo entienda que vamos a ir hacia atrás, pupitre a pupitre. Cuento hasta once. Apoyo la mano en la pierna para que no me tiemble tanto. Faltan once pupitres hasta que llegue mi turno. Teodor va a ir a Croacia. Selma va a pasar unas semanas en España. Simen, que

está detrás de Selma, se va a Florida. Habla claro y en voz alta. Muchos suspiran de envidia. Una, que está sentada detrás de Simen, dice que le encantaría ir a Florida, pero que tendrá que conformarse con Dinamarca.

—Pero el año que viene —prosigue Una— vamos a pasar cuatro semanas en Tailandia.

Quedan siete personas antes de que me toque a mí. Mathias se va a Rodas. Vilde, a Dubai. Todo el mundo tiene planes para las vacaciones, todo el mundo se los quiere contar a la clase. Todo el mundo viaja. Al extranjero. La gente de esta clase está obsesionada con el extranjero. Hasta han hecho una competición para ver quién ha estado en más países. Ganó Regine, con veintisiete.

Miro a Vigdis y luego al pupitre mientras escucho a Mathilde, que va a pasar dos semanas en un *resort* de Portugal. Yo no sé lo que es un *resort*, pero suena bien. Enseguida me toca a mí. Enseguida voy a tener que decir algo. Me late el estómago, casi junto al corazón.

—¡Madre mía! —dice Vigdis, patidifusa—. ¡Cuánta gente se va por el mundo! ¿Sabéis lo que voy a hacer yo? —Quedan tres personas antes de que me toque hablar a mí y está muy bien que Vigdis tome la palabra un segundo para que yo pueda pensar un poco en mis propios planes—. Pues yo he comprado una casita junto a un lago, en lo profundo del bosque. Mi propio *resort* privado, podría decirse. Y allí me voy a pasar todo el verano, leyendo libros y comiendo cosas ricas. También puede estar muy bien, ¿no os parece?

Nadie responde, solo un par de compañeros asienten con la cabeza y alguien profiere una especie de gruñido. Como si los planes de Vigdis fueran una porquería. ¿Quién querría sentarse junto a un lago, en el bosque, a leer?

El siguiente en hablar es Markus. Está dos pupitres por delante del mío. Me paso más de cuatro horas al día mirándole la espalda. Esos son muchísimos minutos, si se cuentan todos los de un curso. Me sé su espalda de memoria. Sé cómo es cuando tose o cuando se ríe. Sé perfectamente cómo se le mueven los omóplatos. Si estrena un jersey, me doy cuenta enseguida. He pasado más de dos mil horas imaginándome cómo sería ponerle la mano en la nuca y acariciar esa espalda que nunca dejo de mirar.

Markus nos cuenta que primero va a ir a una casa de campo que tiene su familia en el sur de Noruega. Se van mañana por la mañana. Después, pasarán un par de semanas en España. Veo que le hace un gesto a Selma.

—Pero lo que más me apetece —prosigue Markus, emocionado— es el viaje a Londres. —Mira a su alrededor para asegurarse de que todos lo estamos escuchando—. Porque mi padre y yo vamos a ir a un partido del

Chelsea. Y va a ser una pasada, porque mi padre es tan hincha del Chelsea como yo.

Sonríe satisfecho y se vuelve hacia Julie. Me arden las mejillas, porque yo estoy justo detrás de Julie, así que casi es como si me estuviera mirando a mí. Su mirada está a escasos centímetros de la mía.

Julie empieza a hablar despacio, con la voz ronca. ¿Y si no tiene nada que contar? ¿Y si no va a hacer nada en cincuenta y cuatro días? ¿Y si se queda en casa? Pero no, claro. Nadie se queda en casa en verano.

Julie va a ir a Chipre. Con su madre. Y después, a Francia. Con su padre.

—Eso es lo bueno de tener padres divorciados —dice Julie, encantada—, que te vas dos veces al extranjero. Todo por partida doble.

Julie se da la vuelta y me mira. Todo el mundo me mira. Vigdis también. La clase está en silencio. Silencio sepulcral. Comprendo que tengo que abrir la boca, que están preguntándose qué voy a hacer en verano, qué planes emocionantes tengo con mi familia, qué experiencias voy a vivir. Miro a unos y a otros, las caras emocionadas, y siento que tengo la boca vacía. No hay ni una sola palabra en su interior. Me quedo unos segundos en silencio con la boca abierta, toso y carraspeo, y entonces me sale un débil sonido de las cuerdas vocales.

—Este verano... —digo, y miro a Markus. Él también me está mirando. ¡Me está mirando!—. Este verano... —repito y espero un poco, a ver si me decido—. Este verano voy a ir al Sur. —Vigdis asiente con una sonrisa, para animarme a continuar. Markus sigue mirándome. Todo el mundo me mira, quieren saber más. —Y tengo muchas ganas— digo, y me imagino las piscinas y los toboganes y las infinitas playas de arena blanca, las sombrillas y las actividades infantiles para las que ya soy demasiado mayor—. Voy a bañarme, a tomar el sol y a relajarme. Lo típico que se hace en el Sur. Durante muchas semanas. Nos vamos mañana por la mañana.

De repente oigo una risita o, mejor dicho, dos. Vienen de la última fila junto a la ventana. Mathilde se inclina hacia Regine, se tapa la boca con la mano y susurra algo.

—Pero el Sur no es ningún sitio concreto —dice Regine, muy correcta. Es vicedelegada del consejo escolar y cuando sea mayor va a ser abogada, como su madre—. Suena ridículo decir el Sur, la verdad.

Me vuelven a temblar las piernas. Y también el brazo izquierdo. ¿No podemos continuar? ¿No puede hablar alguien más?

—¿A dónde vas a ir, Ina? El Sur no es un país.

Vuelven las risitas. Ahora se ríe más gente. Por suerte, Vigdis toma la palabra.

—En Escandinavia es muy común que hablemos del Sur, aunque no

sea ningún lugar concreto en el mapa. Es lo que decimos cuando vamos de vacaciones al sur de Europa para relajarnos y bañarnos en el mar, que es lo que va a hacer Ina. —Vigdis me señala de una forma muy molesta. Como si mis compañeros tuvieran demencia y hubieran olvidado de repente quién iba a irse al Sur—. Así que el Sur puede ser muchos sitios.

Vigdis mira a Marte y sigue con la ronda de planes vacacionales. Menos mal. Ya vale con el Sur. Marte se va a la montaña a hacer una ruta en bici. Patrick se va de viaje en coche por Europa durante tres semanas. Johanne va a ver a sus abuelos, que viven en las islas Lofoten. Regine se va a Creta, una isla griega que está en el Sur. Cuando dice «Sur» me mira. Pronuncia la palabra como si estuviera hablado con una niña de tres años o con una persona con una lesión cerebral.

—Pero antes de eso me voy a ir una semana de compras a París —dice orgullosa, y mira a Mathilde.

Vigdis toma la palabra cuando el resto de la clase termina de contar sus planes para las vacaciones.

—Bueno, pues sigamos —dice, pero entonces mira a Vilmer, que está sentado al fondo—. ¡Anda! ¡Si se nos ha olvidado preguntarte, Vilmer! ¿Tienes algún plan emocionante?

Todo el mundo se da la vuelta y mira a Vilmer, que sonríe.

—Yo también me voy al Sur —dice, y me mira. ¿Qué quiere decir con eso?—. Qué va —prosigue, mirando a Vigdis—. Me voy a quedar en casa. Mi padre está arruinado, así que este año no tendremos vacaciones. —Se encoge de hombros y mira al resto de la clase. Alguien se ríe, claro. Siempre hay alguien que se ríe—. Total que ni Sur ni Norte —dice Vilmer, con una amplia sonrisa. Como si no pasara nada por no ir a ninguna parte.

Parece que se alegra de estar de vacaciones, aunque vaya a quedarse en casa. Con su padre arruinado. En el barrio de Titten.

Este año he tenido una idea —dice Vigdis cuando suena el timbre de la última hora. Parece un cachorro nervioso al que enseguida dejarán salir a correr suelto por el bosque. Tiene cercos de sudor en las axilas y el pelo pegado a la frente—. He leído una cosa en una revista de profesores y me ha parecido divertida. Os voy a dar un papel a cada uno y quiero que saquéis un boli.

Se pasea por toda la clase. Su potente perfume hace que me pique la nariz. Una hoja en blanco aterriza en mi pupitre. Miro la espalda de Markus. Está sentado en silencio, con su hoja en la mano izquierda.

—Ahora quiero que todo el mundo escriba su nombre en la parte de arriba de la hoja que os acabo de dar —dice Vigdis, y señala la hoja con el dedo—, y después quiero que anotéis tres puntos, tres cosas que esperáis que sucedan durante las vacaciones de verano—. Sonríe satisfecha y aplaude. —Y no tengáis miedo de soñar un poco —dice riendo—. Escribir cosas que estáis seguros de que van a suceder no tiene ninguna gracia. Sed creativos. Atreveos a soñar. Después quiero que dobléis la hoja, primero una vez y después otra. —Nos muestra cómo hacerlo, con el papel que tiene en la mano—. Dentro de un rato recogeré vuestras hojas en esta cesta. Lo que escribáis se quedará aquí todo el verano y, a la vuelta de las vacaciones, podréis leer lo que habéis escrito hoy. ¿No os parece divertido? Así podréis ver si ha sucedido o no.

Todos se inclinan concentrados sobre sus hojas y escriben. Es una tarea complicada. Cierro los ojos, porque me ayuda a pensar. ¿Qué quiero que pase? Tengo la mente en blanco, ni un solo sueño. Vuelvo a abrir los ojos y lo primero que veo es la camiseta roja de Markus. Entonces se me ocurre algo. Sonrío mientras escribo. Tapo la hoja con el brazo para que nadie la vea. Vigdis ha dicho que soñemos y eso es justo lo que hago. Hasta que alguien me toca el hombro.

—¿Me dejas un boli? —Es el de los rizos y la camiseta del zoológico —. No he traído nada —me dice, y sonríe, mostrándome sus dientes torcidos. No soy capaz de decidir si me parecen bonitos o feos—. Pensé que no tenía mucho sentido traer un estuche y esas cosas si solo venía de visita.

Saco un lápiz del estuche y se lo doy. Me sonríe. Mira lo que he escrito y sonríe aún más. Me apresuro a doblar la hoja por la mitad. Vilmer vuelve a su sitio. Tenía bien pensados los dos últimos puntos, pero ahora se me han olvidado. Y todo por culpa de Vilmer, que ha tenido la necesidad imperiosa de pedirme un boli justo a mí. Me quedo

pensando hasta que Vigdis nos insiste por tercera vez para que le entreguemos la hoja, así que escribo cualquier tontería que no va a suceder ni de broma, doblo el papel en cuatro y se lo entrego a Vigdis. Se mezcla con los sueños de los demás. Vigdis agarra fuerte la cesta, como si llevara a un gatito en brazos.

—Prometo que no voy a mirar —dice, y se ríe en voz alta de su propia ocurrencia. Estoy segura de que tiene el récord nacional de reírse de sus propias ocurrencias—. Y ya veremos lo que ocurre cuando pase el verano.

Vigdis coge la guitarra y toca unos acordes. Varios compañeros se agitan en el asiento, como ocurre siempre que Vigdis saca la guitarra.

—Ahora, a cantar todos juntos —exclama, y rasga las cuerdas con sus hábiles dedos.

«No esperes que llegue el veraaano, si nadie lo viene a empezar y a hacer que el verano aparezca en las flores que van a brotar».

No afinamos nada y da mucha vergüenza, pero Vigdis está encantada, o eso parece.

—¡Qué boniiito! —suspira con entusiasmo y nos deja seguir con el resto de los versos. Llevamos ensayando desde las vacaciones de Pascua para que ahora salga perfecto, como ella dice.

«Los niños se llenan de estío y corren de acá para allá».

Cuando por fin terminamos, Vigdis tiene lágrimas en los ojos.

—Habéis mejorado mucho vuestras dotes de canto —dice, y suelta un gallo—. Me alegro. Me alegro desde lo más profundo de mi corazón.

Mathilde y Regine se ríen, nerviosas. Markus les sonríe y pone los ojos en blanco. Ellas responden a su gesto y se ríen más aún. Y entonces Vigdis exclama que solo quedan diez minutos para que acabemos sexto y nos pide que nos pongamos en fila para que pueda desearnos un feliz verano.

Consigo ponerme detrás de Markus. Empujo un poco a Johanne para conseguirlo. Una vez más, le veo la espalda y la nuca y el pelo brillante. La camiseta roja y los brazos morenos. Tiene un olor característico. Me inclino hacia adelante e inspiro. Huele a chico y a suavizante, y puede que un poco también a crema solar.

Vigdis empieza la ronda de despedidas. Nos da un abrazo a cada uno, un apretón de manos, nos dedica una mirada y nos desea buen verano. Le lleva su tiempo. Por suerte. Yo estoy perfectamente situada, tan cerca de Markus. Me aseguro de que mi brazo toque el suyo y mi mejilla le roce la espalda. Son los últimos segundos antes de dejar de verlo durante millones de segundos. Casi no va a estar en casa, así que es muy poco probable que me lo encuentre. Además, vive lejos de mí. He

pasado por su casa muchas veces. Su cuarto está en el piso de arriba y tiene cortinas del Chelsea.

Vigdis abraza a Markus, que le rodea el cuello con sus brazos morenos. Ojalá me abrazara así a mí. Ojalá yo fuera Vigdis ahora mismo.

—Que pases unas vacaciones estupendas tú también, Ina. —De repente, tengo la cara de Vigdis justo encima de la mía—. Espero que tengas un muy buen verano —añade, y me abraza fuerte.

Me mira durante un buen rato, intensamente, como si quisiera decirme algo que al final no se atreve a decir.

—Igualmente —respondo—. Seguro que estarás muy a gusto en el bosque.

Vigdis me guiña un ojo. Y sigue con la ronda. Y solo entonces me fijo en Vilmer. Está justo detrás de mí y dice que tiene muchas ganas de que empiece el curso. «Los compañeros parecen muy majos», oigo que le dice a Vigdis. Y me resulta tan raro que no puedo evitar volverme a mirarlo. O es tonto, o un poco demasiado optimista.

—Igual nos vemos, entonces —me dice, de repente.

Y entonces lo decido. El diente torcido es feo. No tiene nada de bonito. Le queda fatal. ¿Y por qué íbamos a tener que vernos? Me doy la vuelta y vuelvo a mirar a Markus. No pienso ser simpática con Vilmer solo porque sea nuevo y se vaya a pasar el verano entero en casa.

Toda la clase está en fila, moviendo los pies con impaciencia, riendo, haciendo el tonto y esperando. A la voz de ya, cuando Vigdis termine de abrazar a todo el mundo, estaremos de vacaciones. Cincuenta y cuatro días sin clase. Llevamos esperándolo todo el curso.

Y entonces sucede.

—¡Que paséis un buen verano, alumnos de 6º A! —exclama Vigdis todo lo alto que puede, y extiende los brazos como un director de circo en medio de la carpa.

Y la clase se convierte en un volcán. Veintidós alumnos de sexto salimos disparados como lava incandescente hacia las vacaciones de verano. Cruzamos corriendo por la puerta del aula, recorremos el pasillo, bajamos las escaleras y atravesamos el umbral de la entrada hasta el patio soleado. Gritos y vítores y júbilo. Es verano. Estamos de vacaciones. Es hora de empezar a disfrutar de los planes. Si se tienen.

Fuera, junto a la entrada, hay un montón de gente. La misma gente que salió corriendo hace dos minutos hacia las vacaciones de verano está ahora sudada, sin aliento y apelotonada frente a la puerta, y es imposible empezar las vacaciones sin conseguir antes abrirse paso entre los demás. La cabeza rubia de Mathilde destaca en el meollo. Su voz aguda y estridente suena como si estuviera dando las últimas instrucciones vitales a una tropa de soldados que se dirigiera a la guerra. Markus está a su lado y escucha con atención.

—Empieza a las seis —exclama Mathilde—. ¡Os espero a todos!

Titubeo un momento. Miro a mi alrededor, pero no encuentro otra posibilidad que no sea apelotonarme con los demás. De lo contrario, tendría que saltar la verja, lo que atraería aún más atención que colarme en silencio al fondo del grupo.

De repente recuerdo la invitación y las fotos de Mathilde en la tarjeta. En bañador y con gafas de sol, en un barco y en la playa, con un helado en la mano. En todas salía sonriendo. Parecía contentísima. Aún tengo la invitación en la mochila, no me había fijado en qué día sería la fiesta. No suelo ir a ningún cumpleaños. A mi madre le estresan los regalos. Tampoco tenía pensado ir a este. De todos los cumpleaños, al que menos tenía pensado ir era a este.

El pelotón se disuelve y la gente se disgrega por las calles.

—Tú también vienes, ¿no?

De repente tengo a Mathilde justo delante de mí, con Regine a su lado.

Titubeo. Se me pasan mil excusas por la cabeza.

—Viajamos muy temprano mañana —me oigo decir de pronto.

Markus se acerca. Sonríe. Con su camiseta roja y sus brazos bronceados. Huele a crema solar y a suavizante. Está tan cerca que me pongo nerviosa. Solo he hablado con él un par de veces y una de ellas fue cuando hicimos un trabajo grupal sobre la vitamina D, así que esa no cuenta. Me apresuro a meter las manos en los bolsillos del pantalón corto, solo para tenerlas controladas y no hacer ninguna tontería. Markus sonríe. Madre mía, qué sonrisa. Yo también sonrío. O eso creo, al menos. Junto los labios y tenso los músculos de la cara dos segundos después.

—¿A qué hora sale el vuelo? —me pregunta.

¡Me está hablando! ¡Se está interesando por mi vida!

—A las cinco y media de la madrugada —le respondo

inmediatamente, y me pongo colorada—. Y tenemos muchas cosas que preparar, porque vamos a estar fuera mucho tiempo.

Si levantara la vista, le vería los ojos en primer plano, pero no me atrevo. Ayer por la noche, justo antes de acostarme, pensé que lo peor de tener cincuenta y cuatro días de vacaciones de verano era que no iba a ver a Markus. Los cincuenta y cuatro días de vacaciones tienen muchas otras cosas malas, pero no ver a Markus puede que sea la peor. Así que miro hacia abajo y noto que me sudan las manos, cada una en su bolsillo, y pienso que seguro que estoy tan roja como la camiseta que tengo delante.

—Pero no te vas a acostar antes de las siete de la tarde, ¿no?

Mathilde y Regine se ríen. Markus sonríe a las dos chicas y después me sonríe a mí. Él va a ir a la fiesta, claro que sí. Todo el mundo va a ir a la fiesta, todo el mundo quiere ir a la fiesta.

—Pues entonces te vienes —dice Mathilde, decidida.

—Sí —respondo, mirando al suelo.

Espero que Markus diga que se alegra de que vaya. Como si fuera a pensar algo así y a decirlo delante de Mathilde y Regine.

—¿Qué pasa?

Es él otra vez. Vilmer, el del diente torcido. ¿De dónde ha salido?

Vilmer sonríe a las dos chicas y me sonríe a mí. Levanta las cejas para resaltar que nos acaba de hacer una pregunta. Miro a Markus. Su cara preciosa. Y pongo los ojos en blanco. Vilmer me parece un cotilla.

—Celebro mi cumple esta tarde —dice Mathilde—, y toda la clase está invitada.

—¡Qué guay! —dice Vilmer, entusiasmado.

Parece que ha dado por hecho que él también está invitado, y eso que solo lleva en nuestra clase unos cinco minutos y ha causado muy mala impresión con esa ropa tan fea y su falta de planes para las vacaciones.

—Igual podemos ir juntos, ¿no? —me pregunta mirándome a los ojos, como si esa propuesta fuera lo más normal del mundo—, porque tú sabes dónde vive la gente de clase —añade.

Mathilde y Regine se miran. Markus me mira a mí. Parece que van a echarse a reír en cualquier momento. Durante un instante parecía que todo iba a salir bien, hasta que Vilmer se entrometió. Vuelvo a poner los ojos en blanco, solo para dejar claro que Vilmer me parece un plasta y que no lo considero para nada como un posible amigo. De repente somos los dos raros que viven en Titten, y son tal para cual. Y eso es lo que peor me viene ahora mismo.

—Nos vemos a las seis —dice Mathilde, y se aguanta una carcajada.

Y entonces los tres se van por el mismo camino, hacia la derecha,

hacia su casa.

Me doy cuenta de que Vilmer está mirándome. Sin responderle, echo a andar lo más rápido que puedo hacia la izquierda, hacia Titten. Vilmer se me pega como un moco.

No pienso ir contigo, decido, mientras troto hacia casa sobre el asfalto candente.

En casa hace calor y reina el silencio. El aire está estancado. Las ventanas están cerradas y el sol churrusca el salón. Un par de plantas marrones se mueren de sed, apoyadas en el marco de la ventana. Unas margaritas mustias cuelgan de un jarrón. Una columna de polvo planea alrededor de los rayos de luz. La puerta del cuarto de mamá está entreabierta, el edredón está hecho una bola y tardo un par de segundos en entender que no está tumbada allí. Mamá suele estar en casa cuando vuelvo del colegio. Normalmente está dormida. No recuerdo que tuviera que ir a ningún sitio hoy.

Lleva un tiempo cansada. Desde noviembre, tal vez. Desde luego desde antes de Navidad, aunque no he contado los días. «Enseguida se me pasa —dice un día sí y otro no, y sonríe con optimismo con sus somnolientos ojos marrones—. A las chicas listas todo les acaba saliendo bien, Ina».

Abro la ventana de mi habitación y me tumbo en la cama. Hay niños jugando en el patio, riendo y chillando. Un par de gaviotas compiten para ver cuál de las dos grazna más alto.

El cumpleaños de Mathilde. Repartió las invitaciones hace unas cuantas semanas e insistió en que nos reserváramos esta tarde.

«Es un rollo cumplir años en verano —dijo—, cuando todo el mundo está de vacaciones».

¿Debería ir? No tenía pensado hacerlo. Cuando te invitan a un cumpleaños hay que llevar un regalo, y eso cuesta dinero, claro, y es difícil conseguirlo sin pedírselo a mamá. Y mamá se estresa cuando le pido dinero. Así que normalmente digo que estoy enferma, o que tengo otros planes, que justo no voy a estar ese día. Gracias por la invitación, pero no puedo ir, lo siento.

Markus sí va a ir. Noto que me suda el bigote. Un poco por el calor que hace en casa, pero principalmente por Markus. Si voy al cumpleaños de Mathilde, pasaré tres horas más con él antes de los cincuenta y cuatro días de vacaciones.

Llamo a mamá, pero me salta el contestador con su voz cansada. «Has llamado a Anja. Deja un mensaje después de la señal». Cuelgo y me voy a la cocina, abro la nevera y miro a ver qué hay dentro. Un tarro de mermelada de fresa, media pizza, ketchup y un tubo apretujado de mayonesa. Puede que mamá esté en el supermercado.

Me como la pizza fría y miro por la ventana, hacia el jardín. Pienso en el

Sur. Pienso en Markus. En el cumpleaños. Decido que iré.

Busco en Google: *cumpleaños + doce años + chica + regalo + precio*. Me lo vuelvo a pensar, me como una tostada con mermelada y le mando un mensaje a mi madre, en mayúsculas: *DÓNDE ESTÁS?*

Resulta que hay dinero en una caja, en el armario de la cocina, con monedas de diez y de veinte coronas, e incluso algún billete de cien. Miro hacia el armario. Igual mamá no se da cuenta si falta algo.

La caja pesa sospechosamente poco, hace un ruido quedo cuando la agito. No se puede ir a un cumpleaños sin regalo. Vuelvo a guardar la caja en el armario.

Entonces, de repente, la veo. Una nota. En la mesa de la cocina, un poco tapada por el mantel. Qué raro que no me haya fijado, que me haya sentado a comer media pizza y no haya visto el papel con la letra de mi madre. Pone que está en un curso. Que volverá a casa a las seis. Que podemos cenar tacos. Y después ha dibujado un corazón. Torcido y raro. Y dentro del corazón pone Ina.

Pienso durante veinte segundos y le mando un mensaje. Le escribo que no hace falta que compre tacos, porque tengo un cumpleaños. Lo cambio por fiesta de fin de curso antes de darle a enviar. Una fiesta de fin de curso está bien. Una fiesta de fin de curso es gratis.

Espero su respuesta un momento, pero no llega. Me lo vuelvo a pensar una vez más, pero cierro los ojos y me imagino a Markus con su camiseta roja, y cuando abro los ojos de nuevo, estoy convencida. De verdad. Tengo un plan.

Mathilde vive en una casa blanca con jardín y arbustos y grandes ventanas con las cortinas abiertas y una madre que nos da la bienvenida a todos. La madre de Mathilde lleva unos pantalones blancos ajustados y las uñas pintadas de rojo, tiene los dientes grandes y el pelo rubio recogido en una coleta. Gafas de sol en la cabeza. Pendientes de oro. No parece cansada. De hecho, parece feliz.

—Me alegro mucho de verte, Ina —dice, y me abraza.

Huele a perfume. Dulce y femenino. No tan fuerte como el de Vigdis. Es alucinante que se sepa el nombre de todos los compañeros de Mathilde. Que sepa que me llamo Ina aunque solo lleve un año en esa clase y tampoco es que sea uña y carne con su hija. Es el tipo de madre que se entera de las cosas, que lee los correos, que asiste a las reuniones del colegio, que se estudia los nombres y está al día de todo.

—Hola... —digo mientras me abraza, y no termino la frase porque no sé cómo se llama.

Ya ha llegado mucha gente. Algunos están en la terraza y otros dentro de la casa. Busco a Markus. ¿No ha llegado todavía? Mathilde me recibe. Lleva un vestido de color lila. Tiene el pelo suelto y ondulado. Seguro que ha tardado cuatro horas en hacerse ese peinado con el rizador. Como mínimo.

A mis espaldas oigo a Vilmer, que se presenta a la madre de Mathilde. Ha conocido a los compañeros de clase hace solo dos horas, le dice, pero espera que no le moleste que haya decidido asistir a la fiesta.

Cuando vine hacia aquí, Vilmer estaba en el patio de mi edificio, pero yo hice como si no lo hubiera visto. Anduvo detrás de mí, como a unos tres metros de distancia, durante todo el camino.

Me dirijo a la terraza. Por el césped. Intento localizar a Markus, pero no lo veo por ninguna parte. Tiene que estar aquí. Si no, venir habrá sido una pérdida de tiempo. Ojalá Markus supiera a lo que me expongo por él.

—Holaaa —dice Mathilde.

Me abraza fuerte, como si fuéramos mejores amigas y ella no hubiera podido sobrevivir a este cumpleaños si no llego a aparecer yo. Después me mira. Expectante.

Y entonces pongo en marcha mi plan.

—¡Ay, Dios! —exclamo lo más alto que puedo, para que me oiga todo el mundo—. ¡El regalo! Se me ha olvidado el regalo. ¿Será posible? ¡Madre mía! ¡Qué tonta soy!

Mathilde me mira.

—¿Se te ha olvidado el regalo? —pregunta, decepcionada.

Asiento con la cabeza y pongo la cara más triste posible. Casi siento que estoy a punto de echarme a llorar.

—He tardado mucho tiempo en elegirlo —le digo.

—A Ina se le ha olvidado el regalo —le dice Mathilde con resignación a Regine, que acaba de aparecer.

Regine me mira como si yo fuera una bacteria que tuviera la intención de contagiar a toda la fiesta.

—¿Quieres que vaya a casa a buscarlo? —pregunto, de repente.

No sé por qué le propongo eso. Si me dice que sí, me he metido en un buen lío. ¿Qué le he podido comprar a Mathilde que me haya costado tanto tiempo elegir? Me doy cuenta de que acabo de cruzar el dedo índice y el corazón como una última medida desesperada. Por favor, que no me haga volver a casa a buscar algo que no existe. Por favor, que me pueda quedar en la fiesta con Markus.

Mathilde y Regine se miran. En una mesa, justo al otro lado de la puerta de la terraza hay un montón de paquetes. Es imposible que necesite uno más.

—Un olvido lo tiene cualquiera —dice la madre de Mathilde, con una amable sonrisa—. Mathilde puede ir a tu casa a buscar el regalo otro día. No te preocupes, Ina.

Me da una palmadita en la espalda y pide a todos los invitados que entren en el salón. Es hora de abrir los regalos.

El salón de la casa de Mathilde es más grande que todo nuestro piso. Hay una mesa larguísima con mantel y unos cartelitos con los nombres de los invitados, y flores. De las ventanas cuelgan grandes globos plateados: «Mathilde 12 años», un globo por cada letra y cada número. En la encimera de la cocina hay una tarta altísima.

Mathilde nos pide que hagamos un corro. Ella se pone en el medio y coge un paquete tras otro. Lee las tarjetas en voz alta antes de abrir los regalos. Paquetes y más paquetes. Hay bolsos y maquillaje. Sobres con dinero. Billetes de cien y de doscientas coronas. Mathilde muestra todo lo que le han regalado y da las gracias. El padre de Mathilde recoge los sobres para que no se pierdan entre el papel de regalo.

La madre de Mathilde da palmas y nos pide que nos sentemos.

—¿Quién quiere pizza? —canturrea.

Y de repente, mientras todo el mundo se da la vuelta y lee los cartelitos para ver dónde tiene que sentarse, ahí aparece, con unas bermudas azules y una camiseta blanca. Con sus preciosos ojos marrones. Y me late el estómago, o el corazón, porque ha venido. No me

mira, pero está aquí, en la misma habitación que yo. Markus le da un abrazo a Mathilde. Se sienta a su lado, en un extremo de la mesa, muy lejos de mí. Yo estoy en la otra punta. Al lado de Johanne. Pero al menos tengo un sitio con mi nombre. Vilmer está de pie junto a la mesa, con cara de tonto. A nadie se le ha ocurrido hacer un cartel al tipo que acaba de llegar a clase hace dos horas. La madre de Mathilde llega corriendo con un vaso y un plato y se disculpa al menos cuatro veces.

Es difícil comer pizza, hablar con Johanne y mirar a Markus al mismo tiempo. Por suerte, Johanne es de las que hablan mucho. Si me concentro en decir sí y no y ¿qué? mientras me habla, ya tengo mucho ganado. Markus dobla los trozos de pizza por la mitad y mastica gesticulando mucho. Se limpia la boca con la servilleta, habla y se ríe. Es imposible oír de qué charlan a ese lado de la mesa, pero está claro que Mathilde le parece muy divertida, y por lo visto también mona, con sus rizos y su vestido violeta. Se inclina hacia ella varias veces. Johanne cuenta una anécdota sobre una cabaña de pescadores en las islas Lofoten y dice que va a montar en una canoa por primera vez. Es aburridísimo, pero sonrío de todas formas, por si Markus mirase hacia aquí de repente. Pero no lo hace. Vilmer está sentado frente a mí. Sonríe y parece que se lo pasa bien. Está contando una historia sobre una vez que fue a pescar con su padre, porque tiene que encontrar algo que pegue con la anécdota de Johanne sobre la cabaña de los pescadores.

—Catorce lenguados —dice, orgulloso, y nos cuenta que su padre perdió la apuesta y tuvo que bañarse vestido.

En el extremo opuesto de la mesa se lo están pasando genial. Daría cualquier cosa por sentarme allí, pero me quedo en mi sitio, en el otro extremo. Necesito amigos que sumen, no gente que cuenta anécdotas de lenguados y a la que le interesan las cabañas de pescadores. Miro hacia arriba y pienso que tiene que ocurrir algo. Mathilde se hace un selfie con Markus. No puedo comer más pizza, estoy llenísima. A este lado de la mesa todo el mundo está en silencio, menos Vilmer, que aún está riéndose de la historia de los peces y comiéndose otra porción.

Llevo aquí una hora y cincuenta minutos sin hablar con Markus. He mentido sobre el regalo y he intentado interesarme por las islas Lofoten y los lenguados, pero él ni se ha dado cuenta de que estoy aquí.

Miro el reloj, y aunque las vacaciones de verano conllevan demasiadas horas y minutos sin Markus, me alegro al ver que apenas quedan veinte minutos para que se acabe esta fiesta.

—¿Ya sabes a qué país vas a ir al final? —me pregunta Regine, cuando nos sentamos en el sofá gigante durante los últimos minutos del cumpleaños—. ¿O te vas al Sur, así, en general?

Dice «Sur» de una forma extraña y sarcástica, se ríe otra vez y mira a

Mathilde. Hay mucha gente escuchando. Siempre hay gente escuchando cuando hablan Mathilde y Regine.

—Mi madre estaba en el curso —les digo, y me doy cuenta de que no saben a qué viene esa respuesta—, así que no he podido preguntárselo.

Mathilde y Regine vuelven a reírse, con sus risitas odiosas.

No he dicho gran cosa durante este cumpleaños, pero de repente se me suelta la lengua y no puedo parar de hablar. De las piscinas, del piso en el que vamos a alojarnos. O el bungaló, que es como se llama. Está en primera línea de playa, una playa infinita de arena blanca y llena de palmeras.

—También hay toboganes —les digo—. Y son una pasada. Y hay un spa y un montón de tiendas cerca, así que iremos mucho de compras. —Mucha gente me está mirando. Markus entre ellos—. Por suerte es un todo incluido —prosigo— y nos podremos relajar, porque se puede comer todo lo que quieras durante todo el día, pero también iremos a algún que otro restaurante, claro, cuando nos aburramos de comer en el hotel. —Sonrío—. Voy a ponerme morenísima —me jacto, satisfecha—, porque vamos a quedarnos un montón de semanas. Cinco o seis, creo. Y no vamos a hacer nada más que descansar. Nos vamos mañana temprano.

Veo que Mathilde le susurra algo al oído a Regine. Regine sonríe.

—Que no se te olvide mandarnos fotos —dice.

Trago saliva. Asiento con la cabeza.

—Eso. Nos encantará verlas —dice Mathilde.

Vuelvo a asentir. Bajo la vista al suelo. Oigo que Mathilde invita a todos los compañeros a subir muchas fotos chulas de las vacaciones al grupo que tenemos todos, para que las vea todo el mundo. Siento que me laten las sienes. Tengo un nuevo problema. ¿Me puedo olvidar el teléfono en casa, durante todas las semanas que voy a pasar en el Sur?

Por suerte, la madre de Mathilde nos interrumpe.

—Se acabó la fiesta, chicos —dice—. Muchas gracias por venir y que paséis un verano estupendo.

Mathilde está junto a la puerta para abrazarnos a todos antes de que nos vayamos. Da las gracias por los regalos. Su madre y su padre están detrás de ella y sonríen. La abrazo fuerte, no digo ni media palabra sobre el regalo que se me ha olvidado. Markus está al final de la cola. Camino lo más despacio que puedo, me vuelvo cada tres pasos para ver si viene detrás. Y entonces, cuando ya estoy en la verja, lo veo. Mathilde besa a Markus en la mejilla. Estoy segura al noventa y ocho por ciento de que ha sido un beso.

Está claro que las vacaciones podrían haber empezado mejor. Por ejemplo, podría haber sido yo quien besara a Markus en la mejilla. Y él podría haberme acompañado a casa después. Tal vez no hasta Titten, el patio y mi piso, pero sí hasta el semáforo que está al lado del súper. El resto del camino lo habría hecho yo sola. Habría cruzado la calle y la puerta y el patio, hasta el edificio A. Y una vez allí, antes de subir al segundo, habría sacado el móvil y le habría mandado un mensaje. O puede que solo un corazón. O algo así. Y tal vez Markus habría tenido tiempo de quedar conmigo a lo largo de las setenta mil horas de las vacaciones de verano. Tal vez habría tenido un rato para tomarse un helado conmigo. O para ir a bañarnos. O para dar un paseo en bici, aunque se fuera a su casa de campo y a España y a Londres.

Cuando entro en casa, mamá está en el salón. Se levanta, apaga la tele y se me acerca. Se lleva el pelo hacia atrás y disimula un bostezo. Tiene el chándal lleno de manchas y lleva unas pantuflas azules sin calcetines.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta en voz baja y cansada.

—Sí —miento, y dejo que me abrace.

—Ya has cenado, ¿no?

Asiento con la cabeza, aunque en realidad tengo un poco de hambre, pero no me apetece demasiado comer después de lo que acabo de vivir.

—Hoy voy a acostarme temprano —me dice. Como si fuera una novedad. ¿Por qué tiene que informarme todas las noches que va a acostarse temprano?

—Es viernes —le respondo.

Ella asiente y se apoya en el marco de la puerta.

—Pero he estado en el curso —replica— y estoy agotada.

Me dan ganas de decirle que lo normal es que los adultos trabajen. Que otros adultos madrugan y se van a trabajar, hacen la cena y ven las noticias, llevan pantalones ajustados y coleta y saben cómo se llaman los amigos de sus hijos. Y organizan cumpleaños para toda la clase. Pero no me veo con fuerzas. Ahora no.

—¿Tenemos algo dulce? —pregunto, aunque me he puesto fina a comer tarta y chucherías.

—No —responde—. Todavía no he hecho la compra. Porque he estado en el curso.

Pongo los ojos en blanco, aunque sé que no le gusta nada. Pero es que lo del curso de las narices ya me está empezando a molestar.

—Mañana nos damos un capricho —me dice entonces—, que no tengo que ir al curso.

¿Pero será posible? ¡Qué pesada con el curso! ¿Y qué tipo de curso es? ¿De italiano? ¿De hacer punto? ¿De tango? No se me ocurre ni un curso que le pueda pegar, aparte de un curso sobre cómo ser madre.

—¿De qué es el curso? —le pregunto.

—Uf —resopla—. Siéntate un momento, Ina.

Se acerca al sofá con pasitos cortos. Las zapatillas crujen a cada paso. Me siento a su lado, le miro las arrugas de la cara, los labios descoloridos, el pelo reseco. ¿Qué pasa ahora? Está muy seria. Seria en plan «tenemos que hablar». Coge aire y lo suelta con un silbido antes de hablar.

—Es un curso que me obligan a hacer, para intentar buscar trabajo. Pero no estoy en condiciones, lo noto, así que va a ser duro.

Vuelvo a pensar en los adultos normales, que van a trabajar y también hacen cursos.

—Y también hay un pequeño detalle que no me habían dicho hasta hoy —añade—, y es que el curso dura seis semanas.

—¿Seis semanas? —exclamo. Ella asiente, resignada—. ¿Y a eso lo llamas «un pequeño detalle»?

—Les he dicho que tengo una hija y que el curso coincide con las vacaciones de verano, pero llevo demasiado tiempo posponiéndolo y ahora no me queda más remedio que hacerlo. Si no, nos quedaremos sin dinero. —Baja la vista y parpadea muy rápido.

¿Qué quiere decir con eso de que, si no, nos quedaremos sin dinero?

—Entiendo que pueda resultarte aburrido —dice, y me mira, insegura.

Hace media hora pensaba que las vacaciones no podían ser peores, pero me equivocaba. No hay duda de que mi verano acaba de empeorar.

—Pero he hablado con la abuela —añade—, y puedes ir a verla a su casa, o por lo menos llamarla, si sientes que necesitas tener a una persona adulta cerca.

¿Cerca? La abuela vive a más de veinte minutos en bici. Y eso si pedaleo rápido. ¿Y qué voy a hacer en casa de la abuela, además? ¿Leer revistas y ver la tele y hacer punto?

No digo nada.

—Seguro que mucha otra gente también se queda en casa —prosigue. No tiene ni idea. Debería saber lo que van a hacer mis compañeros en vacaciones—. María, por ejemplo. Puedes quedar con ella, ¿no? Hay muchos sitios bonitos cerca a los que podéis ir en bici. Podéis ir a bañaros, por ejemplo —suspira, resignada. Yo bajo la vista—. Si llego a saber esto un poco antes, te habría apuntado a un

campamento o algo así. Parece que están muy bien y además son gratis. Pero tendremos que hacer lo que podamos con lo que tenemos —concluye—. Y, además, podemos hacer planes por la tarde, cuando salga del curso.

Sigo sin decir ni media palabra. No quiero responder. Sé que miente. Cuando salga del curso se va a ir directa a la cama. No va a tener energía para hacer nada.

—Hago todo lo que puedo —susurra.

Siempre dice lo mismo, para consolarse, como si ser madre fuera un trabajo dificilísimo que la mayoría de la gente no consigue hacer en condiciones.

La miro y me levanto del sofá. Odio ese curso. Odio este verano. Odio a Markus. Y a Mathilde. Y los planes de vacaciones.

—¿Dónde vas? —me pregunta, intranquila.

Tengo pinchazos en el estómago y en la cabeza, que retumban, laten y me arden. Me dan ganas de abrir la ventana y tirarlo todo al vacío, lanzarlo todo al patio. El sofá, las cortinas, las plantas muertas del alféizar de la ventana, la foto en la que salimos mamá y yo que está colgada en la pared, la caja llena de monedas de dos coronas del armario de la cocina, las sillas, el mantel, a mi madre. Todo.

—¡Me voy al Sur! —exclamo, y echo a correr por el pasillo. Abro la puerta de mi cuarto y la cierro con un portazo tan fuerte que tiemblan las paredes. Me tiro a la cama y muerdo el edredón—. ¡Al Sur! —repito entre hipos contra la funda del edredón, mientras siento que se me hace un nudo en el corazón.

La playa es blanca e infinita. El mar, azul, casi turquesa. Sopla una brisa agradable que hace más llevadero quedarse en la tumbona. Me acaricia la piel morena y caliente. Se oyen pájaros y niños que juegan. Las olas que rompen contra la orilla. La música veraniega del chiringuito. Me da tiempo a bañarme antes de comer, pienso. También me da tiempo a tomarme un helado. En realidad, me da tiempo a cualquier cosa, eso es lo mejor de todo. Dejo la mente en blanco. No tengo miedo a nada. Tengo ganas de todo. Junto a la tumbona hay una bebida rosa y dulce con una pajita tan larga que no necesito agacharme. Una sombrilla amarilla de papel decora la copa. Hay siete piscinas. Muchos toboganes. La piscina favorita de los niños es la que tiene un barco pirata. En el *jacuzzi* todo pasa más lento y el ambiente es más relajado. Los bungalós están decorados con mucho gusto y tienen vistas al mar. Aquí hay casi todo lo que podrías desear para pasar unas vacaciones de ensueño. Eso es lo que dice la página web. Las fotos son bonitas, luminosas y veraniegas. Casi se puede sentir el sol y el mar y la arena solo con mirarlas. Al menos si se miran durante mucho tiempo, como hago yo.

Los primeros días de vacaciones hay una ola de calor, un sol abrasador y altas temperaturas en todo el país. Dentro de casa estamos a unos ochenta grados. No me atrevo a abrir las ventanas que dan a la calle, por si pasa alguien de clase por delante y se pregunta por qué ventilamos si estamos en el Sur. Con las ventanas que dan al patio no tengo tanto cuidado. Las abro de par en par en cuanto mi madre se va al curso, pero no hay corriente y el aire se queda inmóvil dentro del piso. Y sudo aquí sentada, como un veraneante cualquiera en cualquier país mediterráneo.

Todas las mañanas, cuando se va mi madre, llamo a la abuela. Le digo que hace tanto calor que solo se puede hacer una cosa: ir a bañarse hasta que mamá vuelva a casa. Le digo que preferiría ir a visitarla un día que no haga tantísimo calor, e intento sonar contenta.

—Es normal que quieras estar con tus amigos —me dice la abuela—. Cuando yo era pequeña, no íbamos a ningún sitio en verano y me pasaba el día en la calle. Los adultos no tenían tiempo para ocuparse de nosotros —se ríe—. Pásalo bien —me dice.

Y entonces colgamos.

Paso mucho tiempo en el Sur. Busco sin descanso el lugar perfecto para

mamá y para mí. Selecciono distintos criterios de búsqueda. Piscina. Balcón. Vistas al mar. Todo incluido. Toboganes. Ordeno los resultados por precios y elijo el más caro de todos. El que más estrellas tiene. El Blue Lagoon Deluxe. Nos alojamos en la *suite* que está justo a pie de playa, con una piscina privada en la terraza, por si nos aburrimos de bañarnos con el resto de la gente. El recepcionista parece simpático. La camarera del chiringuito, que lleva una camiseta rosa, sonríe con un vaso lleno de sombrillas de papel y de pajitas en la mano. En el *spa* trabajan dos mujeres con el pelo largo y castaño y mucho maquillaje. Ellas también sonríen. Todo el mundo sonríe en el Sur.

Mamá se pone el chándal en cuanto llega a casa por la tarde. Dice que el curso es agotador y que no tiene energía para hacer nada. Todos los días me hace las mismas preguntas antes de irse a la cama.

—¿Te lo has pasado bien? ¿Has salido a la calle?

Le digo que sí, aunque sea mentira. Ella se pone muy contenta cuando le digo que he salido a la calle. Eso es lo que hay que hacer en vacaciones. Y yo le hago otras dos preguntas.

—¿Ha ido bien el curso? ¿Has aprendido algo?

Me dice que no y ahí termina la conversación.

Por la noche hacemos una pizza para cenar, y mamá no para de hablar de gambas. Tiene muchas ganas de comer gambas. Sueña con ellas. Hace planes. Cuando tenga algo de dinero para hacer una compra más especial comeremos gambas. Es lo que se come en verano. Gambas con pan y con vino blanco. En una roca junto al mar o en la terraza o en un barco.

—En verano no se le ocurre a nadie quedarse en casa comiendo pizza congelada —se queja resignada, en chándal. Le digo que la pizza está bien. Que por mí no se preocupe por lo de las gambas—. Mi niña —me dice con la boca llena de pizza—, la verdad es que las de este año no son precisamente unas vacaciones de ensueño. —Mira por la ventana que da al patio gris de Titten. —Pero no sé si las gambas lo arreglarían —murmura.

Titten es un barrio feo. En el patio hay un pequeño parche de césped en un extremo, pero el resto está asfaltado. En medio del patio hay una zona con tendederos en los que nadie seca la ropa. Las cuerdas cuelgan destensadas. Justo al lado están los contenedores de basura, cajas de plástico de color verde que a menudo están tan llenas de bolsas que la tapa se queda abierta y por la mañana hay bolsas de basura agujereadas por los pájaros, y restos de comida y papeles desperdigados por todas partes. Debajo de los tendederos hay una caja de arena llena de hojas que apesta a pis de gato. También hay un parque con barras para trepar, dos columpios y un tobogán. Todo está oxidado y chirría cuando se usa. Por suerte no se usa mucho, a pesar de que aquí viven muchos niños.

Los edificios son de hormigón y están pintados de amarillo. La pintura está levantada en muchas zonas, de manera que el hormigón gris queda al descubierto. Las casas tienen tres pisos, además del bajo. El patio está rodeado de puertas que conducen a cada uno de los edificios. El más lejano es el edificio A, donde vivimos nosotras, y, a partir de ahí, los demás van en orden alfabético hasta la J. Hay muchas puertas. Diez, para ser exactos.

Nuestro portal está pintado de verde y por eso parece más oscuro. Y la lámpara del techo debe de estar estropeada, porque la luz parpadea. Oscuridad, luz, oscuridad, luz.

—¿Cuánto tiempo vamos a vivir aquí? —le pregunté a mi madre cuando nos mudamos.

Me gustaba más el piso en el que vivíamos antes. Teníamos balcón. Y vistas a un parque. Ahora tenemos vistas a un patio desde la cocina y desde mi habitación. Y desde el salón hay vistas a la calle y a una gasolinera que está justo debajo y que siempre está abierta. Y muy concurrida.

—No estoy segura —me respondió mamá—, pero creo que una buena temporada.

El primer día de clase hice una tontería. Tenía que decir cómo me llamo, dónde vivo y qué me gusta hacer en mi tiempo libre. Dije que me llamaba Ina y me salté lo del tiempo libre, porque no sabía qué decir. Cuando dije que me acababa de mudar a Trosteveien, 30, alguien, creo que Regine, me preguntó si eso estaba en Titten, dije que sí. Era joven e inocente. Eso ocurrió antes de comprender que, si me preguntan dónde vivo, nunca debo responder que en Titten. Varios compañeros se rieron y

entonces oí por primera vez el mote despectivo de mi nuevo hogar. Vomitten.

Ahora, si me preguntan, digo que vivo en Solvangtunet, que es el barrio que está justo al lado de Titten, así que casi no es ni mentira. En Solvangtunet hay casas bonitas con caminos de grava y jardines y garajes. Los parques tienen barras para trepar y columpios nuevos que no chirrían.

A Titten le pega mucho el mote de Vomitten. Ahora ya he pasado aquí un otoño y un invierno y una primavera y dentro de poco un verano, y el barrio es igual de feo en todas las estaciones. En la señal que dice «Bienvenidos a Titten», alguien ha tachado la primera “T” y ha escrito «Vom», con spray negro. Nadie se ha molestado en limpiarlo.

Es un rollo veranear en Vomitten. Y no puedo salir de casa, por si me encuentro con alguien. Tengo que quedarme aquí encerrada. Como una presa.

Las vacaciones de verano duran cuatro millones seiscientos sesenta y cinco mil seiscientos segundos. He usado veinticinco de ellos para calcular esa cifra. No tengo ni idea de cuántos segundos me habré pasado en YouTube, pero fijo que he visto doscientos ochenta y cinco vídeos de gente haciendo *slime*. Es una pena que esté en el Sur y no pueda salir a comprar líquido de lentillas y espuma de afeitar.

Busco en Google: *presos + en casa*, y leo historias de otras personas que están en mi misma situación. Presos que cumplen condena en su casa con tobilleras electrónicas. Una madre con depresión que se siente presa con su bebé y no es capaz de salir a pasear con él. Un poeta que lleva treinta años sin salir a la calle. Muchas personas estamos presas en casa, de distintas maneras. Me invento historias sobre por qué estoy presa. Me viene bien mentir un poco cuando la verdad es tan bochornosa como ahora.

Además de convertirme en una experta en hacer *slime*, he pasado mucho tiempo en el Blue Lagoon Deluxe. He puesto nombre a todas las personas que salen en las fotos. Monica y Eliza trabajan en el *spa*. Dordi es el que lleva un gorro de cocinero. Jonathan y Aleksandra, los recepcionistas. Leandra es la monitora de tiempo libre y Margarita la del vaso de las sombrillas de papel. He dedicado unos mil segundos a eso. Inventarse nombres lleva su tiempo.

Dedico mucho tiempo a contar cosas. No sirve para nada saber cuántos tenedores hay en el cajón de la cocina, cuántos pantalones tengo, cuántos coches repostan en la gasolinera a lo largo de la tarde o cuántas fotos sube la gente al grupo de clase.

Mathilde sube fotos del *resort* de Portugal. Está muy morena y sonríe a la cámara, con el pelo al viento. Regine envía fotos desde París, está delante de la torre Eiffel comiéndose un helado y con un montón de bolsas de distintas tiendas en la mano. «Pásalo genial», escribe Mathilde. Julie comparte fotos de Chipre, en una playa de arena blanca y un mar turquesa. Está en bikini y lleva gafas de sol. Dice que se lo está pasando fenomenal. Markus está en un barco enorme, debe de ser la única persona del mundo que lleva un chaleco salvavidas. Tiene los ojos cerrados y el sol en la cara y está aún más moreno que el último día de clase. Johanne sube fotos de la cabaña de pescadores de Lofoten. Nadie ha comentado lo que ha subido.

Miro las fotos sin parar. Todos los días hay fotos nuevas, varias veces al día. En todas hace sol. Todos se lo pasan genial. Nadie se aburre, nadie

discute ni se enfada. No hay ni una nube en el cielo. Y por suerte nadie me ha pedido fotos de mi viaje al Sur.

Me da terror el principio de curso, porque todo el mundo tiene que hablar de sus vacaciones. Todo el mundo tiene que contar lo bien que se lo ha pasado. Todo el mundo tiene que habérselo pasado bien.

A ver si ocurre algo, pienso, porque este es el peor viaje al Sur que he hecho en mi vida. Y ni siquiera he estado nunca allí.

Entonces ocurre algo. Estoy cenando con mamá en la cocina. Ella está sentada con las piernas cruzadas en una silla, sorbiendo té. Tiene el chándal lleno de manchas y una sonrisa apagada.

—He hablado con la abuela. Dice que estás tan ocupada que no tienes tiempo de ir a hacerle una visita.

—Sí —miento.

He visto veintitrés vídeos sobre hacer *slime*, pero digo que he ido a bañarme.

—¿Y cómo estaba el agua? —me pregunta.

—Fría —le respondo, sin más. Tampoco hace falta entrar en detalles.

—¿Y has ido tú sola?

—No —miento de nuevo—. Con María.

Mamá me sonríe. He conseguido que suene bien. ¿Quién no querría ir a bañarse con María? Dos mejores amigas todo el día en la playa.

—Tienes que invitarla un día a casa —dice mamá—. Me gustaría conocerla pronto.

La miro. Asiento con la cabeza. Me late muy fuerte el pecho, justo debajo del corazón. Siento un pinchazo.

—¿Le gustarán las gambas? —pregunta mamá y yo vuelvo a asentir.

—Se lo puedo preguntar —respondo, y apoyo una mano en la pierna, que ha empezado a temblarme.

—Estaría genial —suspira, con aire soñador—. Un festín de gambas. María, tú y yo.

Asiento por tercera vez. Tengo que cambiar de tema. No puedo contarle lo de María. Ahora no. La miro.

—Si pudieras ir a cualquier parte del mundo de vacaciones conmigo, ¿dónde te gustaría que fuéramos?

Mamá sonríe. Le gusta ese tipo de preguntas. Arruga la frente, como si estuviera pensando mucho, valorando varias opciones.

—Al Sur —dice convencida.

—¿Al Sur?

—Sí. A un lugar donde haga sol y haya arena y calor y no tengamos que pensar en nada más que en estar a gusto.

El Blue Lagoon Deluxe. Mamá y yo en la *suite* gigantesca.

—Pero sabes que el Sur no es un país, ¿no? —le digo, con tono burlón.

Ella se ríe.

—Ya sabes a qué me refiero, Ina. Creta, España, Portugal, Rodas. Me

da lo mismo un sitio que otro. Quiero ir al Sur.

Entiendo a qué se refiere. No hay nadie que lo entienda mejor que yo.

Me voy a la cama contenta, con el sabor de la pasta de dientes en la boca y un camisón limpio. Mamá se queda en el salón viendo la tele. Hemos comido patatas fritas de bolsa y nos hemos bebido un refresco aunque sea martes. Mamá se ha pasado unos veinte minutos hablando de lo que haría si le tocaran diez millones en la lotería.

Aún no es de noche. Un sol rosado está a punto de ponerse por detrás del edificio F. Me acerco a la ventana y miro al patio. La ventana está entreabierta y el aire cálido de la noche se cuela en el dormitorio.

Y es entonces cuando sucede. Justo cuando el sol desaparece tras el tejado.

—¿Ina? —La voz proviene del patio. Me quedo de piedra. Se me corta la respiración—. ¿Ina?— Es una voz que me suena familiar, pero no consigo ubicarla. Parece un chico—. ¿Hola? —Me separo de la ventana. Me agacho. Me arrastro hacia la cama para que el chico que me ha visto por la ventana no vuelva a verme. —¿Ina?

Me duele la barriga. Siento un pinchazo en el pecho. Apago la luz de encima de la cama, la única que tengo en la habitación, pero no estoy a oscuras. Estamos en el mes más luminoso del año. Se ve todo perfectamente. Me asomo disimuladamente por la ventana.

Y entonces lo veo, veo al chico que me llama. Está en el patio y mira hacia mi ventana con su camiseta azul y su pelo rizado.

¡Me ha visto! ¡Me ha descubierto! Tendría que cerrar también las ventanas que dan al patio. Se me había olvidado que ahora vive justo enfrente.

Vilmer. El vecino más molesto del mundo. Ahora sabe que no estoy en el Sur.

A la mañana siguiente me despierto sudada. He dormido con la ventana cerrada y debe de hacer unos noventa grados en mi habitación. He corrido las cortinas. Tiene que parecer que no hay nadie dentro, aunque Vilmer me haya visto.

Había pensado arriesgarme e ir en bici a ver a la abuela hoy. Ayer encontré un sombrero de paja enorme en el armario de mi madre y me miré un buen rato al espejo. Quería ver si servía para taparme si me lo calaba hasta las cejas. Pero después de lo de Vilmer no me arriesgo a salir. Llamaré a la abuela y le diré que he quedado con María.

—¡Pues claro, Ina! —dice la abuela. Parece contenta. Comprende perfectamente que prefiera estar con María que con ella—. La verdad es que las de este año no son precisamente unas vacaciones de ensueño —dice, y parece una copia de su hija. ¿Se habrán puesto de acuerdo para darme esa misma respuesta?—, pero me encanta que tengas tantos planes. Sabes encontrar el lado bueno de las cosas, y eso es toda una virtud.

Me resulta extraño que todo el mundo piense que me lo paso tan bien. Se me tiene que dar genial esto de mentir. ¿Qué diría la abuela si se lo contara todo, si le contara que me estoy inventando mi vida? A la abuela le parece muy bien que tenga tantos amigos, que me pase el día de aquí para allá, con mil cosas que hacer, como ella cuando era pequeña. A la abuela le gustan las cosas normales. Nunca quiere hablar de cosas tristes. Cuando mamá empezó a sentirse muy cansada y perdió el trabajo y tuvimos que mudarnos a Titten, la abuela se enfadó, a pesar de que antes vivíamos aún más lejos. No viene mucho a vernos y, si viene, mamá siempre acaba llorando cuando se va. A la abuela le gusta que las cosas vayan bien.

—Pásalo muy bien —me dice, y cuelga el teléfono.

Por la noche, Vilmer está en el patio otra vez. Lo oigo llamarme por la ventana, que está cerrada. Estoy sentada a oscuras en la cama, en completo silencio. No me atrevo a moverme, no vaya a ser que Vilmer tenga una vista con superpoderes que atraviese las paredes. Me suda el pelo y la camiseta se me pega a la espalda. Vilmer me llama cuatro veces y luego se queda en silencio. Cuando me levanto de la cama oigo un sonido nuevo. Algo golpea la ventana. Varias veces. No me da tiempo a contarlas. Me inclino hacia la ventana y levanto con cuidado la cortina para poder mirar hacia fuera con cautela. Vilmer tira piedrecitas hacia

arriba con todas sus fuerzas, para que lleguen hasta el segundo piso. Resulta muy cómico.

Después de un rato, se rinde y se va a su edificio. Unos minutos más tarde se enciende una luz en el segundo, justo enfrente de mí. Me siento a oscuras y lo miro a través del hueco de las cortinas. Está sentado mirando un ordenador. Solo y en silencio. Como yo.

Los días siguientes los paso con las ventanas cerradas y las cortinas echadas, para no correr ningún riesgo. Las vacaciones ya habían sido una mierda hasta ahora, pero la cosa no ha hecho más que empeorar. Me aso dentro de casa y odio el Sur. Me odio por haber mentido. ¿Por qué no había hecho como Vilmer? Ni siquiera hacía falta que hubiera dicho que mi madre no tiene dinero. Podría haber dicho que nos íbamos a quedar en casa a descansar y fingir que eso era lo que más me apetecía hacer estas vacaciones.

Regine ya está en Creta. La mayoría de los compañeros han reaccionado con corazones a las fotos que ha subido, en las que sale al lado de una piscina enorme. Julie lleva una bandera de Francia en la mano y se apoya contra un muro lleno de lilas. Todo el mundo ha puesto un corazón. Markus se baña con sus hermanos en una playa de arena fina en España. Mathilde le ha puesto un corazón en los comentarios. Puede que el calor, la falta de ventilación, las plantas muertas y todas las fotos del grupo me hayan vuelto loca, pero de repente sucede algo que no puedo controlar. Copio las fotos del Blue Lagoon Deluxe, elijo una con una piscina y un sol resplandeciente y abro el grupo de clase. «Pasándolo bien», escribo. Y lo envío antes de poder echarme atrás.

Durante varios minutos no ocurre nada. Tengo el móvil en la mano, lo agarro con fuerza y observo las cero unidades de me gusta y de comentarios. Me arrepiento. Pero entonces empiezan a llegar. «Qué bonito», dice Johanne. «Pásalo bien», escribe Una. Theodor me manda un sol. Muchos ponen corazones. Pero Mathilde no dice nada. Ni Regine. Ni Markus.

Vilmer sigue tirando piedras. Todas las noches. Me tumbo en la cama y cuento las veces que acierta en la ventana. Esta noche son ocho. Otro día son diecisiete. Me pregunto qué está pensando, por qué insiste. Hace tiempo que me he dado cuenta de que Vilmer no es muy perceptivo, pero esto no hace más que confirmarlo. Cuando se rinde, lo sigo con la mirada a través de las cortinas. Las luces de su piso se encienden. Veo su cabeza a través de la ventana. Los rizos. Me gusta mirarlo. La verdad es que no sé por qué. Está sentado en una silla de oficina, en lo que debe de ser su cuarto. Las paredes están pintadas de azul claro y no tienen ningún tipo de decoración. Parece que está jugando en el ordenador.

Esa noche cuento nueve piedras. Entonces se hace el silencio. Miro entre las cortinas. Él enciende la luz de su cuarto, se acerca a la ventana

y me mira. Son las once. Mamá se está lavando los dientes con el cepillo eléctrico. Y entonces lo oigo. Un tenue sonido que sale del móvil. La fría luz de la pantalla se eleva como una columna en el dormitorio. El mensaje es de un número desconocido. Cinco palabras entre signos de interrogación: «¿No estabas en el Sur?».

Al día siguiente me levanto temprano. Oigo que mamá ha puesto el hervidor de agua y está recogiendo los vasos mientras escucha ópera en la radio. Miro el móvil para asegurarme de que no era un sueño, pero el mensaje sigue allí.

Mamá está sentada a la mesa, bebiendo té a sorbitos y masticando una tostada con mermelada de fresa.

—¿Te llamó ayer? —me pregunta cuando entro en la cocina—. ¿Cómo se llamaba?

La miro, atónita. Debo de parecer un extraterrestre que acaba de aterrizar en nuestro planeta hace cinco minutos y no entiende nada.

—Ayer me llamó un chico y me pidió tu número —me explica, y sonríe con los dientes llenos de mermelada—. Va a ir a tu clase el curso que viene y quería conocerte un poco antes de que empiecen las clases.

Vilmer. Supe que era él en cuanto vi el mensaje de ayer, aunque no me salió su nombre cuando busqué el número.

—Parece muy simpático —prosigue—. Un chico muy agradable. Majo y educado. —Da un buen mordisco a la tostada y sigue hablando con la boca llena—. No recuerdo cómo se llama. No era un nombre muy común.

No le digo el nombre, solo que no me llamó nadie. Me apresuro a cambiar de tema y le cuento mis planes para ese día. María y yo vamos a dar una vuelta en bici. Mamá sonríe aún más. La hija perfecta que sabe disfrutar de unas vacaciones que no son precisamente de ensueño.

—Y yo tengo que irme corriendo al curso —responde, y por primera vez parece motivada cuando dice la palabra «curso»—. No te olvides del casco de la bici —añade, mientras se pone los zapatos en el pasillo.

Leo el mensaje ocho veces. Después me lavo los dientes y me cepillo el pelo, me hago una coleta y me miro al espejo. Y leo el mensaje cinco veces más. No consigo decidir si esas cinco palabras son amables o chulescas. «¿No estabas en el Sur?». No sé qué responder. Por supuesto, puedo mentir y decir que mi madre se ha puesto mala o que cancelaron el vuelo por una tormenta, pero esas ya serían demasiadas mentiras. Aún más cosas que recordar.

Así que no respondo.

No quiero hacerme amiga de Vilmer. No quiero reconocer que he mentido. No se me ocurre ni una sola cosa que me apetezca hacer con él. Parece pesado y aburrido. No es mi tipo para nada. No creo que

tengamos nada de lo que hablar.

Me armo de valor y abro la ventana que da a la gasolinera. Tengo que respirar aire fresco para poder pensar con claridad, algo que ahora mismo me hace mucha falta.

Parece que él sí tiene ganas de pasar el rato conmigo y por eso me tira piedras a la ventana y me ha mandado un mensaje muy raro. Casi se podría decir que me impresiona el esfuerzo. Vuelvo a cerrar la ventana. Tal vez pueda estar con él un rato si es en el patio y nadie nos ve. Total, no tengo a nadie más con quien quedar y hace nueve días que no salgo de casa.

Esa misma noche hay luz en el piso en el que viven Vilmer y su padre arruinado. No sé si tiene hermanos o una madre que también esté arruinada o una mascota. No sé nada sobre él, aparte de que ahora está gritando mi nombre desde el patio. Esta noche también tira piedras. Quieta, sentada, cuento los golpes contra la ventana. Siento que los músculos de las mejillas tiran de mis labios hacia arriba y dibujan una sonrisa.

Cuando las piedras dejan de repicar contra el cristal, me levanto y me acerco a la ventana. Respiro junto a las cortinas. Las descorro.

Vilmer está en el patio. Muy quieto, como una estatua. Yo también estoy muy quieta. Me oigo el corazón. Él me mira y yo lo miro a él. Creo que no sonrío. Vilmer lleva una camiseta azul y el pelo alborotado. Él tampoco sonríe. Pasan muchos segundos. No consigo contarlos. Me quedo ahí de pie, inmóvil y a la vista, sin una cortina tras la que esconderme.

Entonces levanto la mano izquierda, como un guardia de tráfico. Vilmer levanta la derecha. Parece un soldado formado frente al rey. Se me escapa una risita. Veo que Vilmer sonríe. Agita una mano. Después, la otra. Da saltitos. Baila. Es muy gracioso. Una danza rara y arrítmica, como un juguete de cuerda.

Puede que Vilmer sea el vecino más molesto del mundo, pero una presa en su propia casa no puede permitirse ser demasiado exigente. Además, está muy gracioso y ridículo bailando en el asfalto del patio más cutre de Noruega. Me saco el móvil del bolsillo. Busco el mensaje del número desconocido, de aquel que sigue bailando en la calle en esta noche de verano, y entonces le envío un mensaje. «Ni Sur ni Norte», escribo, y miro por la ventana. Él deja de bailar y saca su teléfono. Me mira.

Y entonces me suena el móvil.

«¿Nos vemos mañana?», pone en la pantalla.

Cuando salgo al patio al día siguiente, Vilmer está justo delante de la puerta.

—¡Por fin! —dice con entusiasmo, como si llevara los diez primeros días de las vacaciones esperándome justo a mí.

Lleva las mismas bermudas que el último día de clase, esas que le quedan holgadas para mal. También lleva una camiseta negra descolorida que le queda demasiado grande, con una imagen de cuatro hombres con el pelo largo y una calavera.

—Es de mi padre —dice, a modo de explicación, cuando se da cuenta de que no paro de mirarle el pecho—. Es metalero.

Asiento. Como si la información fuera reveladora. No parece que Vilmer le preste demasiada atención a la elección de sus camisetas. El zoo o el *heavy metal*, lo mismo le da una cosa que la otra. De repente pienso en Markus, que siempre va muy bien vestido, al contrario que el chico que tengo delante.

—Perdón por tirar tantas piedras —dice Vilmer—. No sé qué me ha pasado. —Se encoge de hombros—. No soy el típico vecino loco. —Hace una mueca, como si intentara darme miedo—. Solo me aburría un poco.

El sol le da en la cabeza. Le brillan los rizos. Yo aún no he dicho ni una palabra. ¿Por qué respondí a ese mensaje? ¿Por qué descorrí las cortinas? ¿Necesito un amigo tan desesperadamente? De pronto me arrepiento de no haberme quedado asándome en casa. Era un rollo, pero sin líos. Ahora no sé lo que me espera.

Vilmer mira la caja de arena vacía, los tendederos, los columpios chirriantes. Y después me mira a mí. Se le ilumina la cara. Tiene los ojos azulísimos.

—Ven, que te enseño una cosa.

Camino por el patio con Vilmer. Un hombre y una mujer discuten, un niño pequeño se ha caído del triciclo y llora. Vilmer camina decidido y a paso ligero. El fondo del patio queda en la sombra. El sol no llega a los tejados de esa parte. Huele a asfalto frío.

—Aquí es —dice, y señala una escalera que yo no había visto nunca.

Siete u ocho escalones bajan hasta dar a una puerta que casi no se ve si no sabes que está allí. En el último escalón hay un montón de hojas podridas. Hay grafitis en las paredes. Vilmer va delante.

—Ven, Ina —me dice.

Es muy raro que diga mi nombre, como si fuéramos mejores amigos y

estuviéramos a punto de hacer algo divertido juntos.

Se pone delante de la puerta y espera a que baje yo. Bajo los escalones de uno en uno. No hay mucho espacio. Su camiseta me roza el brazo, siento su respiración y el olor de sus rizos.

Vilmer se saca algo del bolsillo de las bermudas. Es una herramienta, un trocito de metal afilado. Se inclina hacia la puerta, mete el hierrito en la cerradura, que hace un ruido, y se abre la puerta.

—Bienvenida a mi morada —dice, con una sonrisa, y me invita a pasar.

La habitación está a oscuras. Huele a sótano, a cerrado y a humedad. Hay un escritorio contra una de las paredes. Seguro que en su día era blanco, pero la pintura se ha desgastado y ahora es más bien amarillento. El cajón de arriba del todo está abierto, y por él asoman algunos papeles. Enganchado en un lado del escritorio hay un flexo de metal que cuelga flácido y torcido sobre el tablero. Lo que en su día fue una silla de oficina bastante adecuada para sentarse, ha perdido ahora una rueda. Está apoyada contra la pared para que no se caiga. En el otro lado de la habitación hay un sofá. Rojo y tapizado en un tejido que parece lana. En el sofá hay un cojín bordado, como los que les gustan a las señoras mayores. Por un par de sitios se le sale el relleno. Frente al sofá hay una mesita baja. En el suelo, junto al escritorio, una caja de herramientas de la que asoma una sierra oxidada. Al fondo hay dos puertas. Puertas de madera oscura. Tiene que haber más habitaciones.

Miro a mi alrededor en silencio. ¿Qué sitio es este?

Un ventanuco es la única fuente de luz natural de la estancia. Vilmer enciende una lámpara de techo, y entra. Sus zapatos hacen un ruido extraño, como si estuviera pisando algo pegajoso.

—Últimamente he pasado mucho tiempo aquí.

Sigo sin decir ni una palabra. Vilmer me ha asegurado hace un rato que no es un vecino loco, pero yo no las tengo todas conmigo. ¿Por qué ha venido aquí? Este sótano es el vómito del que toma su nombre Vomitten. Me preguntó cómo será el piso de Vilmer por dentro para que prefiera estar aquí que en su casa. ¿Cómo de cutres son sus vacaciones?

Miro la espalda de la camiseta negra de Vilmer mientras entra en la estancia. Abre otra puerta. Un cuartito con un retrete y un lavabo aparece ante nosotros.

—Todo funciona —dice, y abre el grifo. Parece un vendedor entusiasta que quiera encasquetarme cualquier porquería—. Mira.

Entonces se dirige hacia la otra puerta. Chirría cuando se abre. Vilmer se asoma al cuarto y enciende la luz. Me hace un gesto para que me acerque.

Al fondo hay una encimera. En el fregadero, un vaso y un plato en remojo. En un rincón hay una cocina pequeña. Los fuegos están sucios, como si alguien hubiera hecho albóndigas en salsa hace veinte años y no hubiera limpiado después.

—Aquí es donde cocino —dice Vilmer, orgulloso.

Al lado de la cocina, hay dos cajas vacías de pizza especial con carne

picada. Le gusta la misma pizza que a mí. En medio del cuarto hay una mesita con dos sillas. ¿Aquí es donde come? ¿Él solo?

—Anton —dice Vilmer, de repente—. Anton Berntzen. Así se llamaba el que vivía aquí antes. —Vilmer se rasca los rizos—. He estado investigando un poco, revisando documentos antiguos y tal, y he descubierto que era el conserje de Titten. Pero sospecho que era un conserje bastante malo. —Vilmer me mira, se ríe y se dirige hacia el frigorífico—. Siéntate en el sofá un momento —me dice, señalando hacia el salón.

El sofá es sorprendentemente mullido y cómodo. Oigo a Vilmer trastear en la cocina. Vilmer, el que resulta que al final va a ser mi amigo. Menos mal que no me ve nadie.

Aparece en el umbral de la puerta. Lleva una bandeja en las manos y hace equilibrios con dos vasos y medio litro de Pepsi. En cada uno de los vasos ha puesto una pajita. Una amarilla y una rosa.

—Toma —me dice, y sonríe como un camarero exageradamente amable en un chiringuito vacío.

Vilmer se dirige hacia el escritorio amarillento y abre el primer cajón. Un par de folios caen al suelo como en cámara lenta y él se agacha a recogerlos.

—He encontrado un montón de papeles viejos —dice Vilmer. Saca el cajón de su sitio y lo lleva al sofá para enseñármelo—. La mayoría son cosas de conserje. Anton encargaba bombillas y diversos materiales y después se olvidaba de pagarlos —dice, con otra hoja en la mano.

Es una carta del banco. «Pedimos a Anton Berntzen que pague cuanto antes», pone en letras grandes y gruesas.

—Estoy leyendo toda esta pila de documentos —añade, mirándome con expresión de culpabilidad, como si comprendiera que leer los documentos de un antiguo conserje fuera una actividad muy rara a la que dedicar las vacaciones—. Aquí hay un montón de quejas. La gente de Titten está enfadadísima con Anton. Algunos se han quedado sin luz. Se suponía que iba a reparar la escalera. Grete Brattberg tuvo que ir al hospital porque se electrocutó al intentar manipular el cuadro eléctrico.

Vilmer se apoya el cajón en el regazo y se inclina hacia mí. Señala una hoja.

—Mira —me dice, y procede a leer en voz alta—: «Llevamos muchos años satisfechos con el trabajo de Anton Berntzen, pero últimamente hemos experimentado que nuestro conserje, normalmente tan alegre y servicial, se ha vuelto un poco vago, huraño y poco dispuesto a hacer su trabajo. Si esto no cambia, nos veremos obligados a pedirle que dimita de su cargo como conserje de Titten».

Miro a Vilmer, que está sentado con las cejas levantadas.

—Se pasaba el día tirado en este sofá —dice Vilmer, riendo—. Igual que yo. Me da un poco de pena Anton.

Vilmer va a buscar más Pepsi a la cocina.

Me cuenta cómo descubrió este lugar y cómo consiguió entrar.

—Cuando vine la primera vez, tenía mucho peor aspecto —me dice —, pero lo he arreglado bastante.

Vuelvo a pensar en lo del vecino loco. Me imagino a Vilmer yendo a su casa a buscar herramientas y abriendo la cerradura. Me lo imagino colándose como un ladrón e instalándose allí. Me lo imagino metiendo una botella de Pepsi en la nevera y una pizza en el horno, y recogiendo el desorden del vago del conserje.

—Soy muy curioso —dice Vilmer—, y además es un poco rollo pasarse el verano en casa.

Me mira y se pone serio, como si estuviera a punto de decirme algo sobre todo ese asunto del Sur.

Me apresuro a volver a hablar de Anton.

—¿Cuándo fue conserje? —pregunto, y me pongo el cajón de los papeles al regazo. Rebusco entre los documentos y miro la fecha de las cartas. 1963. 1966—. Me pregunto qué le pasaría.

Cojo un fajo de documentos y veo algo dorado en una esquina del cajón, debajo de unos sobres.

—¡Hala! —dice Vilmer—. ¡Esto no lo había visto!

Es un anillo de oro, pequeño y endeble. Casi parece que podría valerle a un niño. Vilmer lo agarra con cuidado. Lo sujeta entre el índice y el pulgar y lo levanta hacia la luz.

—Tiene algo grabado —le digo, y extiendo la mano. Vilmer me pone el anillo en la palma de la mano—. «Tu Anton» —leo—. «Pedida, 16 de agosto de 1962».

Nos miramos y después miramos el anillo.

—Anton tenía novia —dice Vilmer, atónito. Una sonrisa se abre camino en su rostro.

—Pero la novia le devolvió el anillo de compromiso —replico, y veo cómo se le borra la sonrisa.

—Igual por eso dejó de importarle su trabajo —suspira Vilmer—. Ahora me da más pena todavía.

Nos bebemos la Pepsi en silencio. Vilmer se ha puesto el anillo de pedida de la mujer de Anton. Miro el móvil para ver si ha llamado mi madre. Me lo guardo en el bolsillo a toda prisa cuando veo que Vilmer está mirando mi fondo de pantalla. Es de la piscina. Del Blue Lagoon Deluxe.

—Cuando estábamos en casa de Mathilde y les contaste que te ibas a ir al Sur —dice Vilmer de repente—, me sentí muy bien —añade.

Tengo mucho calor. Miro hacia abajo. No quiero hablar de ello. Ahora no. Meto la mano izquierda debajo del muslo y cruzo los dedos. Me duele el estómago, muy arriba, junto al corazón.

—Porque yo he hecho lo mismo —prosigue. Noto su mirada a pesar de que no levanto la mía del suelo—. Mentir. —La palabra se queda flotando en el aire—. Yo estuve en las Maldivas el año pasado —dice, y se ríe—. ¿O fue en Malta? Ya no me acuerdo. Y estuvo tan bien como ese viaje al Sur del que hablabas.

Levanto la vista hacia la camiseta de Vilmer y después le miro a los ojos, azules y serios. Amables.

—No se lo voy a decir a nadie —dice, y sonríe con su diente torcido.

Esa noche sueño con Markus. Está sentado a mi lado en el sofá, bastante cerca. Bebemos un refresco con pajita. Me apoyo en su camiseta roja, que huele a crema solar y a detergente. De repente, la camiseta es negra. Es la camiseta de Vilmer. Markus tiene rizos y un diente torcido. Agarra un anillo de oro entre el pulgar y el índice y me pregunta si nos prometemos. Quien habla es Vilmer, es él con quien estoy sentada muy cerca en el sofá y con quien me tomo un refresco.

Entonces me despierto.

El móvil se ilumina en la mesita de noche. Reconozco el número. «Vente hoy también, si quieres», pone. Y después hay tres emojis con gafas de sol.

Mamá está sentada en la cocina. Ha hecho unos huevos revueltos y lleva ropa de calle. Una falda blanca y una blusa violeta. Tiene el pelo recién peinado. En la radio suena una música alegre. Ella tararea la melodía.

—Buenos días, Ina —dice, cuando entro en la cocina. Sonríe.

Me quedo atónita. Para otras personas, puede que unos huevos revueltos y una madre en ropa de calle sean algo cotidiano, incluso a las ocho de la mañana, pero para mí es un motivo para quedarme boquiabierta. Debe de irle bien en el curso, aunque ella diga que no está aprendiendo nada.

—¿Qué vas a hacer hoy, Ina?

Miro por la ventana. Hace sol.

—Bañarme —respondo concisa y la miro a ella, que sigue sonriendo.

—¿Con María?

—Sí —digo y asiento con la cabeza.

—¿No quieres invitar a María a casa un día? —me pregunta. Otra vez —. Se puede quedar a dormir, si quiere. Mañana mismo, por ejemplo.

La miro. Los ojos claros, la sonrisa esperanzada. Tal vez pueda soportar la verdad ahora que está contenta. Tiene las cejas levantadas y espera una respuesta sobre si se va a quedar a dormir María. Mi mejor amiga. La amiga que me inventé en invierno porque a mamá le daba pena que no hubiera hecho amigos en la clase nueva. ¿Cómo voy a salir de esta? Está muy bien tener a María. No quiero deshacerme de ella todavía. No quiero que mamá se ponga triste por mi culpa, cuando ya tiene otros motivos para estarlo.

Cojo el móvil, pulso las teclas con agilidad para que parezca que estoy mandando un mensaje. Mamá parece tensa. Tal vez esté más

despierta desde que va al curso. Espero con el móvil en la mano y finjo haber recibido una respuesta.

—¡Vaya! —digo en voz alta y miro a mamá con ojos tristes—. María está enferma.

—Ay, qué pena —dice, compasiva—. Puedes invitarla la semana que viene. Aún quedan muchos días de vacaciones.

Como estoy de vacaciones en el Sur y no tengo a nadie más con quien pasar el rato, me planteo quedar con Vilmer. Es más majo de lo que pensaba. Bastante divertido. Muy raro, pero para bien. Además, es algo temporal, porque estamos de vacaciones. No voy a quedar con él cuando empiece el curso. Y nadie va a saber que estoy con él si no salimos de Titten.

Para convencer a todo el mundo de que sigo en el Sur, subo una foto de la playa que está enfrente del Blue Lagoon Deluxe. «Me paso el día en el agua», escribo y añado un corazón. Mientras espero, comento algunas de las fotos de los demás. Regine ha subido una serie de fotos de sí misma frente al mar, justo al caer el sol. Está muy guapa con esa luz rosada. «¡Qué bonito!», escribo, como si fuéramos amigas. Un segundo más tarde, ella comenta mi foto de la playa. «¡Menuda pasada!». Mathilde también escribe un comentario: «¡Qué suertuda!». Es la primera vez que comentan algo que pongo en el grupo. Me siento aliviada. Bajo flotando las escaleras y salgo al patio.

Cuando bajo, Vilmer está sentado en el sofá rojo. Está jugando con el móvil y no se da cuenta de que estoy a su lado. Mueve los pulgares a toda velocidad. Maneja a un tipo que lanza a otros a un sótano oscuro.

—Hola —le digo discretamente, al cabo de un rato.

Vilmer se sobresalta.

—¡Madre mía! —exclama—. Casi me da un infarto.

Deja el móvil a un lado, se da la vuelta y sonríe. ¿Pero qué problema tiene con la ropa? ¡En serio! Hoy lleva una camiseta de color verde amarillento que pone *Get a life* en el pecho.

—Oye, he estado pensando mucho en el Sur —me dice. De repente vuelvo a sentir un nudo en el estómago, justo al lado del corazón. Me había dicho que no le diría a nadie que yo había mentido. ¿Por qué quiere volver a sacar el tema? ¿No podemos hablar de otra cosa? —¿Qué era lo que dijo Halldis?

—Vigdis —le corrijo.

—Lo de que el Sur no es ningún lugar concreto. Que no aparece en el mapa. Que solo es como llamamos a un sitio donde relajarnos y descansar y pasarlo bien. —Vilmer me mira con entusiasmo. —Cuando hablamos del Sur lo único que queremos decir es que el sitio al que vamos está un poco más al Sur que el lugar en el que vivimos, ¿no? Así que, si fuéramos de Oslo a Kristiansand, de alguna manera habríamos viajado al Sur —añade—. Vigdis dijo que cada uno puede decidir a qué se refiere cuando habla del Sur —me dice, y me mira como si hubiera hecho un gran descubrimiento—. Así que el Sur puede estar aquí.

—¿Aquí? —le pregunto.

—Sí, en este piso. Porque está más al sur. Al sur del patio, quiero decir —afirma Vilmer.

Creo que se me ha abierto un poco la boca. Me tiembla la comisura de los labios.

—Podemos decir que esto es el Sur, ¿no crees? Porque este es un lugar al que venimos a relajarnos y a pasarlo bien. Por lo menos yo lo veo así.

Miro a mi alrededor. Sería el viaje al Sur más cutre de la historia, porque en este sótano no hay nada que se parezca al Blue Lagoon Deluxe.

Vilmer sigue sonriendo. Una vez más, parece un vendedor entusiasta que quiera encasquetarme cualquier porquería.

—Los dos salimos ganando —me dice él—. Así, tú habrás estado en

el Sur, de alguna manera, y no tendrás que mentir. Y yo podré decir que también he ido al Sur, que no me he pasado las vacaciones en casa.

¿Le estoy sonriendo? Creo que sí.

—Nadie va a saber en qué parte del Sur estamos —dice, dibujando unas comillas con los dedos cuando dice Sur—. ¿No crees?

Ahora estoy segura de que estoy sonriendo. Es una propuesta tontísima. La más tonta que he oído en mucho tiempo, de hecho. Y aun así, me gusta.

—¿Te apetece una Pepsi? —me pregunta, y se dirige hacia la cocina antes de que me dé tiempo a decirle que sí.

El calor del sol llega hasta el sótano. Calienta el ventanuco que está junto a la puerta, la única ventana de la estancia. La luz del sol baña el sofá en el que estamos sentados, cada uno con nuestra Pepsi fría.

Hablamos del Sur y de cómo va a ser. Porque el antiguo piso del conserje Anton se va a parecer lo más posible al Sur. Y hace falta cambiar muchas cosas, por decirlo de manera diplomática. Le enseño a Vilmer las fotos que tengo en el móvil, las capturas de pantalla del Blue Lagoon Deluxe que he compartido con el resto de compañeros. Como él no está en el grupo de clase no las va a reconocer.

—Mmm —dice, mientras mira con atención la piscina y los toboganes y al hombre con el gorro de cocinero y el atardecer en la playa, las sombrillas en fila y el mar de color turquesa.

Se dirige al antiguo escritorio de Anton y coge una hoja. Busca algo con lo que escribir. Forcejea y abre el cajón que está cerrado con llave. Se rinde y coge un bolígrafo de la vieja caja de herramientas de Anton, que está tirada en el suelo. «¿Qué tiene que haber en el Sur?», escribe en la parte superior de la hoja y se mete el bolígrafo en la boca.

—Una piscina —le digo.

Vilmer toma nota.

—¿Sombrillas? ¿Y playa?

Asiento con la cabeza.

—Y un *spa* —añado—. Y actividades de tiempo libre, aunque seamos muy mayores para ellas.

Vilmer lo apunta de todas formas: «Actividades de tiempo libre para los más pequeños». Y, entre paréntesis, añade: «no para nosotros».

—¿Música?

Asiento.

—Tiene que haber baile en la terraza todas las noches —añado—. Al atardecer.

Vilmer escribe «baile» y «atardecer» como dos puntos separados. Añade «terraza».

—Bebidas —prosigo—. Con sombrillas de papel en el vaso.

Le enseño la foto del Margarita en el chiringuito.

—Sí —dice Vilmer con entusiasmo—. Eso es indispensable.

—Y tenemos que alojarnos en un bungaló. En primera línea de playa.

Los sueños que he tenido, las fotos que tanto he mirado. ¿De qué estoy hablando? No hay ni una cosa en el piso del conserje que recuerde al Sur. Pero aun así continúo.

—Y la playa tiene que ser de arena blanca. Con tumbonas azules.

—¿Tienen que ser azules? —pregunta Vilmer, mientras escribe.

—En realidad no —le respondo—. Pero en el Blue Lagoon Deluxe lo son.

—Comida de vacaciones —propone Vilmer—. Pizza y hamburguesas y patatas fritas.

Suena genial.

—Bañadores y toallas —le digo—. Sombreros de paja.

Por fin cosas que son fáciles de conseguir.

—Yo prefiero una gorra —dice Vilmer, y apunta más cosas en la lista.

Cuando terminamos, la hoja de Vilmer está llena.

—¿Por dónde empezamos? —pregunto, desanimada.

De repente me parece totalmente imposible convertir este sótano cutre en un paraíso sureño. ¿De dónde vamos a sacar una playa y una piscina y un atardecer? ¿Dónde estará el *spa*? ¿Y dónde se harán las actividades de tiempo libre para los más pequeños, no para nosotros?

Vilmer me mira. Parece que está pensando muy concentrado debajo de esa mata de rizos. Recorre la habitación con sus ojos claros, de una pared a la otra, buscando.

—Tenemos que empezar por lo más sencillo —dice.

Y entonces trazamos un plan.

Lo más importante es que estemos convencidos —dice Vilmer cuando llevamos ya unas horas.

Mira el botín. No es muy grande. Yo he traído el sombrero de paja y él una visera. También hemos traído unos juguetes para las actividades infantiles: un osito de peluche, un conejo rosa, un puzzle y una caja de lápices de colores. Los dos hemos cogido de casa bañadores y toallas. Todavía no hemos decidido dónde estarán la piscina y la playa, pero al menos tenemos las cosas de la caja.

—Tenemos que estar convencidos de que esto es el Sur.

Vuelve a acercarse al escritorio y coge un rotulador. Después se va a la cocina y regresa con una caja de pizza. La abre, le arranca la tapa, aplasta los laterales y se tumba en el suelo para escribir.

Miro la lista, intento devanarme los sesos en busca de ideas sobre cómo podemos resolver los puntos más complicados de reproducir.

—Me voy a casa a buscar unas cuantas cosas —le digo a Vilmer.

Él sigue tirado en el suelo, encima de la caja de pizza.

En casa, cojo un par de vasos grandes. Busco en los armarios y en algunos cajones para ver si, por casualidad, mi madre tiene sombrillas de papel para las bebidas. Pero no. En el armario del pasillo encuentro su silla de playa. Hace mucho que no la usa y ahora está tan ocupada con el curso que no tiene tiempo para tomar el sol. Es de color turquesa, tirando a azul.

En el armario de su dormitorio encuentro un vestido vaporoso de tela estampada. Parece el típico vestido para pasear por la playa al atardecer. En una percha hay un vestido blanco. Me recuerda a las mujeres del *spa*, con sus uniformes.

Me llevo una crema hidratante y una pastilla de jabón del armario del baño. En una cesta encuentro una crema de pies reseca y una lima de uñas. También me llevo una bolsa de bolas de algodón. ¿No es eso lo que usan en un *spa*?

Lo meto todo en una bolsa grande de papel. La silla de playa me la pongo bajo el brazo. Bajo corriendo las escaleras y salgo al patio. Cruzo el trocito de césped, paso al lado de los tendederos y la caja de arena, sigo por el asfalto y bajo al apartamento del sótano.

Y entonces lo veo. Vilmer ha colgado un cartel. Casi no se nota que es una caja de pizza. La ha cortado en círculo. Un círculo perfecto. Con un rotulador rojo ha escrito en letras grandes y bonitas: «Bienvenidos al Sur».

Decidimos que el *spa* tiene que estar en el baño.

—¿Le ponemos nombre? —exclama Vilmer desde el salón, mientras yo adorno el lavabo con productos de belleza.

—¿Qué te parece *Paraíso*? —contesto, y oigo que Vilmer se ríe.

Aparece con un nuevo cartel, que también ha cortado de una caja de pizza. «Spa Paraíso —ha escrito con un rotulador azul—. Donde los sueños se hacen realidad».

—¿No era eso lo que ponía? —pregunta.

Asiento. Porque eso es justo lo que sucede en el *spa* del Blue Lagoon Deluxe. Que se cumplen los sueños.

El restaurante, como es lógico, está en la cocina. Hay mucho trabajo que hacer. Tal y como está ahora, nadie querría poner un pie en él ni aunque se estuviera muriendo de hambre. Intentamos limpiar los fuegos, pero las manchas marrones no terminan de quitarse. Abrimos los cajones de la cocina y encontramos algunos platos pegados, porque llevan ahí guardados mucho tiempo. Vaciamos el armario, sacamos los vasos, los platos, un candelabro y una taza de café con el logo de los juegos olímpicos de Lillehammer de 1994. Lleno de agua el fregadero y me pongo a lavar los cacharros mientras Vilmer sigue buscando.

—Mira esto —dice, detrás de mí.

Ha encontrado un mantel en un cajón. Está muy arrugado y tiene rayas marrones en los pliegues. Vilmer intenta plancharlo con las manos, pero no sirve de mucho. Pone el candelabro en mitad de la mesa, como si estuviera poniéndolo todo a punto para recibir a los comensales de esta noche.

—Cuando encontremos una vela, quedará bonito —me dice. Vilmer me pregunta si tengo una propuesta para el nombre del restaurante—. ¿Cómo se llama el del Blue Lagoon Deluxe? —pregunta.

Sonrío. Es muy raro oír a alguien decir ese nombre en voz alta. Llevo mucho tiempo pensando en él sin pronunciarlo, como si fuera un sueño. Es bonito compartirlo con Vilmer.

—Taberna Sunlight —le digo—. ¿No es bonito?

La zona de actividades infantiles ya está preparada, junto a una de las paredes más largas del salón. Hemos dispuesto los juguetes y hemos colgado un cartel. No le hemos puesto un nombre específico, se llama «Espacio de actividades para los más pequeños». Vilmer ha dibujado

unas cuantas cosas en el cartel: un cocodrilo, una muñeca, un coche rojo y, por supuesto, un osito de peluche. Lo hemos hecho tan atractivo para los niños como hemos podido con los recursos que tenemos. De todas formas, somos demasiado mayores para esas actividades y aquí no van a venir niños.

La silla de playa de mi madre está apoyada contra la pared. En cuanto sepamos dónde irá la playa, la pondremos allí. El sombrero de paja y la gorra están al lado, listos para cumplir su propósito.

La piscina y la playa y el atardecer tendrán que esperar un poco. Llevamos horas trabajando. Mi madre está a punto del volver del curso y le he prometido que ya habré vuelto de bañarme cuando ella llegue a casa.

—El Sur no se hizo en un día —dice Vilmer, y cierra la puerta del apartamento del conserje.

Subimos las escaleras y de repente nos damos cuenta de que sigue haciendo mucho calor. El sol brilla con fuerza en el cielo. Huele a brea y a salchichas a la brasa. En el césped hay gente salpicándose con una manguera. Se ríen y corretean. Hay tres señoras en sendas sillas plegables junto a una piscina hinchable donde chapotean dos niños pequeños.

De repente todo es bonito. Y eso que seguimos aquí, en Vomitten. ¿O solo me lo parece a mí? ¿Solo yo veo las cosas distintas de como son habitualmente?

Voy hacia el portal del edificio A y me doy la vuelta. Veo a Vilmer abrir la puerta del edificio F, con su camiseta verde y sus rizos.

—¡Vilmer! —exclamo.

Él se da la vuelta. En realidad, no tengo nada que decirle. No tengo ningún motivo para gritar su nombre. Me quedo allí mirándolo. Vilmer me saluda con la mano. Después cierra la puerta y desaparece.

El Sur es más divertido que hacer *slime*. Tengo muchas ganas de seguir, de recolectar todas las cosas que necesitamos, de arreglar el piso del conserje, de crear un paraíso sureño. De vez en cuando me doy cuenta de lo infantil que es este juego, de la vergüenza que me daría si alguien me viera con Vilmer. Parece que a él no le preocupa que lo que estamos haciendo sea infantil. Se divierte y ya, y se le ocurre una idea tras otra. Por eso a mí también se me olvida que es infantil cuando estoy con él.

Después de cenar y de mentir a mi madre diciéndole lo buenísima que estaba hoy el agua, me pongo manos a la obra.

He hecho una foto a nuestra lista y empiezo por arriba. La piscina. Es todo un reto. Me paso un buen rato buscando en Google. Encuentro empresas que se ofrecen a construir piscinas excavando en el jardín. Las hay redondas, cuadradas, alargadas, ecológicas. Hay fotos de gente muy contenta que chapotea y toma el sol en el borde de la piscina. No hay nadie bañándose dentro de un sótano. Pero entonces llego a las piscinas hinchables que se pueden instalar en un patio. Pienso en lo que dice Vilmer sobre estar convencidos.

Busco un poco en internet. Una piscina hinchable cuesta entre cien y quinientas coronas, según el modelo. No tengo cien coronas, y me imagino que Vilmer tampoco. No se las quiero pedir a mi madre, y el padre de Vilmer está arruinado. Me meto en una web de compraventa de productos y busco aquellos que los usuarios regalan. Escribo «piscina» en el campo de búsqueda y escojo solo los resultados que estén cerca de mi casa. Aparece un único resultado: una piscina pequeña de Hello Kitty. ¡En Solvangtunet! ¡Aquí al lado!

También busco la sombrilla. Encuentro una roja y brillante de la que alguien quiere deshacerse. Por desgracia, no se puede cerrar, dice el anuncio.

«Puesta de sol», escribo en el campo de búsqueda. Aparecen varios resultados. Cosas que solo incluyen la palabra «sol». Cosas que solo incluyen la palabra «puesta». Un libro con las palabras «puesta de sol» en el título. Sigo bajando. Sigo buscando. Y entonces lo encuentro: un rollo de papel pintado. Es una foto gigante de una playa con palmeras sobre la arena blanca, con la luz rosada de un fantástico atardecer.

Guardo todo lo que he encontrado y envío mensajes a los que quieren deshacerse de esas cosas. Después le mando un mensaje a Vilmer. «He encontrado cosas importantes», escribo. Él me responde unos tres segundos más tarde. «Yo también», dice su mensaje, y después

hay un pulgar levantado de color amarillo.

Vilmer ya está en su puesto cuando llego al día siguiente. Me pregunto cuándo se irá a casa, cuánto tiempo lleva sentado en el sofá rojo jugando con el móvil. Parece que la única persona que se ocupa de él es su padre, y no tiene pinta de ocuparse mucho.

Hoy Vilmer también lleva una camiseta, pero en esta ocasión es blanca. Por una vez no tiene ni imagen ni mensaje. Además, es de su talla. En mitad del salón hay una bolsa azul de Ikea, de la que asoma un cable.

—¡Toma! —dice Vilmer, y deja el videojuego—. ¡He ganado!

Me mira de arriba abajo.

—¿Dónde está lo que has encontrado? —pregunta, al ver que no he traído nada.

—En internet —respondo.

—¿En internet? —Me mira, decepcionado. Señala la bolsa de Ikea—. Lo mío está aquí —dice, y me enseña una colchoneta amarilla, una caja de velas de adviento y un altavoz pequeño. Me cuenta que ha hecho una lista de reproducción con música veraniega—. Y mira esto. —Tira del cable que asoma por el borde de la bolsa. Resulta ser una tira de luces de Navidad de un montón de colores distintos: verde, morado, azul, rosa, amarillo. —¿No te parece mediterráneo? —me pregunta, satisfecho. Vilmer se queda plantado con las luces en la mano y mira a su alrededor para ver dónde quedarían mejor—. ¿Ahí, por ejemplo? —pregunta y señala la ventana.

Asiento con la cabeza. Vilmer saca unas puntas de la caja de herramientas de Anton y las clava en la pared. Colgamos el cable haciendo una guirnalda alrededor de la ventana y hasta la puerta.

—¿Has comprobado si funcionan? —le pregunto.

Vilmer tira del cable hasta el enchufe más cercano.

—Preparados, listos, ¡ya! —dice, y lo enchufa.

Se enciende. Casi todas las bombillas se iluminan. El piso del conserje parece un chiringuito bañado por una luz cálida y acogedora.

—¡Hala! —digo sorprendida y le paso la mano por la espalda sin pensar. Él me mira.

—Ahora sí que estamos en el Sur, ¿no crees?

Decidimos coger arena de una de las cajas del patio.

—Pero solo si no huele a pis —le digo.

No es blanca y no recuerda a las playas del Sur, pero nadie regala arena en la página web que he consultado. Lo he comprobado. Y estamos de acuerdo en que tampoco necesitamos mucha. Vilmer opina

que tenemos que estar convencidos de que es una playa y, dicho eso, sale al patio.

Nuestra playa tiene un aspecto patético. No es blanca. Ni infinita. Y no termina en un mar color turquesa. Poner las tumbonas al lado tampoco ayuda.

Hacemos un descanso en el sofá, con una Pepsi cada uno.

—Me pregunto si Anton Berntzen seguirá vivo —digo, y miro a Vilmer, que todavía no se ha quitado el anillo—. ¿Lo has buscado en Google?

No espero su respuesta y busco en el móvil. Una de las cosas que mejor se me dan es buscar en Google. Vilmer se inclina hacia mí para ver qué estoy escribiendo. Huele a bronceador, algo que me resulta un poco raro dado que está pasando las vacaciones en un sótano con una única ventana.

Pruebo distintas combinaciones. *Anton Berntzen + conserje*, pero no encuentro nada. Busco *Titten*, añado *años sesenta*, busco *Trosteveien, 30*. Pero no encuentro nada que encaje.

—He mirado los nombres de los buzones —dice Vilmer— y he visto que en uno de ellos pone Grete Brattberg. —Me mira—. Sabes, ¿no? La que se quejaba del conserje porque le dio una descarga eléctrica y tuvo que ir al hospital. —Me río—. Creo que sigue viviendo aquí.

—Podemos comprobarlo —le digo, entusiasmada—. Tal vez sepa lo que le pasó a Anton Berntzen.

En la puerta hay una placa que pone G. Brattberg. Vive en el segundo piso del edificio H. Huele a algo dulce. Vilmer cree que son tortitas.

Vilmer llama a la puerta y nos quedamos esperando con paciencia. Oímos ruidos en el piso, pasos que se acercan. Por fin se abre la puerta y un rostro asoma por el resquicio.

—¿A qué se debe esta visita?

Tiene un cierre de seguridad en la puerta, una cadena gruesa que le divide la cara en dos.

—Vivimos en Titten —dice Vilmer— y tenemos algunas preguntas.

—No compro lotería —dice Grete Brattberg, con voz firme—. No vais a conseguir venderme ni un ovillo de lana.

Sonrío a la cara que se asoma por la puerta.

—Queremos hablar de los viejos tiempos —le digo.

Nos mira, atónita, y cierra la puerta. Después oímos un clic y entonces la abre de par en par. El olor a lo que deben de ser tortitas nos sacude en la cara.

—Me encantan los viejos tiempos —dice Grete Brattberg. De repente se le ilumina el rostro, como si alguien hubiera pulsado un interruptor—. ¡Adelante!

Entramos a un recibidor que es idéntico al de mi casa. Grete Brattberg es más bajita que Vilmer y más delgada que yo. Tiene los ojos castaños y muy vivos y el pelo recogido en un moño alto.

—Perdón por el desorden —dice, y señala al salón, que está lleno de periódicos y papeles tirados por el suelo. Las ventanas están tapadas con pesadas cortinas de color azul oscuro. Un gato negro se restriega contra el sofá—. Se llama Terje —dice Grete Brattberg—. No es un nombre de gato, pero no se me ocurrió nada mejor.

Vilmer se agacha y acaricia a Terje. Miro a Grete.

—Bueno, ¿qué queréis saber sobre los viejos tiempos? —pregunta con entusiasmo, y nos hace un gesto con la mano para que nos sentemos.

Titubeamos. Como si ninguno de los dos pudiéramos empezar por lo importante.

—¿Hace mucho que vives aquí? —pregunto, y Grete asiente.

—Soy de Titten de toda la vida.

—Nos preguntábamos si recuerdas a un conserje que se llamaba Anton Berntzen. Ha pasado ya bastante tiempo.

Grete mira a Vilmer y después me mira a mí. —¿Queréis gofres? —

pregunta de repente y se levanta antes de que nos dé tiempo a responder.

Se va a la cocina y se oye un ruido de platos.

—¡Gofres! —dice Vilmer, y me sonríe—. Huelen muy parecido a las tortitas, ¿verdad?

Grete regresa con una montaña de gofres.

—Anton Berntzen —dice, y nos pasa la mermelada— era un conserje excepcional. Sabía hacer de todo. Y no solo eso, además era amable. Inteligente. Encantador. Y tocaba el acordeón.

Grete se sirve mermelada en un gofre. Come y sonríe.

—¿Y dónde vive ahora?

Grete nos mira muy seria.

—En el cielo, espero —dice en voz baja.

—¿Está muerto?

Grete asiente con la cabeza.

—En los últimos años solo era una sombra de lo que fue. Se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en su apartamento. Creo que le gustaba la poesía. —Dobla un gofre por la mitad y se lo zampa sin parar de hablar—. Recuerdo que se juntó con la guapa. Así la llamábamos. «La guapa». No recuerdo su nombre, solo que era muy melódico.

Vilmer me mira y apoya la mano del anillo en la rodilla.

—Y Anton estaba enamoradísimo —prosigue Grete—. Se paseaba por Titten para presumir de ella. Era alta y delgada, y él era bajito y rechoncho. Hacían una pareja de lo más peculiar.

—¿Y qué pasó? —pregunta Vilmer, impaciente, cuando Grete se queda callada unos segundos. Grete toma aire.

—París —dice con la mirada perdida—. He oído que allí es donde se fue. Consiguió trabajo como modelo. Así son las cosas cuando se es tan guapa. Y entonces dejó a Anton.

Vilmer se acaricia el anillo que al parecer perteneció a una modelo que vivía en París.

—Creo que Anton se pasó el resto de su vida sufriendo por ese amor. —Grete Brattberg me mira y después mira a Vilmer—. Vosotros sois jóvenes e igual no sabéis lo que es enamorarse. Pero puede llegar a hacer mucho daño.

Vilmer resopla y Grete abre los ojos de par en par.

—¿Estás enamorado? —pregunta de repente—. Sé sincero.

Se me encoge el estómago. ¿O es el corazón? Sí, debe de ser el corazón. No me atrevo a mirar a Vilmer a la cara. Miro sus preciosas manos de chico apoyadas en el regazo. El dedo índice de su mano derecha tamborilea inquieto contra una rodilla.

—Creo que no —responde Vilmer.

Habla muy bajito. Me cuesta oír esas tres palabras, a pesar de que está sentado tan cerca de mí que siento su aliento contra la mejilla. Está rojo como un tomate. Se agita nervioso en su asiento.

—Pues el día que lo estés —dice Grete, y señala a Vilmer con el dedo— tienes que tener cuidado. Enamorarse puede ser muy peligroso.

Vilmer asiente con la cabeza. Se le han pegado algunos rizos a la frente. No me mira, pero yo lo miro a él. Le miro el pecho como si tratara de verle el corazón para entender cómo está hecho.

De camino a Solvangtunet para recoger la piscina hinchable, me doy cuenta de que sigo en el Sur. Ayer mismo subí una foto del Blue Lagoon Deluxe y puse que hacía muchísimo calor. Hasta Markus puso un corazón. ¿Y si me encuentro con alguien de clase mientras voy a buscar una piscina para niños con Vilmer? ¿Cómo voy a explicarlo?

Vilmer camina a mi lado, en silencio. Estoy deseando impresionarlo con mis hallazgos, con todo lo que he conseguido encontrar hasta ahora. Espero que no le parezca cutre la piscina de Hello Kitty, y que le gusten la foto del atardecer y la sombrilla roja que no cierra.

Llamamos al timbre de los que regalan la piscina. La casa se parece a la de Mathilde. Es grande y blanca, como la mayoría de las casas de esta zona. La mujer que abre la puerta nos mira extrañada.

—Mi madre me ha mandado a buscar una piscina de Hello Kitty —digo, e intento sonar adorable—. Es para mi hermana pequeña.

La mujer que está al otro lado de la puerta sonríe.

—Está junto al garaje —dice, y señala un tejadillo del que asoma la parte trasera de un coche enorme.

Cogemos lo que parece una bolsa de plástico. Tiro de ella e intento desdoblarla para que Vilmer vea nuestra nueva piscina.

—¡Genial! —dice—. Ya podemos tachar la piscina de la lista.

A Vilmer también le impresiona el rollo de papel pintado. Se le nota en la cara. Lo desenrollamos con cuidado en la acera, para que vea lo bonito que quedará ese atardecer en el Sur. Nuestro Sur. Qué bonita es la arena y qué bonitas son las palmeras que se mecen en la brisa nocturna. Decidimos pegarlo en la pared donde están las luces de Navidad.

—Va a quedar chulísimo —dice Vilmer.

Y me roza el brazo con el suyo y siento el tacto cálido de su piel.

Tenemos que andar un buen trecho para ir a buscar la sombrilla. Vilmer lleva nuestro atardecer y yo la piscina hinchable. El sol se oculta tras una nube. Hace fresco. Una bandada de pájaros sale volando de un árbol, como si ya fueran de camino al sur para pasar el invierno.

—¿Es esa de ahí? —pregunta Vilmer, y señala con el dedo.

Junto a la puerta de un garaje hay una sombrilla tirada en el suelo, como una amanita dada la vuelta. Compruebo la dirección y asiento.

—No se puede cerrar —le explico a Vilmer—. Así que tenemos que llevárnosla así.

Volvemos a casa resguardados bajo la sombrilla roja. La gente nos

mira y sonríe. Les devolvemos la sonrisa y saludamos a todas las personas que nos cruzamos por el camino. Vilmer tiene un color muy bonito bajo la sombrilla roja. Parece que tiene moreno de playa, o incluso que se ha quemado un poco.

Estamos a medio camino cuando lo oímos: un trueno. Fortísimo. Y entonces empieza a llover. Primero, un par de gotas que golpean la sombrilla con un ruido sordo. Después, cada vez con más fuerza, la lluvia retumba contra la tela roja. Nos cobijamos muy juntos bajo la sombrilla. Vilmer protege el rollo de papel pintado para que no se nos estropee la puesta de sol. Se me empapan las zapatillas de lona. Tengo frío en los pies. Truena con fuerza. Hay rayos y relámpagos. Contamos. Uno. Dos. Tres. Nos miramos cuando suena otra vez el trueno, como si alguien estuviera cortando el cielo con una motosierra.

—¿Te da miedo la tormenta? —pregunta Vilmer.

—No —miento.

Nos pegamos el uno al otro bajo nuestro techo rojo hasta que pasa la peor parte, agarrados a la sombrilla los dos. Vilmer apoya una mano sobre la mía. No me atrevo a mirarle a los ojos. El corazón me late muy fuerte, como si la tormenta se hubiera trasladado al interior de mi cuerpo. Estoy segura de que mi cara ya no se distingue de la sombrilla, de lo roja que tiene que estar. El agua salpica y discurre a lo largo de la acera. La sombrilla pesa muchísimo. Y tengo la cara de Vilmer muy cerca. Sus labios, sus ojos, su pelo.

Entonces se hace el silencio. Vilmer asoma la cabeza por fuera de la sombrilla. Seguimos andando. Rumbo al Sur.

Pasamos el resto del día trabajando. Hinchamos la piscina. La llenamos de agua. Decidimos dónde ponerla y colgamos los bañadores y las toallas en una silla, al lado. Sacamos unos vasos con sombrillas de papel de color fucsia. Vilmer lo llama el chiringuito de la piscina.

El papel pintado habría que pegarlo con cola, pero en la caja de herramientas de Anton no hay. Tenemos que usar chinchetas y es muy difícil. Nos subimos cada uno en una silla y vamos de los extremos hacia el centro. Pegamos la parte de arriba casi a la altura del techo y lo desenrollamos hacia abajo. Después, damos unos pasos hacia atrás para admirar la puesta de sol de la pared, tras las luces de colores.

—En serio, es la mejor puesta de sol que he visto en mi vida —dice Vilmer, entusiasmado.

La sombrilla está tan mojada que no podemos llevarla a la playa. La dejamos en la escalera, para que se seque. Miramos nuestra lista y nos damos cuenta de que ya tenemos la mayoría de las cosas.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunto.

Vilmer me mira sorprendido, como si la pregunta que le acabo de hacer fuera la mayor estupidez que hubiera escuchado nunca.

—Relajarnos en el Sur, evidentemente —responde.

Y sonríe.

Me marcho al Sur en cuanto mi madre se va al curso. Todas las mañanas bajo corriendo al patio y, cuando veo el cartel que dice «Bienvenidos al Sur», el corazón me da un brinco y late fuerte y a toda velocidad.

Vilmer siempre está sentado en el sofá rojo, jugando. Y todos los días parece contento de que le interrumpa, aunque le haga perder una vida. Solemos sentarnos juntos en el sofá a hablar un rato antes de decidir lo que vamos a hacer. Y después nos ponemos manos a la obra.

Nos bañamos en la piscina. Es tan pequeña que tenemos que turnarnos, y solo se cabe si te encoges bien. El primero que se baña se queda allí un rato con su Pepsi en vaso alto con sombrilla de papel. Y después cambiamos.

Comemos comida veraniega en la Taberna Sunlight. Pizza o salchichas, porque es lo más fácil de preparar. Y a veces, si no tenemos dinero para comprar nada, comemos pan con queso, pero lo llamamos club sándwich. Vilmer enciende las velas de adviento y hace de camarero.

—¿Un café con leche por aquí? —pregunta, y me ofrece la taza de los juegos olímpicos.

Voy al Spa Paraíso para que Vilmer me haga un tratamiento de belleza. Se ha puesto el vestido blanco de mi madre y ha descargado música tranquila, con flautas de pan y violines.

—Relájate, relájate —dice en voz baja, y moja las bolas de algodón en agua y me las pasa con delicadeza por la cara.

Ninguno de los dos proponemos bailar frente a la puesta de sol a pesar de que es una de las cosas típicas de las vacaciones en el Sur que dijimos que haríamos. Pero es que lo de bailar da demasiado corte, aunque sea cada uno por su lado. Escuchamos la lista de reproducción y nos sentamos en el sofá rojo con vistas a la puesta de sol, pero no bailamos.

No pasamos mucho tiempo en la playa, porque es bastante cutre, pero de vez en cuando hacemos como que tomamos el sol, así, sin más. Me acuesto en la tumbona turquesa de mi madre y Vilmer en la colchoneta amarilla. Cerramos los ojos porque hace mucho sol y de vez en cuando nos quedamos dormidos. Al menos yo sí que me duermo.

—¿Has estado alguna vez en el Sur, Ina? —me pregunta Vilmer un día que estamos allí tirados.

—No —le respondo—. ¿Y tú?

—Sí —me dice—. Una vez.

Me pongo de lado y lo miro. Está bocarriba, con los brazos detrás de la cabeza, ocultos por los rizos. Lleva una camiseta azul claro con publicidad de una tienda de electrodomésticos.

—Pero este viaje me gusta mucho más —dice, y me mira guiñando un ojo, como si de verdad estuviera en la playa y le diera el sol en la cara.

—¿En serio? —le pregunto.

—Sí —responde, y se queda un rato callado. Cierra los ojos—. Porque aquí no hay borrachos.

Por las noches, antes de dormir, miro por la ventana. Miro hacia el edificio F, a la ventana de Vilmer, en la segunda planta. Algunas noches, él me saluda desde su habitación. Yo le devuelvo el saludo, apoyo la barbilla sobre los brazos, como si me quedara dormida y levanto el pulgar, como para decirle que duerma bien.

A menudo pienso en Vilmer antes de dormir. Y muchas veces sueño con él. En mis sueños, siempre lleva una camiseta roja. Es raro que sea roja, porque nunca he visto a Vilmer con una camiseta de ese color.

Hemos hablado de lo que pasará con el Sur cuando acaben las vacaciones. ¿Lo recogeremos todo, ahora que lo hemos puesto tan bonito?

—La gente también va de vacaciones al Sur en otoño —dice Vilmer, y me mira.

No le digo lo que pensaba antes de que empezáramos con esto del Sur. Que Vilmer solo era un amigo con el que pasar el rato porque no había nadie más. Que no vamos a ser amigos cuando acaben las vacaciones. Que lo más seguro es que no hagamos ningún viaje al Sur en otoño.

Hemos decidido que todo lo que se diga en el Sur se queda en el Sur. Como un pacto. Un acuerdo secreto. Tal vez por eso me resulta tan fácil hablar con él. Le hablo de mi madre, que está muy cansada, y de ese estúpido curso. Le cuento que no tenemos mucho dinero, que nos hemos mudado muchas veces y que no tengo amigos. Le cuento todas mis mentiras. Lo de ir a bañarme con María, lo del regalo de Mathilde, lo de las fotos que he subido de mis vacaciones en el Blue Lagoon Deluxe. Vilmer me escucha, sentado en el sofá rojo. No parece que piense que yo sea tonta.

Después, él también me cuenta cosas sobre por qué se han venido a vivir aquí, sobre su padre, que es bueno y bastante divertido, aunque le gusta demasiado la cerveza. Sobre su madre, que se ha ido a vivir a Suecia y ha tenido un hijo con un tal Sture. Hablan por videollamada los martes y los viernes.

Qué raro que Vilmer solo vaya a ser mi amigo este verano. Ya no estoy tan segura de eso. Tampoco quiero pensar en ello. Solo me apetece estar en el Sur. Tirarme en la tumbona, comer en el chiringuito, mirar el atardecer. Con él. Estar con Vilmer es como estar con un amigo. Puede que un mejor amigo. Puede que algo más.

He perdido la cuenta de los días de vacaciones que han pasado. He dejado de contar las horas. Los minutos. Los segundos. El mejor momento del día es cuando llego al Sur y veo a Vilmer en el sofá rojo, cuando se vuelve hacia mí y sonríe.

Pero esta mañana no está allí sentado. Está de espaldas, frente al escritorio, intentando abrir el cajón cerrado, con una herramienta en una mano, una especie de palo con un gancho en la punta.

—Hola —me dice.

Se vuelve hacia mí y sonríe. Hoy también lleva la camiseta del zoo. La que llevaba la primera vez que lo vi. Esa vez me pareció fea. Ahora me gusta el tono de verde.

—Hoy voy a abrir este cajón sí o sí —dice sin aliento, blandiendo la herramienta—. Ya he asumido que no voy a encontrar la llave.

Apoya la parte de arriba del palo contra el cajón del escritorio y hace palanca. La madera cruje y el cajón se abre un poco. Me acerco a él, agarro la herramienta y le ayudo a hacer fuerza. Y entonces, con una sacudida, el cajón se abre y nos caemos de espaldas.

El cajón está casi vacío. Vilmer parece decepcionado. Saca de él un sobre y un cuaderno rojo.

Nos llevamos el modesto botín y nos sentamos en el sofá. El sobre está abierto y la dirección, tachada con un bolígrafo negro. Vilmer saca la carta con dedos ansiosos, desdobla la hoja en la que hay un par de frases anotadas. Las letras están torcidas.

—*Querida Frida* —lee Vilmer—. *He visto tu foto y he leído sobre ti en el periódico*. —El resto del texto está tachado. Vilmer da la vuelta a la hoja y lee las partes que aún se pueden comprender—. *Pienso en ti. Muchísimo. Te amo. Demasiado. Todos los días. Me arrepiento. Volver a casa. Mi amor.*

—¡Es una carta de amor!

Miro a Vilmer. Los rizos, sus ojos bonitos.

—Pero no la ha enviado —dice, y me enseña el sobre—. No tiene sello.

Cojo el cuaderno rojo que también estaba en el cajón del escritorio. Cruje ligeramente cuando lo abro. Un papel asoma en el medio. Lo saco. Es una fotografía de una mujer con media melena oscura, ojos marrones y una peca en una mejilla. Parece que la ha hecho un fotógrafo. Ella sonríe con sus dientes blancos y rectos.

—¡La guapa! —exclama Vilmer, y me mira—. Frida.

El cuaderno rojo está lleno de poemas. Los ha escrito Anton. Algunos tratan sobre atardeceres y pájaros y las olas del mar. La mayoría tratan sobre Frida.

Leemos algunos poemas en voz alta. Nos da un poco de vergüenza, porque son malos y porque son de amor. Intentamos no reírnos, porque los ha escrito Anton y nos da mucha pena, pero a veces es difícil aguantarse. Anton compara a Frida con un guiso con ingredientes increíbles, sorprendente, suave y delicioso. Dice que es tan interesante como una caja de herramientas.

—Menos mal que decidió ganarse la vida como conserje —murmura Vilmer.

Ponemos la foto de Frida en la pared. La miramos durante un buen rato. Es muy guapa y sonríe mirando nuestro paraíso mediterráneo.

—Entiendo perfectamente que Anton se enamorase de ella —dice Vilmer, y me mira. Y yo siento calor en las mejillas. El rubor, el cosquilleo —. Y pensar que han estado aquí los dos —prosigue, soñador—, justo aquí donde estamos nosotros. Y estaban enamorados. Y se besaban y todo. ¿Te lo imaginas, Ina?

Vilmer me mira. Él también está colorado. Me apresuro a mirar algo en el móvil.

—Me pregunto si Frida seguirá viva —digo, y tecleo a toda velocidad.

Me alegro de tener algo que hacer, ahora que estoy colorada y me muero de la vergüenza. Me meto en Google y busco: *frida + modelo + parís*. No obtengo ningún resultado. Pruebo con la combinación: *compromiso 1962 + Frida + Anton Berntzen,* pero no aparece nada.

—Si al menos supiéramos cómo se apellida... —digo.

Nos quedamos mirando la foto de la guapa. Frida a secas. El gran amor de Anton.

—¿Te acuerdas de lo del bungaló? —me pregunta Vilmer, justo cuando estoy a punto de irme a casa.

Es como si de repente no quisiera que me fuera, porque me para junto a la puerta.

—Pues se nos ha olvidado que aquí debería haber un bungaló —me dice. Asiento con la cabeza. Hacía mucho que no pensaba en eso. Y nos hace falta si queremos dormir aquí una noche. —Me mira como si estuviera esperando una respuesta—. Podríamos quedarnos a dormir. Si tú quieres. Pero igual nos haría falta tener un bungaló.

Es imposible meter un bungaló aquí.

—Podemos dormir en el sofá —le digo. Y enseguida pienso en mi madre. No le puedo decir que voy a pasar la noche en el piso del conserje, en el patio. Se volvería loca—. Y uno de los dos puede traer un colchón y dormir en el suelo —prosigo, como si ya se me hubiera

olvidado lo que acabo de pensar.

—Sí —dice Vilmer, entusiasmado—. Yo puedo traer el colchón y tú puedes quedarte con el sofá. —Me mira. —¿Mañana?

—Puede —respondo.

Algo ha cambiado. Lo siento en el pecho, justo debajo del corazón. O dentro de él.

¿Qué me pasa con Vilmer? Quiero ponerme su camiseta, sentarme a su lado, muy cerca de él, en el sofá, oír su voz y su risa, mirarle la espalda cuando sale de la Taberna Sunlight para traerme una Pepsi.

Mamá me llama. La cena está casi lista. Le digo que ya voy, pero me quedo sentada. Pensando. Me pican las mejillas. Una ola de calor me recorre el cuerpo.

El vecino más molesto del mundo. Quiero acariciarle el brazo y darle la mano, como hacen los novios.

Madre mía. Me levanto de un salto de la cama. Vilmer es un amigo que no necesito. Necesito amigos que sumen, no que resten, y Vilmer nunca será uno de esos amigos que son populares, como Markus. Es demasiado raro, lleva camisetas cutres y no sabe comportarse en público. Dice lo que le apetece sin importarle lo que la gente piense de él. Yo iba a pasar las vacaciones con Vilmer porque no tenía nadie más con quien estar. Iba a ser un amigo de verano, de esos que se olvidan cuando terminan las vacaciones. Así es como se suponía que iban a ser las cosas.

Mamá ha encendido unas velas y ha puesto un mantel. Hay flores en un jarrón.

—Pues ya está —dice, y me sirve un refresco—. No serán unas vacaciones de ensueño, pero las disfrutaremos todo lo que podamos.

No digo nada. Vacaciones de ensueño. Antes de que empezara el verano yo tenía muy claro lo que eso significaba. Ahora lo veo de otra manera.

—Pero se te da muy bien entretenerte sola —añade—. A la abuela también se lo parece. No hay que preocuparse por ti y eso me hace sentirme muy orgullosa. —Corta la pizza con energía. Coge una porción y me la pone en el plato. El queso fundido rebosa por el borde—. Por cierto, Ina —dice, después de sentarse—, una compañera del curso me ha invitado a su casa mañana por la noche. —Sonríe, insegura—. Para tomar unos vinos. Pero no sé qué hacer. Puede que se nos haga tarde, porque me ha dicho que vaya a las ocho.

Mamá parece una niña de siete años que quiere comprar chuches un día de diario. Como si de repente la adulta fuera yo.

Tardo unos diez segundos en entender lo que me está diciendo.

Cuando me repongo del sobresalto de que mi madre haya hecho una amiga, la haya invitado a su casa y parezca feliz por una vez en la vida, comprendo la oportunidad que se presenta ante mí.

—Creo que deberías ir —digo, y me concentro para no parecer demasiado entusiasmada—. Suena divertido.

—¿Verdad? —responde—. Es muy simpática. Se llama Janne. Pero vive un poco lejos de aquí.

No se ha puesto el chándal, está sentada a la mesa con ropa de calle. Bastante bien vestida. Lleva una camisa blanca, unos pantalones azules y unos pendientes grandes de plata. Me sonríe, insegura, y entonces se lo digo.

—¿Y si me quedo a dormir en casa de María? —propongo, pensando en Vilmer—. Ha preguntado a sus padres y le han dado permiso para invitarme.

A mamá se le ilumina el rostro.

—Claro —dice, aliviada—. Me parece estupendo. Qué bien, Ina. Fenomenal.

—Genial —le digo—. Así te puedes olvidar un poco de mí, además.

—Claro —dice mi madre, y me coge de la mano—, aunque yo nunca me olvido de ti, mi niña.

¡No me puedo creer lo bien que me ha salido la jugada! Me tiro en la cama con el móvil y pienso en cómo voy a decírselo a Vilmer. Tecleo distintas cosas. «Mañana puedo». «Me quedo a dormir». «Mi madre me ha dicho que sí». Pero lo borro todo después de escribirlo. Y al final le mando un pulgar levantado y la palabra bungaló.

Mamá me ha dado dinero, algo que casi nunca ocurre, pero ahora tengo cien coronas con las que comprar algo para mí y para María. Así de contenta está de poder irse a beber vino a casa de Janne.

Voy al súper y compro gominolas y una bolsa de bolitas de queso. Vilmer ha dicho que va a conseguir más pizza. También ha comprado Pepsi. Casi todo lo que necesitamos.

No me atrevo a llevarme el edredón. Sería raro que en casa de María no tuvieran un edredón para dejarme y mi madre volverá a casa de noche y se dará cuenta de que me he llevado el mío, así que escribo a Vilmer y le pregunto si me puede llevar uno.

Me laten las sienes cuando bajo al patio, como si hoy todo fuera distinto. No es un día cualquiera en el Sur. El parque, los tendederos, el trocito de césped, los edificios amarillos, todas esas cosas tan feas hoy parecen bonitas de repente. El barrio de Vomitten ha cambiado.

Me quedo parada frente a la puerta y sonrío mirando el cartel que nos da la bienvenida. También es distinto. Vilmer ha añadido una frase: «El paraíso de Frida y Anton», pone con rotulador azul.

Vilmer está sentado en el sofá rojo y, como siempre, está en medio de una partida. Teclea como un loco, con dedos firmes y decididos. Parece que esté intentando cargarse el teléfono. Hoy lleva una camiseta roja. ¿Qué tiene eso de especial? ¿Por qué me pongo colorada solo porque se haya puesto una camiseta roja por casualidad?

—Hola —le digo, aunque sé que a Vilmer no le gusta que lo sobresalte.

Sigue jugando, pero poco después me responde.

—¡Ay! Me he muerto.

Se da la vuelta y sonríe, y yo no sé qué decir, así que no digo nada. Me quedó ahí plantada, mirando con cara de tonta a mi amigo de verano, con su camiseta roja y sus rizos despeinados. Yo también sonrío. Y entonces me doy cuenta de que normalmente me siento a su lado, y eso hago. Y nos quedamos en el sofá rojo durante un buen rato, sin hablar. Le sienta genial el rojo.

Vilmer también parece distinto. Al principio no dice nada. Luego se pone a hablar sin parar de un montón de cosas muy poco interesantes, y después se vuelve a quedar en silencio. Cuando lo miro, aparta la mirada.

Hacemos cosas típicas del Sur, como siempre. Calentamos una pizza y comemos en la Taberna Sunlight. Aunque estamos llenísimos, nos comemos una bolsa entera de bolitas de queso. Vilmer se tumba en la colchoneta amarilla y yo en la tumbona. Creo que nos quedamos dormidos, al menos yo sí, porque me sobresalta un ruido. De repente oigo que algo pita y vibra, y me incorporo en la tumbona.

Mi móvil está tirado en el suelo, en la playa. Se ilumina. Veo un mensaje en la pantalla, así que me agacho a mirar.

¡Es de Mathilde! Nunca me había mandado un mensaje a mí sola. Escribe cosas y sube fotos al grupo de la clase, claro, pero esto es un mensaje de texto y es solo para mí.

«¿Sigues en el Sur? ¿Qué tal te va?». También me ha mandado un emoji sonriente que guiña un ojo.

—Mira esto —le digo sorprendida a Vilmer.

Se levanta de la colchoneta amarilla y se acerca a mí. Se agacha para leer el mensaje. Sus rizos me hacen cosquillas en la cara.

—Qué raro —me dice—. ¿Sois amigas?

Niego con la cabeza.

—No le caigo nada bien. De hecho, somos lo contrario a amigas.

Qué raro lo de Mathilde y Regine y Markus y compañía, que normalmente me parecen tan importantes. Normalmente pienso mucho en ellos y me dan miedo y, al mismo tiempo, quiero ser su amiga. Últimamente ya no pienso nunca en ellos, pero ahora es como si volvieran a aparecer de la nada, y vuelvo a sentir lo mismo que antes.

Me quedo unos segundos pensando qué responder. ¿Cuánto tiempo dije que iba a pasar en el Sur? Hace apenas dos días desde que subí la foto del cocinero del gorro blanco frente al enorme bufé y escribí que tenía todo lo que podría desear. Markus puso un corazón. Mathilde y Regine también. Puedo decir que sí, y que me lo estoy pasando bien. No hace falta que entre en detalles. Y en realidad estoy en el Sur, lo que pasa es que es un Sur distinto al que Mathilde conoce.

Antes de que me dé tiempo a pensar nada más, le doy a enviar. «Sí», pone el mensaje. Y después hay un emoji sonriente que no guiña el ojo.

Unos cinco segundos más tarde, vuelve a sonar el teléfono.

«Mándanos una foto, entonces. ¡Pero que salgas tú!», dice, esta vez sin emojis.

—¿Y ahora qué hago? —le pregunto a Vilmer.

Me mira.

—Dame el móvil —me responde con aplomo.

Le obedezco a regañadientes. No me apetece que se le ocurra algo creativo. No entiende lo importantes que son Mathilde y Regine. Le da lo mismo.

—Ponte ahí —me dice.

—¿Aquí? —le pregunto, y me acerco a la puesta de sol.

Vilmer estira los brazos y observa la pantalla.

—Perfecto —dice—, pero tienes que cambiarte de ropa.

Enseguida entiendo a lo que se refiere y cojo el bañador que está junto a la piscina de Hello Kitty. Me voy al *spa*, me cambio y vuelvo a posar frente a la puesta de sol.

—Parece de verdad —dice Vilmer y hace una foto tras otra—. No se van a dar cuenta de que es falsa.

Mandamos dos fotos de la puesta de sol en playa de arena blanca, conmigo sonriendo en bañador frente a unas palmeras levemente inclinadas por el viento. «El Blue Lagoon Deluxe es un paraíso», escribo.

Y después me apresuro a apagar el móvil antes de que a Mathilde le dé tiempo a contestar.

Es una noche cálida y bonita de verano. Una noche de ensueño. Tenemos que abrir el ventanuco para que entre algo de aire. Abrimos también la puerta y nos sentamos en las escaleras, recostados contra el muro caliente. Pienso en mamá, que está bebiendo vino en casa de Janne. Seguro que se lo está pasando bien. Tal vez esté a punto de convertirse en una madre que sea capaz de enfrentarse a las cosas.

Todo está en silencio y hace bochorno. Puede que haya tormenta. Miro a Vilmer, con su camiseta roja. Estoy muy contenta. Mi rodilla roza la suya. Su piel, contra la mía.

Lo que más me gusta de Vilmer es que podemos estar sentados así, sin más. En silencio. Sin que me dé vergüenza. Y también podemos volver a hablar, como hace él cuando llevamos un buen rato sentados, rodilla con rodilla.

—Oye, ¿cuánto queda para que terminen las vacaciones? —pregunta. Yo, que solía tener muy presentes las horas y los minutos y los segundos que quedan para que empiecen las clases, no tengo ni idea—. Se me han pasado volando —me dice, cuando se da cuenta de que no tengo una respuesta a su pregunta.

—Y a mí —digo, y pienso en el día que mi madre me contó lo del curso y pensé que me pasaría el día metida en casa, aburridísima. Qué distinto ha sido. Y todo gracias a Vilmer.

Entramos cuando empieza a hacerse de noche. Escuchamos la lista de reproducción de Vilmer. De repente, se levanta del sofá y se pone de pie en medio del salón. Empieza a moverse frente a la imagen del atardecer. De un lado a otro, con movimientos raros y flexibles al ritmo de la música. ¿Está bailando?

—Está en la lista —dice, cuando se da cuenta de que me estoy riendo.

Y entonces me tiende un brazo para invitarme a bailar frente a la puesta de sol.

Lo que más me gusta de Vilmer es que podemos bailar frente a la puesta de sol sin que me dé demasiada vergüenza. Hacemos el tonto y nos reímos. Nos movemos con torpeza y cantamos a pleno pulmón. Vilmer intenta hacer un espagat. Yo doy pasos de ballet y hago piruetas. Nos ponemos a dar saltos y nos volvemos locos.

Hasta que suena una balada que habla del corazón y del amor y del dolor.

—Ahora creo que tenemos que hacer así —dice Vilmer, y abre mucho los brazos.

Me acerco a él y me abraza como un pulpo. Me envuelve con los brazos y se acerca tanto que vuelvo a sentir que se me acelera el corazón. Y bailamos como bailan los adultos. Despacio, de un lado a otro, sin hablar y sin hacer el tonto. Vilmer tiene unos brazos cálidos y agradables. Todo es cálido y agradable.

Nos lavamos los dientes en el Spa Paraíso antes de acostarnos. Vilmer ha traído un edredón y una sábana, pero se le han olvidado el colchón y el saco de dormir, así que decidimos que dormiremos juntos en el sofá rojo.

Nos tumbamos muy quietos cada uno en un extremo del sofá. Sus pies contra los míos. La sala está casi a oscuras. Un haz de luz se cuela por la ventana y divide el Sur en dos.

—Vilmer —digo.

—¿Qué?

—¿Estás dormido?

Es una tontería preguntarle si está dormido a alguien que te acaba de responder.

—¿Pasa algo? —pregunta, y se da la vuelta.

Me quedo pensando en lo que le quiero preguntar. Me da miedo preguntárselo.

—Cuando fuimos a casa de Grete Brattberg —titubeo, y hago una pausa— dijiste que creías que no estabas enamorado de nadie.

Se hace el silencio.

—¿Y? —dice Vilmer, demasiados segundos más tarde.

Me incorporo para mirarle a la cara. Se me hace raro hablar de cosas tan serias tumbados en direcciones opuestas en un sofá. Vilmer está tumbado de lado, con la cara enterrada en una almohada. Apenas se le ve.

No soy capaz de seguir. No tengo ninguna palabra clara en la mente. Al menos no encuentro ninguna que pueda utilizar. Pasan varios segundos. Si fuera la de siempre los habría contado, pero hace ya bastante tiempo que no lo soy. Hace tiempo que soy otra persona.

—Creo que no le dije la verdad.

Vilmer sigue tumbado en la misma posición. Tiene los ojos cerrados y parece que habla en sueños.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, en voz baja.

Vilmer se tapa la cara con el brazo, de manera que me resulta aún más difícil verlo.

—Que era mentira —me dice.

Trago saliva. ¿Qué quiere decir con eso? Le golpeo suavemente los pies para que reaccione. Tiene que explicarme qué quiere decir. No me gustan los acertijos. Los odio. Sobre todo los relacionados con temas importantes.

—Creo que ahora sí que estoy enamorado.

Vilmer se incorpora y me mira con sus ojos amables y redondos, como los de un labrador. Me late el corazón, no el estómago. Mucho y muy fuerte.

Qué a gusto se está en el Sur. Qué silencio. Vilmer saca la mano de debajo del edredón y la apoya sobre la mía. Entrelazamos los dedos. Él no me pregunta si yo estoy enamorada de alguien, pero creo que se me nota. Tal vez se vea en la piel que me tapa el corazón o en el rubor de las mejillas o en los labios, que lo único que saben hacer es sonreír.

—Me gustas mucho —susurra Vilmer.

Y me pongo tan roja como todas las camisetas rojas del mundo.

Se sienta muy cerca de mí y nos quedamos así, muy juntos, sin decir nada, respirando en silencio. Él apoya la cabeza en mi hombro. Sus rizos me hacen cosquillas en el mentón. Y entonces ocurre. En un solo movimiento. Nos besamos. Nos abrazamos. Siento su aliento cálido en la mejilla. Tiene los labios suaves. Huele a Vilmer. Huele bien.

Nos dormimos juntos en el sofá. Siento el aliento de Vilmer en la oreja y su mano en la espalda. Pienso en un montón de cosas antes de quedarme dormida. En los besos. En el baile frente a la imagen del atardecer. En la foto que le mandé a Mathilde. En mi madre en casa de Janne. En María, con quien se supone que me he quedado a dormir. En un verano de ensueño. Y en lo que ocurrirá cuando acaben las vacaciones.

Cuando me despierto al día siguiente, Vilmer no está en el sofá. Hace frío y oigo que está lloviendo fuera. Me estiro y me palpo el cuerpo, como si de repente hubiera cambiado por completo. Los músculos y las articulaciones. La piel. El pelo y las uñas. Me paso el dedo índice por los labios. Los tengo ásperos. Se me han cortado en algunas partes y tengo pieles muertas. ¿Será por los besos?, pienso, y la pregunta me hace sentir un cosquilleo que me llega hasta los dedos de los pies. Es como si se me hubiera soltado algo dentro del estómago y estuviera golpeándome las entrañas. Me late tan fuerte el corazón que tengo que ponerme de lado. Cierro los ojos y siento que me late el cuello. Tengo el cuerpo dolorido por haber dormido encogida. Dos cuerpos en un sofá.

¿Dónde estará? Me incorporo y entonces lo oigo. Está preparando algo en la Taberna Sunlight. Huele bien.

Cojo el móvil, que está tirado en el suelo. Lo enciendo y espero. La pantalla tarda una eternidad en iluminarse. Me siento en el sofá, impaciente. Oigo un tintineo de vasos en la cocina.

Y entonces lo veo.

Alguien me ha llamado. Doce veces. ¿Qué habrá pasado? Pulso en el icono del teléfono verde para comprobarlo. ¡Es Mathilde! ¡Me ha llamado doce veces! Me duele el estómago. Los labios se me secan todavía más. Se me encogen los músculos. ¿Por qué me habrá llamado tantas veces Mathilde? Nunca me había llamado antes.

Vuelvo a la pantalla principal y veo un siete en el icono de los mensajes. Dudo un par de segundos antes de entrar a mirar.

«Estamos yendo a tu casa. Que lo sepas».

Me pongo de pie. Con el móvil en la mano. Lo agarro como si fuera un arma, algo peligroso. Lo que más me apetecería es lanzarlo lejos. Dejar que explote contra una pared, como una granada. Lejos, para hacerme el menor daño posible. Pero me pesa en la mano. No me atrevo a tirarlo. Vienen de camino. ¿Qué está pasando?

Leo los mensajes anteriores. No consigo leerlo todo. Solo veo palabras que destacan en los bocadillos verdes de Mathilde. «Lo sabemos todo. Mentirosa». Sigo subiendo. Hasta la foto que le mandé a Mathilde ayer. Cuando la veo, siento un pinchazo en el pecho. Ahí estoy yo, en bañador, frente a la imagen del atardecer. Nuestro atardecer. Porque es mío y de Vilmer. De repente me parece cutre. Me parezco cutre. Lamentable con mi bañador infantil, frente a la puesta de sol que no es más que un rollo de papel pintado. De repente soy Ina, la antigua

Ina. Todo vuelve a ser como antes. De repente vuelvo a tener miedo. Miedo de Mathilde y de Regine y de Markus. De los grupitos en el patio del colegio. De los cumpleaños y las vacaciones y todas las situaciones en las que tengo que fingir o mentir. De todo lo que pueden descubrir si buscan lo suficiente.

«Sabemos que no estás en el Sur».

Me quedo mirando el primer mensaje. Me lo mandó justo cuando apagué el teléfono, justo después de la foto frente al atardecer.

«¿Por qué mientes?».

Me pitan los oídos. Tengo un nudo en la garganta. La cabeza, pesada y caliente.

«Regine y yo hemos ido a tu casa a buscar mi regalo de cumple y tu madre nos ha dicho que te habías quedado a dormir en casa de María».

Pestañeo rápido antes de continuar.

«María, que es tu mejor amiga y que va a nuestra clase. Ja, ja, ja».

El corazón. Nunca me había latido tan rápido. Me muero. Se me va a salir del pecho. Me pongo de pie de un salto. Se me llenan los ojos de lágrimas, pestañeo para que se vayan, pero no sirve de nada.

«No le hemos dicho nada a tu madre, pero lo vamos a hacer. No se merece tener por hija a una mentirosa como tú».

«¿Dónde estás?».

«¡Coge el teléfono!».

Y después el último mensaje.

«Estamos yendo a tu casa. Que lo sepas».

Me tiembla el brazo con el que sostengo el teléfono. Me tiemblan las piernas. Casi no soy capaz de mantenerme en pie. El último mensaje me lo enviaron hace diez minutos. Se tarda quince minutos en llegar a Titten desde casa de Mathilde.

Me pongo de un salto los pantalones cortos, que están hechos una bola en el suelo. Me quito la camiseta del pijama y me pongo la camiseta de tirantes que llevaba ayer. Me subo la cremallera mientras busco las zapatillas. ¿Dónde están?

De repente, Vilmer aparece en el salón.

—¡A desayunar! —dice, muy animado, con un plato de huevos con bacon en cada mano.

Lleva la camiseta más cutre de la historia. Es azul clarito y ajustada y tiene una foto gigante de Elsa y Anna de Frozen que pone *Sisters for life* en el pecho. Está sonriendo. Lo miro durante diez centésimas de segundo, pero es suficiente. De repente vuelve a ser Vilmer, el antiguo Vilmer. El del diente torcido y las cero habilidades sociales. El que dice sin rodeos que su padre está arruinado y que no va a irse de vacaciones a ningún sitio. El del último día de clase y el cumpleaños de Mathilde. El

vecino chiflado que tira piedras a la ventana de gente que no conoce. No puede ser cierto que haya dormido con él, que nos hayamos besado, que hayamos pasado horas jugando juntos como dos niños pequeños. Ahora me acuerdo de todo lo de antes, porque Mathilde y compañía están de camino. Y que lleguen y me descubran aquí es lo peor que se me ocurre.

—No puedo seguir jugando contigo —le digo a Vilmer, con el teléfono en la mano—. ¿No te das cuenta de que es absurdo? Qué infantil, pasarse el día jugando —exhalo un suspiro. A Vilmer se le ensombrece la mirada—. ¡Vete a casa! ¡Ahora mismo! Se acabó el juego. ¡Se acabó!

Y entonces corro hacia la puerta, la abro y subo los escalones de dos en dos. Salgo al patio. Llueve. Paso corriendo por la caja de arena y los tendederos y el trocito de césped. Me sabe la boca a sangre. No hay nadie frente al edificio A. Corro hacia la entrada del barrio. Me paro bajo el cartel que da la bienvenida a Vomitten. Cojo el teléfono y llamo. Mathilde no responde. Le envío un mensaje.

«No se lo digáis a mi madre. Os lo contaré todo».

Las veo al final de la calle tres minutos después de mandar el mensaje. Ya no me sabe la boca a sangre. Vuelvo a respirar. Espero que no se note que he estado llorando. Intento sonreír. Intento trazar un plan. Pero allí vienen. Mathilde y Regine. Con pasos firmes y decididos. Se acercan a la entrada, se detienen y miran el cartel que da la bienvenida a Vomitten. Me miran muy enfadadas. Soy la presa que acaba de confesar. Han venido a detenerme.

—¡Hola! —digo, e intento sonreír—. ¿Qué tal las vacaciones?

No me responden.

—Te has metido en un buen lío, Ina —dice Mathilde—. ¿Por qué mientes tanto?

La miro. No sé qué responder. Sé cuál es la respuesta, pero no se la puedo decir. Bastante pequeña me siento ya. No me hace falta humillarme aún más.

—Pasamos por aquí ayer y vimos que las ventanas de tu piso estaban abiertas, así que se me ocurrió ir a buscar mi regalo. Le preguntamos a tu madre si lo habíais pasado bien en el Sur y nos dijo que habíais estado en casa todo el verano —prosigue Mathilde.

—Entonces te mandamos un mensaje y te preguntamos si te lo estabas pasando bien en el Sur, solo para ver qué nos respondías —interviene Regine—. Y seguiste mintiendo —dice, casi sin aliento—. Nos has mentido a toda la clase —prosigue, enfadada—. Las fotos que has subido son falsas.

—Y tu madre cree que estás en casa de una tal María —dice Mathilde.

Me miran como dos policías en un interrogatorio. ¿Por qué les importa tanto?

—Me da mucha rabia la gente que te mienta a la cara —dice Regine, como si me leyera el pensamiento.

—¿Dónde has estado en realidad?

Vuelvo a sentir un sabor a sangre en la boca, aunque ya hace un buen rato que he dejado de correr.

—¡Dinos la verdad! Ayer estuvimos a punto de llamar a la policía.

Cruzo los dedos tras la espalda, a pesar de que sé que no sirve de nada. Nada sirve de nada ahora mismo.

—De alguna manera sí que he estado en el Sur —susurro, y me arrepiento en cuanto lo digo.

—¡¿En serio?! —preguntan Mathilde y Regine a coro.

Las miro. No hay solución. Diga lo que diga, ellas salen ganando.

—Fue Vilmer —me oigo decir—. El nuevo. —Señalo al edificio F—. Vive allí y empezamos a hablar y se inventó una cosa.

Hablo en voz muy baja. No digo nada más. Me miran con curiosidad.

—¿Qué se inventó? —pregunta Regine.

No le respondo.

—¿Hola? —insiste.

—Se inventó el Sur —murmuro. Y justo en este momento me doy cuenta de que tengo los calcetines mojados, porque he salido corriendo sin zapatillas, y tengo frío—. He estado con él porque no tenía otra cosa que hacer. —Poco a poco voy hablando más alto—. Encontró un apartamento vacío. Era del conserje —digo, porque comprendo que tengo que contárselo—. Y allí ha construido el Sur. Con una piscina y tal.

Me miran con los ojos como platos.

—¿Piscina?

—Es un chico rarísimo —digo, y me fijo en que de repente sonríen. Como si acabaran de confirmar una sospecha—. Muy infantil —añado. Mathilde y Regine se miran—. Juega a que está de vacaciones en el Sur. Ahí abajo —digo, y señalo al sótano.

—Enséñanoslo —dice Mathilde, y echa a andar—. Si no, le contaremos a todo el mundo que has mentido.

Pasamos por delante de las barras para trepar y del cajón de arena y del trocito de césped. Hay un hombre hablando solo junto a los tendederos. Se tapa la cara con las manos y no para de dar voces.

—No había pasado por aquí nunca —susurra Regine—. Es feísimo.

—A ver, por algo lo llaman Vomitten —responde Mathilde.

Mis calcetines chapotean contra el asfalto. Me estoy helando, con los pantalones cortos y la camiseta de tirantes. Me duelen los ojos de aguantarme las lágrimas y me muerdo el labio inferior. No puedo echarme a llorar ahora.

Llegamos al fondo del patio.

—Aquí es —digo, y señalo a la escalera—. Allí abajo.

Mathilde y Regine bajan muy juntas las escaleras, como si tuvieran que protegerse de los peligros que pudieran acecharles al otro lado de la puerta del sótano.

Pienso en Vilmer, que no tiene ni idea de esto, que había hecho huevos fritos con bacon. Siento un pinchazo en el pecho y vuelvo a morderme el labio inferior, porque vuelvo a ser la antigua Ina, asustada e insegura.

Mathilde y Regine ven el letrero que da la bienvenida al Sur.

—¿Quiénes son Frida y Anton? —pregunta Mathilde, y se echa a reír.

No respondo. Seguro que la historia de amor y desamor del antiguo conserje les parece una tontería.

La puerta está cerrada, pero Vilmer me ha enseñado a abrirla. Basta con hacer palanca en la cerradura con una moneda o con cualquier otra cosa rígida. Tengo una moneda en el bolsillo y hago palanca hasta que la cerradura cede. Abro la puerta y las invito a pasar al Sur, que está vacío y en silencio. El olor a bacon me hace cosquillas en la nariz. Tengo hambre.

—¿Hola? —exclamo.

No hay respuesta. Vilmer debe de haber hecho lo que le he pedido: irse a su casa. Por suerte no está aquí con su camiseta cutre cuando entran Mathilde y Regine.

Están junto al sofá, boquiabiertas. Miran a su alrededor, señalan, se ríen, susurran. Todos los secretos salen a la luz.

—Pero, ¿qué es este sitio? ¿De qué va todo esto?

Miran la piscina hinchable rosa de Hello Kitty, la arena tirada por el suelo, las dos tumbonas, mi bañador y el de Vilmer colgados, secándose. Miran la puesta de sol y las luces. La sombrilla roja. Miran el cartel del Spa Paraíso, donde los sueños se hacen realidad.

—Madre mía, qué grima.

Soy la antigua Ina. Veo las cosas con otros ojos, los de Mathilde y Regine. Es patético. Todo. Todo este estúpido lugar que hemos construido. ¡El Sur, ni más ni menos! Desde el principio he sabido que todo esto era infantil, aunque me pareciera divertido. Las bebidas con las sombrillas de papel siguen en la mesa. Parece que ha pasado un siglo desde ayer. No se oye ni un ruido.

—¿Aquí es dónde te hiciste esa foto? —pregunta Mathilde.

Asiento con la cabeza. Tengo muchas ganas de llorar, pero ahora no puedo. Ya lloraré después.

—Todo fue idea de Vilmer —digo, y noto que se me quitan las ganas de llorar.

Siento que los músculos se tensan de una forma completamente nueva, que soy más fuerte. No tengo más remedio que esconderme tras una especie de escudo, de armadura. Señalo la piscina y las bebidas con las sombrillas de papel, las tumbonas y la sombrilla roja y el horrible rollo de papel pintado.

—La encontró en internet —digo, y me echo a reír. La risa me ayuda a sentirme mejor.

Pongo los ojos en blanco. En realidad sí que fue idea de Vilmer, al menos al principio. Fue él quien quiso que convirtiéramos el antiguo piso del conserje en el Sur. Fue él quien abrió la puerta y empezó a pasar el rato aquí.

—Yo solo venía de vez en cuando —miento.

—Tiene una pinta de friki... —dice Regine, y yo asiento.

—Es un friki total —le confirmo.

De repente, somos nosotras contra Vilmer. Ya sabía yo que él no podía encajar.

—Es un amigo de verano, sin más —añado, porque todo está saliendo mejor de lo que yo creía—. Uno de esos amigos que solo se tienen en verano porque no hay nadie más con quien estar.

Parece que entienden a qué me refiero. Seguro que ellas también han tenido amigos de verano, porque han estado muchísimas veces de vacaciones. Y eso es lo que yo había pensado, que Vilmer solo sería mi amigo durante las vacaciones. No tenía planeado pasar tiempo con él cuando empezara el colegio y volviera todo el mundo.

—Y creo que no está nada a gusto en casa —digo—. Porque se pasa todo el día aquí metido.

Me miran con curiosidad. Parece que quieren que les cuente más cosas. Especialmente sobre Vilmer. No les interesa que les hable de mí o de mis mentiras.

—Cuéntanos —dice Regine, entusiasmada.

—Creo que su padre bebe bastante —digo, y pienso en lo que me contó Vilmer sobre la única vez que se fue de vacaciones al Sur—. Y su madre los ha abandonado y ha tenido un hijo con otro hombre en Suecia. Solo habla con ella por videollamada.

Me miran. Quieren más. Todavía más. Son insaciables.

—Es pobre —digo—. Hereda la ropa de su padre. Camisetas feas y bermudas que siempre le quedan demasiado grandes. Y tiene un móvil supercutre. Se le acaba la batería cada cinco minutos y hace unas fotos malísimas.

Se ríen. Me miran como si yo fuera la cómica del momento. Respiro hondo y me lleno de aire.

—Y solo ha estado en el Sur una vez en su vida —prosigo—. Y su padre se pasaba el día borracho, así que tampoco es que fueran unas vacaciones de ensueño.

Mathilde y Regine se miran boquiabiertas. Solo ha estado en el Sur una vez. ¿Y el resto de las vacaciones de verano y de Pascua y de invierno y de otoño? ¿Cómo es posible?

—Madre mía —dice Mathilde—. Es patético.

—Ya —respondo.

Y siento un pinchazo en el pecho.

Se quedan calladas. Se acabó mi discurso. La cómica ha salido de escena. Vuelvo a tener miedo.

—Siento haberos mentido —les digo, y me convierto en un perrito faldero que pide cariño y mueve la cola. Si me tirasen un palo, iría corriendo a buscarlo y se lo traería.

Mathilde y Regine se miran, como si debatieran con la mirada si me iban a perdonar o no.

—No pasa nada —dice Mathilde de repente—. Pero tienes que prometernos que a partir de ahora vas a decir la verdad.

Asiento con la cabeza, como un cachorro arrepentido. Con la lengua fuera.

—A tu madre también —añade Regine.

Vuelvo a asentir. Tenía pensado contarle a mi madre lo de María, pero nunca encontraba el momento.

Nos quedamos un segundo en silencio, y entonces lo oigo. El ruido de una silla que se vuelca. Viene de la cocina. Me quedo helada.

Mathilde y Regine se miran. Después me miran a mí. Contengo la respiración. No puede ser verdad. Porque si lo es, me muero.

Camino deprisa hacia la Taberna Sunlight. La puerta está abierta. Entro en la cocina. Todo está en silencio. Y vacío. Los dos platos con huevos fritos y bacon están intactos en la mesa. Hay una silla tirada en el suelo.

Se me acelera la respiración. Y entonces lo veo. Sentado en el suelo. En el hueco entre la pared y la cocina roñosa. Encogido. Se abraza las rodillas y no levanta la vista. Los rizos, inmóviles. Las orejas, grandes y bien abiertas. Como conchas.

Lo ha oído. Todo. Absolutamente todo lo que he dicho. Cada palabra.

algo corriendo del Sur. Subo las escaleras. Las chicas salen detrás de mí. Me paso la mano por la cara, como si quisiera borrar a Vilmer y lo que acabo de ver.

—¿Qué ha sido ese ruido? —pregunta Mathilde.

Su cuerpo escondido tras la cocina. La cabeza llena de rizos. Sin mirarme.

—Nada —respondo, y siento un nudo en la garganta—. Una ventana que estaba abierta y se cerró con la corriente.

Cruzo el patio deprisa, aún descalza. Mathilde y Regine me siguen, resoplando. No quiero que me vean la cara, porque estoy segura de que me ha cambiado el gesto. Vilmer detrás de la cocina. Callado como un soldado en el frente. No puedo pensar en él ahora mismo. Me hace demasiado daño. Sus rizos, sus orejas. No puedo pensar en él.

El patio está gris y mojado. Por suerte, el tipo que habla solo ya no está. Hay basura en la caja de arena: un par de botellas y una bolsa de plástico. En una ventana de la planta baja del edificio C alguien ha colgado una manta de lana. Pienso en los jardines y en los setos de Solvangtunet. En las casas con terraza y cortinas translúcidas. En los garajes y en las madres con pantalones blancos ajustados.

—¿Qué pasa? —dice Regine, y resopla—. ¿Qué prisa tienes?

Hemos llegado a la entrada del edificio A. ¿No piensan irse a su casa? Abro la puerta y entro al portal. Ellas me siguen. No acierto a decir nada. Me limito a subir las escaleras en silencio. Tengo la garganta a punto de explotar. Si digo cualquier cosa, me echaré a llorar. Veo que Mathilde y Regine no dejan de mirar la pared desconchada y los buzones llenos de correspondencia. Apesta a fritura. La lámpara del techo parpadea como si estuviéramos en la discoteca más cutre del mundo. Alguien ha tirado una caja de poliestireno vacía en el descansillo entre el bajo y el primer piso. Hay restos de kebab por el suelo. Los vecinos del primero se pelean a voces, como siempre. Una voz de hombre retumba en las escaleras. Mathilde y Regine se sobresaltan. En el segundo huele a tabaco. Hay colillas en el alféizar de la ventana.

No paran de mirar de un lado a otro, como si estuvieran de safari en un barrio de chabolas.

Me paro frente a la puerta de mi casa. El corazón me late a toda velocidad.

—Entramos contigo —dice Regine con decisión, y abro la puerta que conduce al estrecho pasillo de mi casa.

—Hola, Ina —dice mamá desde el salón.

¿Está contenta, cansada o enfadada? Conozco perfectamente la voz de mi madre, pero ahora mismo no consigo descifrarla. Me distraen demasiadas cosas. El cuerpo detrás de la cocina. Todo lo que he dicho.

Mamá se asoma al otro lado de la puerta del salón. Lleva un chándal y el pelo grasiento recogido en un moño alto. Nada que ver con una madre con pantalones blancos y ajustados y los labios pintados de rojo. Le pega muchísimo vivir en el barrio de Vomitten.

—¡Uy! —dice, y se deshace el moño—. ¿Vienes con amigas? —Se peina nerviosa con los dedos. Intenta alisarse el pelo—. Hola otra vez —les dice a Regine y a Mathilde.

Qué raro huele. Ácido. Igual es por el vino de ayer.

—¿Te lo has pasado bien con María? —me pregunta y me mira.

El pasillo se queda en silencio. Mathilde se revuelve y me golpea con el codo, como para indicarme que ha llegado el momento. Regine carraspea.

Me muerdo los labios. Los labios que Vilmer me besó anoche. Los labios que han dicho tantas palabras hirientes. Y las que me quedan por decir.

Miro a mi madre. La miro a los ojos. Ella me devuelve la mirada, confundida. ¿Y si se echa a llorar?

—Siéntate en el sofá —le digo, y la empujo con cuidado mientras ella no me quita ojo de encima.

Mathilde y Regine entran en el salón tras nosotras. Miran a su alrededor. Inspeccionan nuestro piso, que es la mitad de grande que el salón de Mathilde. No tenemos una mesa enorme con un jarrón de flores ni sofás grises con espacio para todos los compañeros de clase. Lo que tenemos es un sofá viejo con una manta en el respaldo donde está sentada mi madre, inquieta, en chándal.

Tomo aire.

—María no existe —digo con la voz ronca y débil, como si estuviera a punto de quedarme sin palabras.

Mamá se ríe. Una breve carcajada que en seguida desaparece. Después me mira.

—Pero Ina —dice muy seria—. ¿Qué dices?

—No existe —repito, con aún menos fuerza en la voz, y noto que estoy a punto de quedarme sin aliento—. Me la he inventado.

Se queda boquiabierta. Se encoge. Parece que le están pasando un millón de pensamientos por la cabeza.

—Pero... —dice, y cierra la boca.

—Es muy importante que la verdad salga a la luz —dice Regine.

Parece que está practicando para ser la delegada de la clase—. Ina ha dicho muchas mentiras.

Los ojos de mamá se vuelven grises, casi transparentes. Me hace daño mirarla.

—Pero ¿dónde has estado si no estabas con María? —susurra.

Me doy cuenta de que tiene ganas de llorar. Veo que parpadea, que intenta mantener la compostura.

—En el Sur —sollozo.

Porque ya no puedo más. El nudo de la garganta es demasiado grande y miles de lágrimas se me agolpan contra los párpados.

—¿El Sur? —me pregunta, horrorizada.

No tengo más palabras. Ahora no. Solo llanto. Por Vilmer. Por mi madre. Por todo lo que he dicho y hecho y por todas las mentiras.

—Hay un chico que va a venir a nuestra clase y que vive aquí en Titten —oigo decir a Mathilde—. Y ese chico ha construido un lugar al que llama el Sur en un apartamento vacío del patio, con un montón de cosas que ha encontrado en internet. Ina le ha ayudado.

La cara de mi madre está borrosa tras mis lágrimas. Parpadeo y veo que se levanta del sofá. De repente está de pie frente a nosotras, como un gigante en chándal. Con los brazos caídos y la mirada seria.

—Pero ¿es buen chico? —pregunta en voz alta.

—Sí —digo con un hilo de voz—. Se llama Vilmer. Es buen chico.

El corazón me da un vuelco.

Mathilde y Regine sonríen en el pasillo, satisfechas consigo mismas. Por fin han descubierto a una mentirosa. Por fin han llegado al fondo de la cuestión. La detenida ha confesado. La detenida se arrepiente y está triste. Ya pueden salir airosas por la puerta.

Mamá ha vuelto a sentarse en el sofá. Se ha hecho una coleta y vuelve a tener los ojos de siempre. Le he prometido que le enseñaré el Sur más tarde. Todos los secretos saldrán a la luz. Y no volveré a mentir. Esto lo he dicho vocalizando y en voz alta para que Regine y Mathilde lo oyeran. A partir de ahora, la verdad saldrá a la luz. Pase lo que pase.

—Otra cosa, antes de irnos —dice Mathilde—. Mi regalo de cumple. ¿Lo tienes?

Niego con la cabeza.

—Tampoco hay regalo —respondo, porque ya estoy tan expuesta que ya da lo mismo—. No tenía dinero y no quería pedírselo a mi madre, porque le ponen nerviosa los cumpleaños y las cosas que cuestan dinero, así que fingí que te había comprado algo.

Mathilde está horrorizada, como si eso fuera lo peor que ha descubierto hoy. Se le llenan los ojos de lágrimas. Puede que nunca haya

vivido nada peor. Regine la rodea con un brazo, como si quisiera protegerla.

—Ya os lo he contado todo —digo.

Cierro la puerta y me siento vacía.

Mamá me acompaña al Sur por la tarde. Hemos hablado mucho. Le he contado cosas que antes solo le había contado a una persona. Que no tengo amigas. Que no quiero pedirle dinero, aunque lo necesite, porque sé que se pone triste. Que todos mis compañeros tienen ropa cara y cosas caras y llevan regalos a los cumpleaños y se van de vacaciones al extranjero. Que viven en casas bonitas en Solvangtunet mientras que yo vivo aquí, en Vomitten, en un piso que es más pequeño que el salón de la mayoría de la gente de la clase. Que los demás nunca piensan en el dinero, porque lo tienen. Y que yo pienso en el dinero casi todo el rato.

—¿A quién le has contado esto además de a mí? —me pregunta, y vuelvo a echarme a llorar.

Porque es imposible decir su nombre sin pensar en cuando lo vi detrás de la cocina. Sin pensar en todo lo que oyó mientras estaba allí escondido.

El corazón me late por fuera del cuerpo. Solo quedan unos metros. No tengo pensado qué voy a decir si Vilmer está sentado en el sofá rojo. No existen palabras en el mundo que puedan arreglar lo que ha ocurrido. No puedo mirarlo a los ojos. Soy la peor persona del universo. He roto un pacto secreto de la peor manera posible.

Hay algo en la parte de arriba de las escaleras. Algo rosa. Tardo unos segundos en entender lo que es: la piscina de Hello Kitty. Uno de los laterales está deshinchado y hay un charquito de agua de lluvia en una esquina.

Bajamos las escaleras. Siento un pinchazo en el estómago. El cartel está rasgado por la mitad. Frida y Anton están cada uno en un trozo, tirados en dos escalones distintos. En la puerta hay un trocito de caja de pizza pegado con restos de cinta adhesiva.

—¿Qué es este sitio? —susurra mamá.

Saco la moneda que aún llevo en el bolsillo, hago palanca y apoyo todo mi peso contra la puerta, que se abre con un clic.

Mamá entra titubeando, como si la estuviera conduciendo a una trampa de la que pudiera salir gente peligrosa en cualquier momento.

Enciendo la luz brillante del techo. El Sur aparece ante nuestros ojos, pero no es el Sur que hemos construido Vilmer y yo. Es un lugar completamente distinto.

La sombrilla se ha volcado. La tumbona de mi madre está cerrada y tirada junto al escritorio de Anton. La arena de la playa está

desperdigada por el suelo. Las luces de Navidad están tiradas en un rincón y, clavadas en la pared, las puntas recuerdan a un alambre de espino. La foto de Frida ya no está. El cuaderno de poemas con la carta que nunca envió están tirados en el suelo, junto al sofá. La puesta de sol está rasgada, justo donde el sol ilumina las palmeras.

Entro en la Taberna Sunlight. Dos platos vacíos en la mesa, restos amarillos de yema de huevo. Hay un trozo de bacon en el mantel y trozos de vidrio en el suelo. Me agacho. Es la taza de los juegos olímpicos de Lillehammer, que se ha roto. Miro detrás de la cocina, para asegurarme de que él no sigue allí sentado. El espacio vacío me pone muy triste.

En el Spa Paraíso, todos los productos de belleza están en el lavabo. Una de las toallas de Vilmer está tirada encima del váter. El suelo está sucio.

Mamá sigue inmóvil en el mismo punto del salón. Parece que va a volver a echarse a llorar en cualquier momento. Yo pensaba que, si la llevaba a verlo, entendería lo del Sur, pero tal y como está ahora va a ser difícil vendérselo.

—¿Soy la peor madre del mundo? —susurra, y me mira.

No respondo. No sé por qué de repente todo esto tiene que tener algo que ver con ella.

—Es como si me hubiera quedado dormida y de repente se hubiera hecho de día —prosigue.

—Bueno, llevas mucho tiempo cansada —le digo, con prudencia.

Ella asiente con la cabeza.

—Es que no lo entiendo —dice, y mira a su alrededor—. No entiendo por qué te has pasado todo el verano aquí. Estaba convencida de que estarías bañándote y pasándolo bien. Con María.

No digo nada. Me acerco a ella y la abrazo. Oigo el latido de su corazón. Me quedo pegada a ella un buen rato.

Y entonces veo el anillo. Está en el escritorio. Me acerco y me lo pongo. Cojo el cuaderno de poemas y la carta que está tirada en el suelo. Los sujeto contra el pecho. Siento un pinchazo en el corazón. Está roto. Todas las cosas bonitas se han roto.

No llamo a Vilmer. No le mando ningún mensaje. No llamo al timbre del edificio F. No voy al Sur.

Su habitación está a oscuras. Todo el piso está a oscuras. Me acerco a la ventana de mi cuarto y miro al otro lado del patio, en busca de señales de que todavía existe, de que no es una persona que me haya inventado, como María.

No paro de pensar en qué le voy a decir cuando vuelva a verlo. Si es que vuelvo a verlo. No existe una palabra que exprese lo que siento. No existe la palabra adecuada. He roto nuestro pacto. No basta con pedir perdón y esperar que todo vuelva a ser como antes. Estoy segura de que no va a volver a querer hablar conmigo.

Pasan los días. Pienso en él cada tres segundos. Otra vez empiezo a contar los días y las horas que faltan para que terminen las vacaciones. Las mejores y las peores vacaciones de verano de la historia. Trece días que después son doce y después once y después diez. Me siento con el móvil en la mano y miro su número. Y luego lo dejo a un lado.

Sueño con él toda la noche. Está caminando por una carretera llena de coches, camina y se aleja hasta que se convierte en un punto y desaparece. Se inclina hacia mí, se ríe con su risa preciosa, los rizos le saltan en la cabeza, y entonces nos besamos. Está sentado en el sofá rojo del Sur, que de repente es un barco en mar abierto. El barco se aleja, desaparece entre las olas, se le mojan los rizos y se le pegan a la cabeza.

Leo el cuaderno de poemas de Anton. Me río de una de sus pésimas rimas y del patético poema sobre el guiso. Lloro. Como si lo hubiera escrito Vilmer. Como si me lo hubiera escrito a mí. Como si yo fuera Frida. Uno de los poemas se titula «Perdón». Lo copio y lo pego en la pared, encima de la cama. Es lo último que veo por las noches y lo primero que veo por las mañanas.

Ahora que María y el Sur han desaparecido, voy en bici a casa de la abuela todos los días, mientras mamá está en el curso. Parece que a la abuela no le hace demasiada gracia.

—¿No vas a quedar con tus amigos? —pregunta.

Todos los días me hace la misma pregunta a pesar de que siempre le respondo lo mismo. Y me dice que me vendría muy bien estar con gente de mi edad.

—No tengo amigos, abuela —le respondo—. Ya lo sabes.

Y la abuela se revuelve incómoda en el asiento, mira la tele y sube el

volumen. Porque le gustan las cosas normales.

Mamá ha empezado a preparar el desayuno y la ropa por las mañanas. Hace comida casera para cenar, no solo pizza congelada. Me pregunta varias veces al día cómo estoy, si estoy bien. Me mira muy atenta y con ojos despiertos. Parece menos cansada, no habla del curso, no se pone el chándal en cuanto entra por la puerta.

Me dice que se siente como si hubiera estado dormida y ahora estuviera despierta. Yo me siento al revés. Antes estaba despierta y ahora duermo. Todo pasa por mi lado sin que yo le preste atención.

Mamá por fin ha cumplido su sueño: hoy cenaremos gambas. Llega a casa con una bolsa enorme. Entra a pasitos cortos en la cocina y corta una hogaza de pan, saca mantequilla y mayonesa de la nevera y pone las gambas en un bol. Ha comprado hasta eneldo. Lo pica con delicadeza. Llaman a la puerta y mamá me pide que abra. Siento un pinchazo en el corazón. ¿Y si fuera él?

Afuera está la abuela. Sonríe y me abraza fuerte. Se me cae el alma a los pies.

—¡Ay, Ina! —dice la abuela, y se abre paso por el estrecho pasillo—. ¡Menudo festín de gambas nos vamos a dar!

Me tumbo en la cama y oigo a mamá y a la abuela poniendo la mesa en el salón. Hablan en voz baja.

—¿De verdad que no tiene amigos? —pregunta la abuela—. Cuando yo tenía su edad, me pasaba el día en la calle. No es normal que una niña de doce años no tenga amigos.

Mamá le dice que se calle.

—Estoy planeando algo —añade.

Cuando entro en el salón, sonríen con cariño. Las gambas ya están preparadas. Han puesto el mantel blanco y las servilletas rosas. Me han puesto un refresco. Mamá y la abuela beben vino.

—No hay nada como las gambas en verano —dice la abuela, y se sirve un buen puñado.

¿Qué les pasa a los mayores con las gambas?, pienso, y miro a mamá y a la abuela, que comen como si les fuera la vida en ello. Engullen rebanadas de pan con gambas y se limpian la mayonesa de la boca. Las cáscaras se amontonan en el plato. ¿Es normal? ¿Son normales ellas? ¿Quién decide lo que es normal y lo que no? ¿Y cuál es ese plan del que hablaba mamá?

Podría preguntarle, pero no tengo ganas. Lo dejo pasar. Me como dos gambas y me voy a la cama.

Al día siguiente, me despierto con un pitido del móvil. El sol calienta la ventana de la habitación. Toda la casa huele a café. El corazón me vuelve a latir con fuerza, como cuando llamaron a la puerta. ¿Y si fuera Vilmer? El móvil se ilumina en el suelo. Miro el texto que aparece en la pantalla. Una sola frase.

«¿Vienes a bañarte?»

Es Mathilde. Leo esa frase muchas veces. El móvil me pesa en la mano. ¿Qué le digo? Hace unas semanas me habría puesto muy contenta de recibir un mensaje de Mathilde y poder ir con ella, ni más ni menos, a bañarme.

Tal vez me haya perdonado lo del regalo. Tal vez haya hablado con Regine y hayan decidido que soy simpática y que puedo formar parte de la pandilla. Durante un instante me imagino los grupitos del patio. Los grupitos del nuevo curso. Los grupitos más importantes de todos. Y en medio del más importante está Mathilde. Y puede que yo también. Necesito un grupito. Necesito amigos que sumen, no que resten. Necesito amigos, en general.

Abro el mensaje y empiezo a escribir. «Sí», escribo, y lo borro. «¿Cuándo?», escribo, y lo borro. «¿Nosotras dos solas?», escribo, y lo borro. «Qué buen plan», escribo, pero antes de que me dé tiempo a enviarlo, recibo otro mensaje.

«Estaremos allí a partir de las once».

Mi bañador sigue en el Sur, así que tengo que llevar un bikini que se me ha quedado pequeño. Tampoco me hace falta tumbarme al sol, pienso, y descorro la cortina de mi habitación. Debe de hacer unos unos treinta grados en la calle.

Mamá está comiendo en la cocina.

—Voy a bañarme —anuncio.

Me mira.

—Tranquila —le aclaro—, no estoy mintiendo. Voy a ir con las chicas que vinieron a casa. Mathilde y Regine.

No he pensado en Markus, en si él también estará allí. O si se habrá apuntado alguien más o cuánta gente suele ir a bañarse, qué ropa llevan y de qué hablan. O si Mathilde y Regine le habrán contado a alguien lo de mis mentiras y lo del Sur y lo de Vilmer. Vuelvo a tener miedo. Me apetecería más ir a ver a la abuela, pero mamá sonríe, contenta. Lleva un vestido rojo de verano y parece despierta. Y me pone muy feliz que esté

sonriendo.

—Pásalo muy bien, Ina —dice, y me guiña el ojo mientras se acaba el café.

Cuando llego, están sentadas en la hierba. Mathilde lleva un bikini blanco y unas gafas de sol grandes, y está muy morena. Regine lleva el pelo recogido en un moño alto y un bikini rojo. Un poco más allá hay un grupo de chicos. Reconozco a varios. Son mayores. Veo que Regine le dice algo al oído a Mathilde y después me saluda con la mano.

—Hola —dicen a coro. Se miran y me dan un abrazo apresurado.

Es como si las hubiera interrumpido, como si estuvieran haciendo algo secreto justo antes de que yo llegara. Mathilde me hace sitio en la toalla.

Es raro sentarse en la misma toalla que Mathilde y Regine, a la orilla del agua. Me doy cuenta de que los chicos mayores me están mirando. Creo que es la primera vez que se fijan en mí, pero es porque estoy sentada aquí.

—¿Todo bien? —pregunta Regine, y yo asiento con la cabeza, a pesar de que he prometido no volver a mentir.

Regine mira a Mathilde. No dicen nada, pero sonríen. Y Mathilde me pregunta si quiero un rollito de canela. Le digo que sí. Y nos comemos uno cada una antes de tumbarnos a tomar el sol.

—Viene Markus —dice Regine, después de un rato.

Me doy la vuelta y veo que Markus se acerca a nosotras con unas bermudas blancas y una camiseta azul oscuro. Me quedo esperando a que el corazón se me salga del pecho, como siempre me pasa cuando Markus está cerca.

—Hola, chicas —dice Markus, y sonríe.

Tira la mochila al suelo y se sienta en la toalla, justo a mi lado. Huele como siempre: a crema solar y a detergente. Le ha crecido el pelo y está muy moreno. Me roza el muslo con el brazo, pero mi corazón no reacciona.

Markus se tumba en la toalla. Muy cerca de mí. Me cuesta asumir que formo parte de esta pandilla, que estoy en la misma toalla que Markus y que las chicas más populares de la clase, que formo parte de algo nuevo. ¿No debería estar contentísima?

—¿Lo has pasado bien en el Sur?

Markus me mira y se ríe. Todo el mundo se ríe.

—Sí —respondo, porque he prometido decir la verdad.

—Qué bien —dice Markus, y sonríe a Mathilde y a Regine.

—Se lo hemos contado a Markus —dice Regine—. Espero que no te importe.

—¿Has vuelto a quedar con Vilmer?

La que pregunta es Mathilde. No me apetece hablar de Vilmer ahora mismo.

—No —respondo, escueta.

—Seguro que sigue en «el Sur» —dice Markus y dibuja unas comillas con los dedos—. Qué ganas de que nos cuente sus vacaciones cuando vuelvan a empezar las clases.

Se ríen otra vez. El sol desaparece tras un jirón de nube.

—Pero ¿sois amigos? —pregunta Mathilde, y se incorpora—. Tenemos que saberlo. ¿Te gustaba estar con él?

Me viene bastante mal tener que decir la verdad ahora mismo. Si no miento, me voy a echar a llorar. Y si me echo a llorar, van a pensar que soy tonta. Y si piensan que soy tonta, no voy a tener pandilla, o al menos no voy a tener una pandilla guay.

Niego con la cabeza y hago una mueca, para que entiendan que estar con Vilmer es infantil y cutre sin tener que decirlo. Y me sonríen. Y nos reímos. Y Mathilde mira a Regine.

—Es que estamos intentando ser tus amigos —prosigue Mathilde—. Pero si vas a venir con nosotros, preferiríamos no tener que cargar con Vilmer.

Asiento con la cabeza. Me muerdo el labio inferior.

—Genial —dice Mathilde—, porque le hemos prometido a tu madre que te trataríamos bien.

La miro.

—¿A mi madre? —pregunto. No entiendo nada.

—Sí —dice Regine—. Quiere que tengas amigos de carne y hueso.

—Me mandó un mensaje y me pidió que te invitáramos a venir —explica Mathilde. Se ha puesto las gafas de sol en la cabeza. Dibuja una sonrisa con la comisura de los labios.

«Estoy planeando algo», le susurró mi madre a mi abuela. ¿Cómo he podido pensar que se les había ocurrido a ellas, que les podía apetecer invitarme a que fuéramos juntas a bañarnos?

—Cuéntanos más cosas de Vilmer, anda —dice Markus—. Tiene una pinta de pringado...

Los tres me miran con curiosidad, como cuando fui al Sur con las chicas y querían que les contara más y rompí el pacto.

Miro a Markus, que está sentado con la boca abierta. Miro a Mathilde y a Regine, que sonríen y se juntan más todavía. Y lo entiendo todo. Absolutamente todo. Qué amigos suman y cuáles restan.

—No —digo en voz alta.

Porque es la mejor palabra que se me ocurre. La única palabra.

Y me levanto, guardo mis cosas y me voy.

Pedaleo lo más rápido que puedo de vuelta a casa. Subo las cuestas y bajo a toda velocidad hasta el patio de Titten. Me bajo de un salto de la bici y me quito el casco. Y entonces lo oigo.

—¡Fuglesang! —exclama una voz—. ¡Era Fuglesang!

Me vuelvo y veo a Grete Brattberg, que se acerca trotando a la entrada del edificio A.

—¡Se llamaba Fuglesang! Ahora me acuerdo.

Agita las manos y se acerca a donde estoy yo con el casco en la mano. Se detiene frente a mí, sin aliento.

—Me he devanado los sesos para recordar cómo se llamaba la guapa. La prometida de Anton Berntzen. Desde que tú y tu entrañable amigo vinisteis a verme y a hablar de los viejos tiempos.

No le digo nada. Tu entrañable amigo. Parece que fue hace tanto, que se podría decir que eso también sucedió en los viejos tiempos.

—Y por fin me he acordado —dice Grete Brattberg, satisfecha—. Frida Fuglesang —canturrea—. Al parecer era bastante conocida en París. Estuvo con un actor o algo parecido. —Me mira, como si estuviera esperando que yo le dijera algo—. Tu amigo me dijo que habíais encontrado muchas cosas en el piso de Anton. Cartas y cuadernos con poemas y una fotografía antigua —dice entusiasmada. De repente, se inclina hacia mí—. Y no debería ser tan difícil encontrarla —dice con aire misterioso, y me da una nota—. Me imagino que le gustaría recuperar esas cosas. Aunque sean de hace mucho tiempo. —Abre mucho los ojos. Pero ¿qué está diciendo?—. A mí me gustaría tener un cuaderno de poemas que trataran sobre mí.

Grete Brattberg se aleja caminando hacia la entrada del edificio H.

—¡Y llévate a ese chico tan entrañable! —añade a voces desde los tendederos.

Desdoblo la nota y leo el texto. Bajo el nombre de Frida Fuglesang hay cinco palabras: Residencia de ancianos de Solvangtunet. ¡Nada que ver con París!

Tendríamos que haber ido Vilmer y yo. Juntos, en bicicleta. Vilmer delante y yo detrás. Cruzando las calles para arreglar esa vieja historia de amor. Vilmer tendría que haber traído el anillo de pedida y yo, el cuaderno de poemas en un bolso, en la cesta de la bici. Tendríamos que haber venido juntos.

Pero estoy sola. Voy a arreglar esta historia de amor yo sola. Las dos, la antigua y la nueva.

Aparco la bici en la entrada de la residencia de Solvangtunet. Hay un par de señores en silla de ruedas, fumando. Me miran muy serios.

En la entrada huele a comida, a algún tipo de guiso. Paseo la mirada por todos los nombres. El corazón me late a toda velocidad. Frida Fuglesang, pone al lado de un número de tres cifras: 515.

El pasillo es largo, con paredes de color verde claro y puertas en fila a ambos lados. Paso por delante de la quinientos uno, la quinientos tres y sigo avanzando por el silencioso pasillo.

De repente aparece una mujer con un uniforme azul.

—¿Dónde vas? —me pregunta, con aplomo.

No respondo. Me quedo allí plantada. Vuelvo a pensar en Vilmer. Ojalá estuviera conmigo. La mujer del uniforme frunce el ceño. En la placa que lleva en el pecho pone su nombre: Wenche.

—Vengo a ver a Frida Fuglesang —murmuro.

—¿Frida Fuglesang? —repite, con mirada escéptica—. Nunca recibe visitas. ¿Quién eres?

—Una amiga —tartamudeo y miro la puerta de la habitación 515.

—Claro —dice Wenche.

Seguro que es bastante raro que Frida Fuglesang de repente tenga una amiga de once años y medio. Sobre todo si nunca recibe visitas.

—Bueno, es amiga de mi abuela —añado, con mi mejor sonrisa.

—¿Has venido más veces? —pregunta Wenche, aún con el ceño fruncido.

—Claro —me apresuro a responder.

Wenche sigue mirándome con escepticismo.

—Está en su habitación —dice, malhumorada—, pero ya no tiene mucha energía para las visitas.

La habitación de Frida Fuglesang es blanca y silenciosa. En medio hay una cama gigante, con un edredón grueso y una manta rosa. Junto a la ventana, dos butacas grises. Las cortinas están echadas y no hay cuadros en las paredes.

Me quedo allí quieta durante un buen rato y me pregunto dónde estará ella. La puerta del baño está abierta, pero allí dentro no hay nadie.

De repente lo oigo. Alguien tose bajo la manta rosa. Lo que hay debajo no es un edredón grueso, sino ella, la mismísima Frida Fuglesang. Contengo la respiración. ¿Qué estoy haciendo? Me he colado en la habitación de una señora desconocida que está tapada con una manta rosa y tiene tos, para darle una vieja carta de amor y un cuaderno de poemas malísimos.

Frida Fuglesang se incorpora despacio en la cama. Tiene el pelo corto y oscuro y aspecto frágil. Tiene los ojos marrones y grandes y la cara estrecha, como un perrito curioso. Es raro pensar que esa persona haya sido modelo en París, pero es ella. Tiene un lunar en la mejilla. Compruebo que se parece mucho a la foto que tengo.

—Pero ¿esto qué es? —dice Frida Fuglesang con la voz ronca.

Vilmer y yo deberíamos haber venido juntos, pero estoy sola. Carraspeo.

—Estoy buscando a Frida Fuglesang —digo en voz baja.

—Soy yo —responde, y levanta las cejas.

Asiento y decido ir directa al grano.

—Quería saber si has oído hablar de Anton Berntzen.

—¿Anton Berntzen? —dice Frida, sorprendida—. ¿Que si he oído hablar de él?

—Fue el conserje de Titten hace muchos años.

Me da la impresión de que Frida Fuglesang no entiende nada de lo que le digo. Está tapada con la manta rosa, boquiabierta y con los ojos como platos. Se apoya las manos en el regazo. Me fijo en que no lleva anillos.

Saco el sobre.

—Hemos encontrado una carta. Vilmer y yo. Una carta que nunca se envió. —Frida abre aún más la boca—. Así que hemos pensado que ya iba siendo hora de dársela a su destinataria.

Le doy la carta. Frida Fuglesang la desdobla y se pone a leer. Cierra la boca. Sigue el breve texto con los ojos. Sus labios dibujan un arco ascendente. Sonríe.

—No me lo puedo creer —murmura.

—Así que has oído hablar de Anton Berntzen —afirmo, entusiasmada.

—¿Que si he oído hablar de él? —pregunta Frida. Y me mira—. Llevo toda la vida pensando en Anton Berntzen.

Nos sonreímos. Echo de menos a Vilmer. Muchísimo.

—Él también ha pensado en ti —digo, y le doy el cuaderno rojo de poemas.

Frida Fuglesang me mira, insegura, antes de hojear el cuaderno con delicadeza. Lee y sonríe. Se ríe. Se seca las lágrimas.

—No tenía ni idea de que Anton fuera tan buen poeta —dice, después de un rato. Me mira con los ojos grandes y brillantes—. ¡Me ha comparado con un guiso! —añade, asombrada. Una lágrima le brota del ojo izquierdo y le rueda por la mejilla—. Nadie lo había hecho nunca.

Sonrío, satisfecha. Por fin Anton ha conseguido lo que buscaba.

—¿Cómo has encontrado este cuaderno? —pregunta Frida, mirándome con curiosidad.

Vilmer. Le hablo de Vilmer. Me siento como si conociera a Frida Fuglesang desde hace mucho. Desde los viejos tiempos. Le hablo del piso del conserje que descubrió Vilmer. Se lo describo. Le cuento todo lo que dejó Anton, y también que mentí sobre mis vacaciones y que convertimos el piso del conserje en un paraíso mediterráneo.

Frida Fuglesang me mira, pensativa.

—Anton Berntzen no era lo bastante bueno para mí. Solo era un conserje. Eso es lo que solían decir mis padres. Creían que podía aspirar a algo más —suspira—. Y al final me lo creí. Así de fácil de manipular era yo. Me preocupaba tanto lo que pensaran los demás que se me olvidó tener en cuenta lo que yo misma pensaba. —Me mira—. Entonces, cuando surgió la oportunidad de ir a París, todo el mundo me dijo que tenía que aprovecharla, que no tirase mi vida por la borda con Anton en el piso del conserje. —Sonríe con dulzura—. Se puso muy triste cuando me fui —dice en voz baja—. Dijo que no quería volver a verme nunca más. Fingió que yo no le importaba, así que nunca me atreví a volver a ponerme en contacto con él. Me sentí la peor persona del mundo.

Se queda callada un instante y acaricia el cuaderno de poemas.

—No podía sospechar que estaba escribiendo poemas sobre mí en Titten —me dice—. De haberlo sabido, habría vuelto a casa inmediatamente.

De repente me acuerdo del anillo. Vilmer lo llevaba puesto y ahora lo tengo yo. Tengo que dárselo.

—Igual quiere que le devuelva esto.

Frida se queda atónita. Coge el anillo y lee la inscripción de dentro. *Tu Anton.*

—¿Has encontrado su anillo? —me pregunta—. Dentro ponía *Tu Frida*. Nos los pusimos en su piso.

—Igual no se lo quitó nunca —le digo.

Frida sonríe.

—Es posible —responde, pensativa.

Frida mira la foto que llevo en el móvil. Del Sur. Suspira y sonríe. Siento

un pinchazo en el pecho. Vilmer y yo en el sofá rojo, frente a la puesta de sol. Me pasa el brazo por los hombros, estamos muy juntos para caber en la foto.

De repente se abre la puerta y se asoma Wenche, con su uniforme azul.

—Me imagino que ya estarás cansada —dice, mirando a Frida. La trata como si fuera una niña de dos años—. ¿Le pido a la jovencita que se vaya?

Frida Fuglesang niega, molesta, con la mano.

—Ni hablar —dice en voz alta—. Es la mejor visita que he recibido en mucho tiempo.

—Hace mucho que no recibes ninguna visita —la corrige Wenche.

—Lo sé perfectamente —dice Frida Fuglesang, molesta—. Pero ahora mismo ha venido alguien a verme. —Mira a Wenche—. Y no será la última visita que reciba, va a venir más gente. ¿Cómo se llamaba tu amigo?

—Vilmer —le digo, y siento calor en el estómago solo con decir su nombre.

No puedo mirar a Frida Fuglesang, así que bajo la vista al suelo. Me pican los ojos. Me van a saltar las lágrimas si la miro.

Wenche cierra la puerta y se hace el silencio. Me doy cuenta de que Frida Fuglesang me está mirando.

—Ese chico tiene algo especial, ¿verdad? —me pregunta, en voz baja.

Parpadeo para deshacerme de las lágrimas. Oigo que toma aire.

—¿Estás enamorada de él?

—¿Enamorada? —pregunto, y levanto la vista.

Frida me mira. Muy seria. Y hay algo en su mirada. Aunque no la haya visto nunca, es como si me conociera. Como si lo entendiera todo.

—¿Por qué no ha venido contigo hoy? —pregunta Frida Fuglesang, y se sienta muy recta.

Es la primera vez que le cuento tantas cosas a una desconocida. Le hablo de Vilmer, de lo divertido que es estar con él, de lo guapo que está con sus camisetas cutres.

—Es mucho más que un amigo de verano —le digo, y no me importa echarme a llorar.

Le cuento el aspecto que tenía sentado detrás de la cocina cuando lo oyó todo, todas las cosas horribles que dije y que no pensaba de verdad. También que tras su ventana está oscuro. Que ahora todo está oscuro.

Frida Fuglesang me da un pañuelo y me mira durante un buen rato.

—Tienes que hacerte perdonar —dice en voz alta.

—¿Hacerme perdonar? —le digo, confundida—. Qué manera más rara de decirlo.

—Ya —responde Frida Fuglesang—, pero debería decirse más. Pedir perdón es muy distinto de hacerse perdonar. —Me sonríe—. Yo, por ejemplo, llevo toda la vida arrepentida por no haberme hecho perdonar por Anton, porque creo que le hice tanto daño que nunca volvió a ser feliz. —Me da la mano y siento el anillo contra la palma—. Pero tú tienes la oportunidad de hacerte perdonar. Todavía estás a tiempo. —Me aprieta fuerte la mano y sonríe con entusiasmo—. Y tienes que aprovechar esa oportunidad. Hazme caso, sé de lo que hablo. Tienes que hacerte perdonar, Ina. Tienes que darte prisa. Antes de que sea demasiado tarde.

Cuando vuelvo a casa, empieza a tronar. Un ruido ensordecedor retumba en el cielo negro. Después del relámpago, solo llego a contar hasta dos antes de que vuelva a sonar el trueno. Si Vilmer hubiera estado aquí, yo no habría tenido tanto miedo. La sombrilla roja, su mano sobre la mía, sus ojos de buena persona. Pienso en Vilmer, y solo en Vilmer, durante todo el camino de vuelta. Digo su nombre en voz alta para tapar el ruido de los truenos.

Hacerme perdonar. ¿Cómo funciona eso de hacerse perdonar?

Faltan ocho días para que empiecen las clases. Ocho días son ciento noventa y dos horas. Tengo once mil quinientos veinte segundos ante mí.

Hago una lista de propuestas, como cuando Vilmer y yo construimos el Sur. Antes de decidirme, me siento y me pregunto por dónde empezar.

Bajo trotando por el patio. Tengo ganas de llegar al Sur, aunque sé que Vilmer no va a estar sentado en el sofá rojo.

Abro la puerta. Me llega el olor a cerrado. Todo sigue igual que antes. No parece que Vilmer haya estado aquí desde aquel día aciago.

Barro la playa. Salgo al patio con un cubo para coger más arena. La pareja que no para de discutir está justo al lado del cajón. Me siento a rellenar el cubo de arena y me doy cuenta de que me miran raro. Me da lo mismo. Paso por delante de ellos y vuelvo al Sur. Esparzo la arena por la playa. Sonrío.

Pongo en orden la Taberna Sunlight. Tiro la taza rota de los juegos olímpicos. Lavo los platos, que aún tienen grasa de bacon pegada y manchas amarillas de la yema de los huevos fritos. Tiro las cajas vacías de pizza. Sacudo el mantel. Pongo velas nuevas en los candelabros.

Recojo el Spa Paraíso. Vacío el lavabo y lo pongo todo en su sitio. Cuelgo el vestido de mi madre y limpio el espejo. Abro el bote de crema y huelo el contenido. La voz de Vilmer me retumba en la cabeza. Relájate. Relájate.

Vacío la piscina de Hello Kitty y arreglo la zona de baño. Pongo las toallas y los bañadores en su sitio. Llevo un par de vasos limpios al chiringuito de la piscina y pongo una sombrilla de papel en cada uno.

El cartel de la puerta ya no está. En el congelador de la Taberna Sunlight hay una pizza. Saco la pizza de la caja y vuelvo a meterla en el congelador. Me quedo con la caja helada en la mano y me pregunto dónde habrá unas tijeras. Encuentro unas en la caja de herramientas de Anton. Pienso en Frida Fuglesang mientras recorto un círculo. «Bienvenidos al Sur», escrito con grandes letras rojas y cuelgo el cartel en la puerta. Me quedo un buen rato pensando. «El paraíso de Vilmer e Ina», añado. Queda bonito.

Saco cinta adhesiva del cajón de Anton. Empiezo por la parte de arriba del papel pintado y pego lo que está rasgado para reconstruir la puesta de sol. Me lleva un buen rato.

Vuelvo a colgar las luces de Navidad. Se encienden las mismas bombillas de siempre. Amarillas, verdes, rojas. Ha vuelto la luz al Sur. Me siento en el sofá rojo y miro satisfecha el paraíso.

Las noches son cada vez más oscuras. El aire de agosto es fresco y claro. Me quedo un buen rato frente a la entrada del edificio F y respiro hondo. Me inclino hacia atrás y miro hacia la ventana del segundo piso. Esta noche hay una luz tenue. Puede que Vilmer esté delante del ordenador. Cruzo los dedos tras la espalda y me acerco al telefonillo. «Vilmer y Tommy». Los nombres están escritos con boli azul. En mayúsculas. Algo torcidas. Apoyo el dedo en el timbre, pero no llamo. Carraspeo. Por si tengo que hablar.

Por fin llamo al timbre. Tres veces. Me quedo muy quieta y siento que todas las células de mi cuerpo se pelean entre sí. ¿Qué voy a decir?

No ocurre nada. Llamo de nuevo. Cuatro veces. Cuatro timbrazos cortos y suaves. Cuento para mis adentros. Uno. Dos. Como si hubiera tormenta y estuviera midiendo la distancia entre el rayo y el trueno. Nueve. Nada.

Bajo las escaleras. Salgo al patio. Miro hacia arriba, hacia su ventana, por última vez.

Y entonces lo oigo.

—¿Hola?

Vuelvo corriendo a la puerta.

—¿Hola?

¡Es su voz! ¡Es Vilmer! Me pongo tan contenta de oírlo que se me hace un nudo en el estómago.

—Hola —digo, y me acerco al telefonillo—. Hola, soy Ina.

No me responde. Le oigo respirar.

—Solo quiero enseñarte una cosa, Vilmer.

Nada. Cuelga.

El nudo en la garganta se hace más grande. Vuelvo a bajar las escaleras. Me inclino hacia atrás y miro hacia su ventana. Ha apagado la luz. Lo único que se ve es un rectángulo negro. Tal vez esté en algún punto de ese rectángulo, mirándome. Levanto la mano despacio, por si me viera desde allí arriba. Me agacho y cojo unas piedras del suelo. Apunto a la ventana y tiro una con todas mis fuerzas. Pero no acierto. No se me da tan bien tirar piedras como a Vilmer. La piedra me da en la cabeza al bajar. Lo vuelvo a intentar. Una y otra vez, pero no sirve de nada.

Su habitación sigue estando a oscuras. Me voy a casa.

Quedan ciento veinte horas para que empiecen las clases. Meto una nota en el buzón de Vilmer y Tommy. En el sobre he escrito el nombre de Vilmer.

Me pasé la tarde de ayer metida en mi habitación, escribiendo. Creo que escribí al menos mil palabras. Puede que más. Me duelen las manos de escribir tantas páginas, para después tirar un papel tras otro a la basura.

El sobre cae dentro del buzón con un ruido sordo. Tengo mil palabras que decirle a Vilmer, pero en la hoja solo hay tres. Las más importantes. *Lo siento muchísimo*.

Quedan cuatro días para que empiecen las clases. La lluvia retumba contra el asfalto en el patio. Estoy en mi habitación con la ventana abierta. El aire húmedo me pone la piel de gallina, pero me quedo allí de todas formas y observo la ventana de Vilmer. Porque la luz está encendida. Le he visto la cabeza. Solo tengo que esperar.

Y entonces...

Su cara. Sus rizos. Su diente torcido que no está a la vista, pero que sé que se esconde tras los labios. Está frente a la ventana. Inmóvil como una estatua. Yo también estoy inmóvil. Oigo el latido de mi corazón. Me mira. Y yo a él.

Entonces levanto la mano izquierda, como un guardia de tráfico. Como siempre. Pero Vilmer no se mueve.

Cojo el móvil que está en la mesita de noche. Intento mirar a Vilmer mientras escribo. Le doy a enviar.

«Lo siento».

Vilmer se queda quieto unos segundos. Pero después veo que lee el mensaje. Levanta la vista y me mira. Parece que espera más palabras. Que ese lo siento es demasiado poco.

«Soy la peor persona del mundo —escribo—. No quería romper nuestro pacto. Perdóname, por favor».

Mis mensajes cruzan el patio como flechas, pero se encuentran con un escudo. Vilmer sigue en silencio. Cruzo los dedos de la mano izquierda y deseo con fuerza que me llegue un mensaje.

Vilmer tiene el móvil en la mano. Parece que está escribiendo algo. Siento un pinchazo en el estómago, justo debajo del corazón. ¿Qué estará escribiendo? Tiene que ser algo más largo que «vale», porque está tardando mucho.

«¿Ya no eres amiga de los guays de la clase?».

Miro el mensaje durante un buen rato. Vuelve a sonarme el móvil.

«¿Y por eso necesitas a tu amigo de verano?».

Vilmer me mira por la ventana, inmóvil.

«Ya no quiero saber nada de ellos —escribo, y miro a Vilmer—. Solo quiero estar contigo».

Veo que está leyendo, y luego desaparece de repente. La luz de su habitación se apaga.

Faltan dos días para que empiecen las clases. Mamá llega a casa después del curso y me llama desde el pasillo. Tiene un aspecto distinto. Se ha cortado el pelo y se ha pintado los labios de rojo. Lleva unos pantalones nuevos de color blanco y unos pendientes grandes y dorados.

—Ponte algo bonito y ven conmigo —me dice, con entusiasmo—. Te voy a llevar a un sitio.

Hay un taxi esperando a la entrada de Vomitten. Mamá sonríe con aire misterioso. Vamos hasta la otra punta de la ciudad.

—Aquí está bien—le dice al taxista, y saca la cartera. Estamos delante de un restaurante. Por las ventanas sale una luz muy acogedora—. Y ahora, a disfrutar, Ina —me dice.

Apoya una mano en mi espalda y me invita a pasar. Nos sentamos junto a la ventana. Mamá bebe vino. Pedimos tres platos cada una.

—Tengo que contarte algo —anuncia.

No parece cansada. Tiene los ojos muy abiertos. Dibuja una ancha sonrisa con los labios. Tiene un diente manchado de pintalabios.

—¡Tengo trabajo! —Me mira, entusiasmada. Yo sonrío—. En una floristería. Siempre me han gustado las plantas y las flores.

Pienso en las plantas marrones y secas del salón. En los jarrones vacíos.

—Así que ahora empieza una nueva etapa —dice, y alza la copa—. Igual podemos ir al Sur. Al de verdad.

—¿Al Blue Lagoon Deluxe? —le pregunto.

Nos reímos.

—Por ejemplo —responde.

Le pregunto si me deja algo de dinero.

—Claro —me responde—. ¿Es para algo especial?

Asiento.

—Voy a hacerme perdonar —le digo—. Por Vilmer.

Mi madre sonríe con *mousse* de chocolate en la nariz.

—A las chicas listas todo les acaba saliendo bien, Ina —me dice—. Que no se te olvide.

Quedan quince horas para que empiecen las clases. Me pongo frente al espejo y observo mi camiseta nueva.

He ido a una tienda en la que estampan camisetas. Me miraron raro cuando les encargué el texto, pero un par de horas más tarde ya lo tenían todo hecho. Pagué con el dinero que me había dado mi madre.

El corazón me late desbocado bajo la camiseta de algodón amarillo. Parezco un pollito de Pascua desesperado que no sabe lo que le conviene.

Me he gastado más de trescientas coronas en cosas que sé que le gustan a Vilmer. Pepsi y bolitas de queso y pizza especial. Lo tengo todo preparado.

Su habitación está a oscuras y yo me meto en la cama. Me tumbo con los ojos abiertos y pienso en el día siguiente, en el comienzo de algo nuevo. O tal vez el fin.

En el sueño, Vilmer lleva una camiseta roja. Roja como un atardecer en el Sur.

Faltan doce minutos para que empiecen las clases. El asfalto del patio del colegio arde. La bandera está izada. Los grupitos están en los mismos sitios de siempre: Mathilde y Regine, al lado de la entrada de los mayores; Markus y los demás chicos, debajo de la bandera. Como si no hubiera ocurrido nada en los últimos cincuenta y cuatro días.

Hay trescientos ocho pasos desde el gimnasio hasta el aula. Paso por delante de Mathilde y de Regine con mi camiseta amarilla. Las oigo reírse. Veo a Markus, que no me quita ojo de encima. Pero sigo andando hacia la entrada. Subo las escaleras y entro en el aula nueva, que es una clase normal y corriente con vistas al patio.

Él no está en ninguna parte, ni en el patio ni aquí. Faltan treinta segundos para que suene el timbre. Veinte. Diez. Ya.

Vigdis está frente a nosotros. Es el primer día de clase del nuevo curso. Lleva una falda verde y una blusa de flores. El pelo suelto le llega hasta los hombros, tiene los labios pintados de rosa y la nariz pelada.

—¡Bienvenidos, queridos alumnos! Hoy es el primer día del nuevo curso —dice con entusiasmo y abre los brazos como de costumbre.

Parece que ha descansado bastante en esa cabaña del bosque, porque habla sin pararse a tomar aire y se pasea por el aula como una gallina sobreexcitada.

—Lo primero que vamos a hacer —dice, y se dirige al armario a buscar algo— es ver si se han cumplido los sueños que teníais antes de las vacaciones.

Saca la cesta y la sujeta fuerte contra su flácido pecho. Después da una vuelta por el aula para repartir las notas que escribimos el último día de clase, antes de las vacaciones de verano.

Hay un pupitre vacío junto a la puerta, dos filas por delante de mí. Es el pupitre de Vilmer. ¿Y si no viene? ¿Y si se ha cambiado de colegio? ¿Y si no consigo hacerme perdonar?

Desdoblo la hoja. Miro los tres puntos de la lista, tres cosas que nunca pensé que fueran a ocurrir.

Ir de vacaciones. Hacer un amigo. Besarme con alguien.

—Os prometo que no os voy a preguntar si ha ocurrido lo que habíais apuntado —dice Vigdis y se ríe tan alto que estoy segura de que ha batido el récord nacional de carcajadas sonoras.

Entonces ocurre. Por fin. Se abre la puerta. Él aparece junto al umbral y se asoma con timidez. Tiene la boca cerrada. Los rizos, inmóviles. No dice nada. No sonríe.

—¡Pero bueno, Vilmer! —dice Vigdis, y se acerca a la puerta para recibir a Vilmer, como si fuera un niño de dos años que necesitara la mano de un adulto—. ¡Bienvenido a clase!

Me cae una tromba de rayos en el estómago. ¡Es Vilmer! Me tiemblan las piernas y me laten el corazón y el estómago y el pecho entero. Tengo la boca seca, me pica la piel.

Pasa por delante de mí y se sienta en el pupitre vacío. No me mira. No ve la camiseta.

Vigdis se mete la patilla de las gafas en la boca e inspecciona la clase con su mirada de reina. Y en ese preciso instante decido poner en marcha mi plan. Es el momento.

—¡Vigdis! ¡Vigdis! —exclamo, y levanto la mano con entusiasmo—. ¿Podemos hacer una ronda para contar lo que hemos hecho estas vacaciones?

Se oye un murmullo colectivo. Algunas risitas. Estoy segura de que mucha gente sabe que las fotos que subí al grupo eran falsas. Vigdis me mira, sorprendida.

—Bueno. Supongo que podemos charlar un ratito de las vacaciones antes de empezar —dice, poco convencida, y me analiza con la mirada.

Me pongo de pie y señalo a Tuva, que está sentada junto a la ventana, en primera fila, para que sea todo exactamente igual que antes de las vacaciones. La única diferencia es que esta vez ha sido idea mía, porque quiero poder llevar a cabo mi plan tal y como lo he diseñado.

Tuva se lo ha pasado genial en Italia. Y Teodor, que está detrás de Tuva, ha disfrutado mucho de Croacia. Simen ha tenido una experiencia increíble en Florida y Una cree que Dinamarca es un destino de ensueño, aunque, por supuesto, tiene muchas ganas de ir a Tailandia el año que viene.

Miro a Vilmer. Está muy quieto. Ahí están las orejas con las que oyó las cosas horribles que dije sobre él. Me pongo muy recta en la silla y escucho a Mathilde, que cuenta lo bonito que era el *resort* de Portugal. Y Regine enumera todo lo que se ha comprado en París.

Enseguida va a llegar mi turno. Enseguida me toca a mí. Estoy lista.

Markus habla del sur de Noruega y de España y del Chelsea, que perdió el partido. Menudo rollo. Qué cosa más poco interesante. Mientras habla Markus, miro a Vilmer. Sus rizos. Sé cómo huelen, pienso, y sonrío mientras Julie tarda una eternidad en comparar Chipre con Francia.

Vigdis se pone las gafas y me mira.

—Te toca, Ina —dice, nerviosa.

Todo el mundo se da la vuelta. Absolutamente toda la clase. Menos Vilmer, que sigue sentado muy quieto, mirando al pupitre.

Algunos compañeros se ríen. Muchos, en realidad. Parece que Mathilde y Regine han contado a casi todo el mundo lo de mis mentiras.

—Este verano —empiezo, hablando claro y con aplomo. Me siento muy recta para que todo el mundo vea lo que pone en mi camiseta—, este verano he estado en el Sur.

Un sonido retumba en el aula, un grito ahogado.

—¿Será posible? —dice Mathilde, y mira a Regine y a Markus.

—Y han sido las mejores vacaciones de mi vida —prosigo, y miro a mi alrededor—. He pasado varias semanas haciendo un montón de cosas típicas del verano en el Sur con el mejor amigo del mundo.

Vilmer, con su camiseta blanca, de repente se da la vuelta. Se le

mueven todos los rizos, a pesar de que está sentado muy quieto. Tiene los ojos como platos.

Regine levanta la mano y empieza a hablar antes de que Vigdis le dé la palabra.

—¿No puedes decir la verdad? ¿Que te has pasado todo el verano en Vomitten?

Me mira, furiosa. Me alegro mucho de no estar en el consejo escolar, porque así me ahorro tener que discutir con ella.

Me pongo de pie. De repente me parece natural hacerlo.

—He estado en el Sur —repito con calma, y miro a Regine como si fuera una niña pequeña y yo tuviera que explicar algo muy difícil—, pero es un Sur diferente al que tú conoces —digo despacio, erguida y firme—. Tú misma lo has dicho.

Regine mira a Mathilde. Están atónitas.

—El Sur es un sitio al que una va a relajarse y a descansar, ¿no? —prosigo—. Pues estoy en mi derecho a decir que he estado allí.

Miro a Vilmer. ¡Está sonriendo! Tiene la boca entreabierta y se le ve el diente torcido, tan bonito. Se queda mirando el texto de mi camiseta.

«Bienvenidos al Sur. El paraíso de Vilmer e Ina».

Es la camiseta más cutre del mundo. Más cutre que todas las camisetas de Vilmer juntas. Y, además, el amarillo me queda fatal.

—Ha sido un verano de ensueño —digo, satisfecha, y me abanico con la hoja—. Todo lo que había escrito se ha cumplido. —Sonrío a Vilmer—. He hecho un amigo para toda la vida.

Vilmer me mira con una sonrisa de oreja a oreja. Los ojos más bonitos del mundo. La segunda camiseta más cutre del mundo.

—No, no es solo un amigo —aclaro—. Es un mejor amigo. O algo así.

Vuelvo a sentarme y me doy cuenta de que la clase está en silencio.

Nadie se ríe. Por una vez, todo el mundo se queda callado.

Vilmer pregunta —¿Y qué vamos a hacer ahora? —cuando termina el primer día de clase y cruzamos el patio del colegio.

No digo nada, aunque tengo la respuesta. Es evidente.

—Primero tengo que enseñarte una cosa —le digo, y saco el móvil y busco en la galería—. ¿Sabes quién es?

Le doy mi teléfono. Para de andar y se queda mirando la pantalla durante un buen rato. De repente, levanta la vista y me mira, atónito.

—¡No puede ser! —exclama.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—¡Es la novia de Anton! —confirmo en voz alta.

—La guapa —susurra Vilmer.

El anillo que lleva Frida en el dedo, el cuaderno de poemas que tiene en la mano. El lunar en la mejilla. Yo estoy sentada a su lado, con el brazo estirado para hacer un *selfie*. Salimos muy sonrientes.

—Se llama Frida Fuglesang y quiere conocerte.

Vilmer me mira, boquiabierto.

—Frida Fuglesang —dice con gran ceremonia—. El guiso delicioso.

Me río.

—Vive en Solvangtunet —le digo—. Y piensa en Anton Berntzen todos los días. ¿No te parece triste y maravilloso?

Le doy la mano a Vilmer y me agarro fuerte mientras pasamos por delante de todos los grupitos. Muchos se vuelven a mirarnos. Muchos se ríen, de lo que pone en la camiseta o de nosotros, puede que de las dos cosas. Miro al frente. La mano de Vilmer está seca y suave y encaja perfectamente en la mía.

Salimos del patio y nos dirigimos a nuestro barrio, a Vomitten. Hace un calor sofocante. Pegajoso. Puede que haya tormenta, pero no pasa nada, porque estamos juntos.

Lo he preparado todo. La Pepsi está en la nevera. Las canciones nuevas, en la lista de reproducción. He puesto la mesa para dos en la Taberna Sunlight. He colocado las tumbonas debajo de la sombrilla roja, he colgado el cartel con el mismo texto de la camiseta amarillo chillón con la que acabo de pasearme por todo el colegio.

Miro a Vilmer. Mi amigo de verano que tal vez sea mi novio. Y por fin respondo a su pregunta, porque tengo muy claro lo que vamos a hacer ahora.

—Vamos a disfrutar del Sur, ¿no? —le digo.

Y sonrío.

